

ISBN: 978-958-8943-58-9



IDENTIDAD PASTORAL DEL AMIGONIANO



Rafael Antonio García Tovar, T.C.

IDENTIDAD PASTORAL DEL AMIGONIANO



Rafael Antonio García Tovar, T.C.



CD-255.36 G216
García Tovar, Rafael Antonio

Identidad pastoral del amigoniano [Recurso electrónico] / Rafael Antonio García Tovar, T. C. -- Medellín: Fondo Editorial Universidad Católica Luis Amigó, 2020
1 CD [115 p.]

ISBN: 978-958-8943-58-9

TEOLOGÍA PASTORAL; VIDA CRISTIANA; PEDAGOGÍA AMIGONIANA; VALORES AMIGONIANOS - HISTORIA; IDENTIDAD AMIGONIANA; García Tovar, Rafael Antonio

IDENTIDAD PASTORAL DEL AMIGONIANO

© Universidad Católica Luis Amigó
Transversal 51A 67B 90. Medellín, Antioquia-Colombia
Tel: (574) 448 76 66
www.ucatolicalluisamigo.edu.co – fondo.editorial@amigo.edu.co

ISBN (Versión digital): 978-958-8943-58-9

Fecha de edición: 20 de agosto de 2020

Autor: Rafael Antonio García Tovar, T.C.
Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, Provincia San José.

Grupo de pares: Diego Alejandro Pérez Múnera
Fundación Universitaria Católica del Norte
Luis Fernando Sánchez Sánchez
Universidad de San Buenaventura

Corrección de estilo: Rodrigo Gómez Rojas

Diagramación y diseño: Arbey David Zuluaga Yarce

Edición: Fondo Editorial Universidad Católica Luis Amigó

Jefe Fondo Editorial: Carolina Orrego Moscoso

Evaluación de contenido: esta obra ha sido aprobada por el Consejo Editorial de la Universidad Católica Luis Amigó y editada bajo procedimientos que garantizan su normalización.

Hecho en Colombia / Made in Colombia

Publicación financiada por la Universidad Católica Luis Amigó.

El autor es moral y legalmente responsable de la información expresada en este libro, así como del respeto a los derechos de autor; por tanto, no compromete en ningún sentido a la Universidad Católica Luis Amigó.

Declaración conflictos de interés: el autor de esta publicación declara la inexistencia de conflictos de interés de cualquier índole con instituciones o asociaciones comerciales.

Esta publicación cumple con el depósito legal en los términos de la normativa colombiana (Ley 44 de 1993, Decreto reglamentario No. 460 de marzo 16 de 1995, y demás normas existentes).

Para citar este libro siguiendo las indicaciones de la tercera edición en español de APA:

García Tovar, R. A. (2020). *Identidad pastoral del amigoniano*. Medellín, Colombia: Fondo Editorial Universidad Católica Luis Amigó. Recuperado de https://www.funlam.edu.co/uploads/fondoeditorial/616_Identidad_pastoral_del_amigoniano.pdf



El libro *Identidad pastoral del amigoniano*, publicado por la Universidad Católica Luis Amigó, se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivar 4.0 Internacional.

Permisos que vayan más allá de lo cubierto por esta licencia pueden encontrarse en <http://www.funlam.edu.co/modules/fondoeditorial/>

Índice general

Introducción

Capítulo 1. Jesucristo y la Iglesia católica, cunas del amor	7
Capítulo 2. San Francisco de Asís y la Familia franciscana	17
Capítulo 3. Fray Luis Amigó, el apóstol de los extraviados	26
Capítulo 4. Anales de los Religiosos Terciarios Capuchinos al servicio de los jóvenes en dificultad	39
Capítulo 5. Pilares amigonianos y otros modelos espirituales	58
5.1 Jesucristo, Buen Pastor	59
5.2 Madre Dolorosa	63
5.3 San Francisco de Asís	70
5.4 Fray Luis Amigó y Ferrer	70
5.5 Beatos Mártires amigonianos	71
5.6 San José	78
5.7 Sagrada Familia	79
Capítulo 6. Génesis de la pedagogía y apostolado amigoniano	81
Capítulo 7. Pastoral en la Iglesia y en el amigionianismo	88
Capítulo 8. Perfil del amigoniano en su misión evangelizadora, pastoral y pedagógica	97

Corolario

Apéndice. Carta de Identidad de la Familia amigoniana

Referencias

Introducción

Este contenido surge bajo la pretensión de un acercamiento substancial al trabajo pastoral amigoniano como elemento necesario, participativo y constructivo en la Pedagogía amigoniana; es decir, a partir de unos presupuestos generales, se busca facilitar la comprensión de lo que significa en sí la Pedagogía amigoniana, la cual se funda mediante el trabajo pastoral que, con el transcurrir de los años, ha sido forjado por las experiencias teóricas y prácticas en las que religiosos y seglares han participado, para encontrar así, el verdadero sentido y misión que tiene la pastoral en la construcción pedagógica del amigonianismo.

En principio, es obligatorio aclarar el uso de dos términos frecuentes en el contenido de este texto. En la Iglesia católica, según el CIC (Código de Derecho Canónico) solo existen dos estados en términos de la bipartición bajo la recepción o no del sacramento del Orden: clerical y laical, por ende, los que no son clérigos, es decir, los que no participan del sacramento del Orden, son laicos, incluidos los religiosos que no han recibido este sacramento. De manera que para hacer aquí la distinción entre religiosos laicos y los laicos en general, se denominará seglares a estos últimos.

Ahora bien, para cumplir con la intención expuesta, se retomarán los cimientos y bases estructurales de la Pedagogía amigoniana, no sin antes hacer un breve recorrido histórico de lo que es el amigonianismo, vinculado, en esencia, al Carisma franciscano que, a su vez, ineludiblemente, ha sido moldeado por la tradición y la Iglesia. Por ello, se hablará de Jesucristo como cabeza, columna y pilar fundamental de la Iglesia católica, la cual surge en un contexto religioso, cultural y temporal específico. El abordaje de dichos entornos facilita comprender la participación, relevancia e injerencia de la persona de Francisco de Asís tanto en la vida y opción de Fray Luis Amigó y Ferrer, como en toda la historia eclesial y general; de esta manera se dilucida la acción apostólica de los Terciarios Capuchinos, nacidos de la idea fundacional del padre Amigó, hombre visionario, quien no solo lega un nombre o carisma espiritual a la Congregación, sino que se sirve de instrumento humanista para las generaciones posteriores.

En efecto, además de abordar el Carisma amigoniano, el desarrollo conceptual de esta publicación tributa al fortalecimiento de la identidad de quienes colaboran en la misión congregacional; aquellos hombres y mujeres que trabajan día a día en instituciones amigonianas, y que con su esfuerzo, entrega y dedicación, hacen vivo el espíritu de Luis Amigó.

De ningún modo el texto será una guía espiritual o pedagógica, tampoco un libro histórico de Iglesia y Congregación, ni mucho menos un *check list* de requisitos que deben cumplir o seguir los amigonianos para consolidarse como verdaderos discípulos de Fray Luis Amigó y Ferrer. Por el contrario, se trata de un libro guía, sugerente, en el que se encuentran elementos que posibilitan el desarrollo de la misión pedagógica a partir de la labor pastoral, la cual está y debe estar siempre inmersa en cada una de las acciones que ejerzan los religiosos, trabajadores y colaboradores. Será inevitable que con ello se revitalice el sentido de la Pastoral amigoniana, para encontrar su eficacia y participación activa en el trabajo pedagógico como elemento constitutivo de una formación integral de los muchachos atendidos, y desmitificar su errónea concepción, como serie de actividades espirituales, eclesiales y congregacionales, que simplemente evocan o recuerdan un hecho histórico o trascendente.

En espera que, tanto frailes como seglares, puedan recordar, aprender o revitalizar su opción amigoniana, en la acción pedagógica desde una mirada pastoral, este sencillo pero fundamental documento, se abre página a página para que se pueda degustar el rico y vasto campo en el que se mueve la Pedagogía amigoniana, y en el que permite que la pastoral ejerza su labor fundamental, no como un elemento más, que puede o no servir, sino como una herramienta necesaria que facilita el trabajo en la educación integral de los niños, adolescentes y jóvenes, que por gracia de Dios, han sido puestos al cuidado de los hijos espirituales de Fray Luis Amigó. Es bueno recordar que la pastoral es tarea de todos, y que es a partir del trabajo transversal en el que se alimenta el espíritu, se fortalece la fe y se forma al joven en un sentido integral; el ser humano es unidad -sujeto cognoscente, pero también sujeto trascendente-.

Capítulo 1

Jesucristo y la Iglesia católica, cunas del amor

Para entender el tiempo y contexto de fundación de la Iglesia universal o católica, es necesario recurrir a la Escritura puesto que a partir de ésta se comprende cómo desde el llamado de Cristo a un grupo de hombres escogidos en una experiencia de amor humano, se forja toda una institución, que lejos de ser una empresa portadora y educadora de dogmas, se fundamenta en el eco de una enseñanza trascendente que pretende hacer vivas sus creencias mediante la práctica del servicio y amor al prójimo. Para ello, la Iglesia vincula a toda la humanidad, para que comprometida con su misión pueda amar a Dios, no solo en el rito sino en el que lo necesita. Es entonces el mismo Jesucristo quien, desde el momento en el que da una instrucción a un apóstol, instituye la Iglesia y resalta su naturaleza y misión:

Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos (Mt 16,18-19 Biblia de Jerusalén, 1998).

Por tanto, la Iglesia católica, apostólica y romana, es decir, la Iglesia universal, fundamentada en el cimiento de los apóstoles y que tiene su sede principal en Roma, con la Primacía de Pedro, ha continuado la evangelización a todos los pueblos con su predicación, pero también con su injerencia en la construcción de una nueva humanidad mediante el servicio a los que más lo necesitan; de esta manera se participa con la edificación del Reino de los Cielos en este mundo terrenal. Padres de la Iglesia, pilares y santos han comprendido el mensaje de Cristo en la Palabra, y lo han comunicado por medio del *munus docendi*, *munus sanctificandi* y *munus regendi*, es

decir, de la enseñanza, la santificación y el acompañamiento y pastoreo del pueblo de Dios, para continuar, de esta manera con lo que Jesucristo, imperativamente, lega a sus apóstoles y discípulos: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mt 28,19-20a Biblia de Jerusalén, 1998).

La Iglesia católica asume entonces cuatro atributos que la dignificarán, no por los miembros que la conforman, sino por ser obra de Dios. Estos atributos son explicitados en el Catecismo de la Iglesia Católica: “La Iglesia no los tiene por ella misma; es Cristo, quien, por el Espíritu Santo, da a la Iglesia el ser una, santa, católica y apostólica, y Él es también quien la llama a ejercitar cada una de estas cualidades” (CCE, 1992, N° 811).

La Iglesia es *una* porque tiene su origen en Dios, que es Uno. Jesús renueva la alianza y la Iglesia; como lo menciona Pablo, se convierte en el cuerpo de Cristo, compuesto por muchos miembros, pero en unidad con la cabeza, que es Cristo (Ef 4,3-5 y Jn 17,20-21). La Iglesia es *santa* porque su fundador es santo, al igual que su doctrina, y sus miembros están llamados a la santidad (1 Pedro 2,9 y Ef 4,11-12). La Iglesia es *católica*, es decir, universal, porque el mensaje se extiende a todas las naciones (Mt 28,19-20 y Ef 1,22-23). La Iglesia es *apostólica* porque está fundada en el cimiento de los apóstoles (Ef 2,20 y 2 Tim 1,13-14). A la Iglesia también se le atribuye el carácter de romana, en cuanto a que su sede primera, como institución, ha sido Roma.

Lo que enseña la Iglesia es lo enseñado por Jesucristo a sus apóstoles. Su doctrina se basa en la creencia en un único Dios, que existe como tres personas o *hipóstasis* distintas entre sí -Dios Padre Creador, Dios Hijo Salvador Jesucristo y Dios Espíritu Santo Santificador-, en contraposición a las herejías y doctrinas que entendían el cristianismo como politeísmo al pensar en tres dioses distintos, y también, al comprender a Cristo en una sola de sus naturalezas -humana o divina-, o al Espíritu Santo por fuera de esta Divinidad. “En efecto, si Padre, Hijo y Espíritu no fuesen de la misma naturaleza y mereciesen por tanto la misma adoración, no se podría conocer al Hijo en el Espíritu y, en este conocimiento, conocer al Padre” (Mateo-Seco, 2016, p. 231).

Estas explicaciones fueron necesarias para que el pueblo de Dios tuviese claridad sobre la fe que profesaba; poco a poco fueron sistematizando su doctrina para salvaguardar la fe creída en Jesucristo como Hijo de Dios, consubstancial con el Padre y el Espíritu. Así se comprende que:

El único Dios que existe es tripersonal. Hablar de Él considerado en su Unidad exige, por tanto, no olvidar que se está hablando no solo de un único Dios personal, sino de un Dios que, en su unidad, es tripersonal. Y a la vez, la consideración de la distinción de personas nunca puede hacer olvidar que se trata de tres personas que constituyen un único Dios (Mateo-Seco, 2016, p. 34).

El misterio trinitario, por ser misterio, siempre será inaccesible a la razón humana, sin embargo, ya los primeros Padres de la Iglesia, como San Agustín de Hipona, intentan darle una explicación:

Cuantos intérpretes católicos de los libros divinos del Antiguo y Nuevo Testamento he podido leer, anteriores a mí en la especulación sobre la Trinidad, que es Dios, enseñan, al tenor de las Escrituras, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, de una misma e idéntica substancia, insinúan, en inseparable igualdad, la unicidad divina, y, en consecuencia, no son tres dioses, sino un solo Dios. Y aunque el Padre engendró un Hijo, el Hijo no es el Padre; y aunque el Hijo es engendrado por el Padre, el Padre no es el Hijo; y el Espíritu Santo no es ni el Padre ni el Hijo, sino el Espíritu del Padre y del Hijo, al Padre y al Hijo coigual y perteneciente a la unidad trina (San Agustín, trad. en 1956, Libro I, Cap. 4, N° 7).

Esta enseñanza es impartida no solo como elemento doctrinal, sino experiencial, en busca de que, así como la Trinidad vive en *perichóresis*, es decir, en amor, comunión y comunicación plena y constante, de esa misma manera, con lo aprendido de Jesucristo en su Palabra, sus seguidores también profesen, vivan, testimonien y transmitan el nuevo mandamiento del amor, como lo expresan el Evangelio y las Cartas de San Juan.

La evangelización cristiana, a lo largo de la historia, ha tomado muchos matices, de acuerdo a las necesidades inmediatas y al contexto social, cultural y económico de la época. Por eso, cuando se ahonda en la historia eclesial, es fácil percatarse de que las prioridades han sido diversas de acuerdo con los momentos históricos o el tipo de población atendida.

Cuando nace la Iglesia, desde la experiencia que los apóstoles tienen con Jesús en medio de ellos, se dedican a aprehender sus enseñanzas y vivir como Él lo hace, de manera que sus vidas y cotidianidad resultan siendo una oración y plegaria constante, enmarcadas en una riqueza espiritual inigualable al beber de la primera fuente que es el Mesías; “todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu” (Hch 1,14a Biblia de Jerusalén, 1998). La historia apostólica se circunscribe a un seguimiento que exige radicalidad, fidelidad y confianza plena en Dios, con lo cual se puede entender fácilmente que hasta el siglo III haya tantos santos y mártires, que entregándolo todo: sus bienes, sus apegos, sus familias e incluso sus vidas, pudieron dar solidez y estructura a esa comunidad de fieles, seguidores de Cristo, para consolidarse así en la Iglesia universal.

En el primer siglo de florecer eclesial, llega al corazón de la Iglesia un hombre que pasó de ser perseguidor de cristianos a un perseguido por la causa de Cristo, pues después de una experiencia de conversión a través de una intimidad espiritual con Jesucristo, “se puso a predicar a Jesús en las sinagogas: Éste es el Hijo de Dios” (Hch 9,20 Biblia de Jerusalén, 1998). Con dicha experiencia,

el joven Saulo se convierte en el intrépido Pablo de Tarso, quien se dedica incansablemente a promover y defender el cristianismo, a predicar por valles y montañas el Evangelio, guiado por el Espíritu Santo, y a fundar o fortalecer distintas iglesias locales en diversos lugares, según el Espíritu de Dios le indicaba. Así, la Iglesia toma más consistencia y deja de ser la incógnita secta judía, para convertirse en un verdadero dolor de cabeza para los sacerdotes y doctores de la Ley judía.

Con el deceso de los apóstoles, que según la tradición histórica, murieron mártires, es decir, asesinados por ser testigos, por defender la fe, salvo Juan que murió de ancianidad, el número de cristianos creció en gran cantidad, cada vez más alejados de la tradición judía y consolidados en la nueva experiencia de Iglesia de Cristo, con lo cual daban explicación al gran misterio que les unía. Sin embargo, algunos se fueron alejando de la doctrina apostólica y tomaron diversos rumbos: “por obra del engaño de los que propalaron doctrinas extrañas, los cuales, no sobreviviendo ya ninguno de los Apóstoles, intentaron en adelante ya a cara cubierta, oponer a la predicación de la verdad la de su mal llamada ciencia” (Ruíz, 1951, p. 249). Como resultado, las distintas iglesias locales, en salvaguarda de la sana doctrina, se reunían para unificar criterios de dogma y evangelización; condenaban las doctrinas contrarias a su creencia -herejías y apostasía-, en unos encuentros que tomarán solidez y son llamados concilios.

Los concilios ecuménicos han sido una herramienta pastoral de la Iglesia para organizarse en cuestiones de doctrina, fe y moral, a través de los siglos. La Biblia describe, en Hechos de los Apóstoles 15, un primer concilio o sínodo llamado de Jerusalén, aunque en realidad, esta reunión de apóstoles no figura en la historia eclesial con este título, sino más bien, como prototipo de concilio. El primer concilio que llevó esta denominación fue el de Nicea en el año 325, y el último, Vaticano II entre los años 1962 a 1965. Éstos han servido para darle orden y forma a la fe profesada y vivida; en los primeros concilios se definieron los dogmas esenciales del cristianismo, como la Trinidad y las dos naturalezas de Cristo. En la historia de la Iglesia se han celebrado 21 concilios ecuménicos; cada uno ha respondido a una necesidad doctrinal o pastoral.

En el Primer Concilio de Constantinopla (a. 381) se define la divinidad del Espíritu Santo y se completa el Símbolo niceno dándole la redacción conocida como Símbolo Nicenoconstantinopolitano. Este Símbolo adquiere su actual rango teológico al ser aceptado solemnemente por el Concilio de Calcedonia (a. 451) (Mateo-Seco, 2016, p. 231).

A inicios del siglo IV, cuando el cristianismo tiene más consistencia, el emperador romano Constantino, tras una experiencia espiritual y algunos hechos coyunturales, históricos y políticos, comienza a abrazar la religión cristiana, influenciado también, probablemente, por su madre “y desde el otoño del año 312 decidió apoyarla en todos los terrenos” (Castellanos, 2010, p. 182). Es así que en el 313 promulga el Edicto o Acuerdo de Milán, con el cual se da vía a los cristianos de

profesar su fe; apoya substancialmente a la Iglesia para que pueda ejercer su misión libremente. El sucesor de Pedro tomaría un lugar privilegiado, como verdadero heredero de la misión evangelizadora de Jesucristo, continuador de su mensaje y animador de esta nueva religión, que luego, con el emperador Teodosio, se convertiría en la religión oficial del Imperio romano.

Con referencia a esto, Constantino ratificaba:

Por lo tanto, fue por un saludable y rectísimo razonamiento por lo que decidimos tomar esta nuestra resolución: que a nadie se le niegue en absoluto la facultad de seguir y escoger la observancia o la religión de los cristianos (De Cesarea, trad. en 2001, Libro X, Cap. 5, N° 5).

Con ello, se acabaron las persecuciones, las asechanzas y los martirios colectivos, y se inicia una nueva era en la que el cristianismo se veía favorecido por la política romana. Esto llevó a que muchos romanos se convirtieran en cristianos; algunos lo hacían por convicción y otros por conveniencia, ya que al ser la religión del Imperio, quienes pertenecían a ésta eran favorecidos con prebendas y algunas exenciones económicas.

La Sede de Pedro obtuvo entonces un puesto predilecto. El papa -sigla latina: *Petri Apostoli Potestatem Accipiens*, que significa: el que recibe la potestad del apóstol Pedro-, que hasta ese momento dirigía la Iglesia desde el nomadismo, se estableció en la sede de Letrán, en Roma, para iniciar, desde la injerencia que tenía en la jerarquía en el Imperio, un proceso de desarticulación de las religiones paganas; en los templos existentes es colocada la nueva imagen del único y verdadero Dios: Jesucristo. Todos los romanos comenzaron a abrazar lentamente la nueva religión oficial de su Imperio. A partir de este acontecimiento, se organizó significativamente la Iglesia dándole figura y contextura. El cristianismo se expandía y se universalizaba, es decir, la Iglesia de Jesucristo se consolidaba como verdadera Iglesia católica, Iglesia universal.

Aunque desde los primeros siglos, ya la autoridad eclesial romana se iba robusteciendo, como se atestigua en la historia con Clemente de Roma -cuarto en ocupar el lugar en la sede petrina-, es después de Constantino que se fortalece la jerarquía, se consolidan los dogmas y se establece plena comunión con las distintas iglesias locales fundadas por los apóstoles y los primeros cristianos; Roma toma un lugar privilegiado de autoridad, convirtiéndose luego en la sede principal y legítima del cristianismo, con el papa a la cabeza, como sucesor de Pedro y vicario de Cristo. “La configuración histórica de la Iglesia exige un principio de unidad de las iglesias, un centro de referencia y de garantía de la fe apostólica para ‘confirmar la fe a los hermanos’” (García, 2005, p. 242). Y este principio de unidad fue desde siempre: Roma.

Roma tuvo siempre consciencia de tener una función peculiar hacia las otras iglesias, fundada en que los apóstoles Pedro y Pablo habían predicado el Evangelio y derramado su sangre en ella. De ahí que aunque no hubiese nada establecido, interviniese en las dificultades o conflictos que iban surgiendo, como a su vez, las otras iglesias recurriesen a Roma como garante de la tradición apostólica (García, 2005, p. 243).

Con la estabilidad que generaba la sombra del Imperio romano, la Iglesia católica creció en el número de fieles, en la santidad, en la economía, en la injerencia frente a situaciones sociales y políticas, pero de igual manera, en la historia, también aparecieron las ambiciones, y con ellas, la Iglesia también creció en la avaricia, la inmoralidad, el amor por el poder, y por supuesto, en el pecado.

La Iglesia, además de relevancia en todo el Imperio romano, tenía también injerencia; gozaba de una estructura definida y de grandes personajes, santos y eruditos, que habían cimentado su doctrina bajo presupuestos filosóficos, platónicos para ser exactos, hasta ese momento. Sin embargo, hacia inicios del siglo VII surgirá una religión monoteísta, que rápidamente, pondrá en aprietos al catolicismo, en todo lo edificado durante siglos en función de doctrina y de potestad: el Islam. Esta religión nace en La Meca, con la predicación del profeta Mahoma hacia el año 622; según la tradición islámica, Mahoma recibe una revelación del ángel Gabriel y escribe todo lo revelado en su libro sagrado, llamado el Corán. El inicio de esta religión se da con la experiencia espiritual de Mahoma en el desierto:

Hacia el año 610, pasó un retiro de larga duración en una cueva del monte Hira, a unos kilómetros de la Meca, en pleno desierto. Fue entonces cuando tuvo un sueño. Otras tradiciones hablan de unas visiones en estado de vigilia. Vio a un ser sobrehumano que le ordenó recitar un texto y lo llamó «enviado de Dios» (*rasul Allah*). Este texto consistía en lo que actualmente forma los cinco primeros versículos del capítulo 96 del Corán (Jomier, 2000, p. 11).

Los miembros del Islam, también llamados musulmanes, descienden del hijo mayor del patriarca Abraham: Ismael, mientras que los judíos, y por ende, los cristianos, del hijo menor: Isaac. Aceptan muchos de los profetas como Noé, Abraham, Moisés, y Jesús; este último es para ellos un gran e insigne profeta, incluso, a la Virgen María, Madre de Jesucristo, la veneran, con toda admiración y respeto.

Un personaje que marcará la historia, tras la consolidación y expansión del Islam, será Carlomagno, rey de los Francos y los Lombardos, coronado emperador augusto por el papa León III en el año 800; fue un guerrero, llamado el emperador de occidente, “de fe profunda

y de excepcionales cualidades de gobernante y político” (García-Villoslada, 2003, p. 73). Su participación será decisiva en el futuro eclesial, en los ámbitos político y geográfico, pues defiende la Iglesia de distintas invasiones, pero especialmente, de la invasión islámica:

Cuando subió al trono, la civilización cristiana occidental se hallaba en grave peligro. Las piraterías de los normandos por las costas occidentales, las incursiones de los sajones por el lado opuesto, las amenazas de los eslavos y mongoles, las conquistas de los sarracenos en España, Sicilia, etc., hacían que toda la cristiandad se estremeciese en la incertidumbre y el temor (García-Villoslada, 2003, p. 73).

Aunque se vivieron momentos de tensión para la época, con situaciones que apartaron, en algunos momentos y de diversas maneras, la imagen real de lo que debería ser la Iglesia como reflejo de la persona de Cristo Jesús, su esposo, también surgieron personajes y situaciones que recordaban el origen sacro eclesial: Jesucristo. Otro de los inconvenientes fue la centralización del poder, y con éste, distintas formas de leer los dogmas, bulas y promulgaciones que el sucesor de Pedro emitía. En esta dinámica, las iglesias más alejadas de Roma mantuvieron su primacía particular, su organización jerárquica, la manera de vivir el Evangelio y la práctica de sus creencias. “Pero sobre este particular tenemos que dejar constancia de que en Oriente el primado del papa no logró imponerse, si bien se le reconocía el ‘primado de honor’ y como última instancia de la comunión eclesial” (García, 2005, p. 246).

A raíz de esta problemática, en el siglo XI, concretamente en el año 1054, sucede el Cisma de Oriente. Debido al distanciamiento físico y espiritual de unas iglesias autocéfalas y algunas desavenencias que se habían tenido con el patriarca Focio, se separan oficialmente del primado romano la Iglesia católica de la Iglesia de oriente, y se constituye esta última como Iglesia ortodoxa, conformada, hasta nuestros días, por distintas iglesias dirigidas cada una por un patriarca; todas éstas comulgan en una misma doctrina, no muy distante de la católica. Aunque cada iglesia es autocéfala, es decir, tienen la capacidad de nombrar sus propios obispos y resolver problemas internos, reconocen al Patriarca de Constantinopla como Patriarca de la Iglesia ortodoxa, pero a título honorífico.

Junto con este primer cisma oficial que experimentó la Iglesia, surgieron muchos otros problemas al interior que hacían tambalear la jerarquía eclesial en su unidad y misión. Algunas de las dificultades presentadas en la Edad Media fueron la Querrela de las Investiduras y la Simonía. La primera se refirió a la injerencia total del Estado sobre la Iglesia, con una dependencia total a éste, pues solo eran nombrados los obispos que el emperador designara o autorizara; lo que por mucho tiempo fue una fortaleza para el catolicismo, siglos después se convirtió en un verdugo

implacable. Ese conflicto, que duró varios años, finalizó con el Concordato de Worms, firmado en 1122. La segunda, la Simonía, era la compra y venta de cargos eclesiásticos, administración de los sacramentos y cualquier promesa espiritual a cambio de bienes materiales.

Por otro lado, la lucha con los musulmanes se extenderá y estallará con las cruzadas, desde el siglo XI hasta el siglo XIII, con las cuales se pretendía frenar la invasión islámica en tierras sacras del cristianismo; las cruzadas fueron promulgadas a nombre de la Iglesia, y llevadas a cabo por ejércitos y caballeros cristianos de muchas regiones, con el fin de rescatar el santo sepulcro de Cristo de los musulmanes.

Los orígenes de la cruzada son suficientemente conocidos. Las peregrinaciones a Jerusalén se abastecieron durante la alta Edad Media de numerosas tropas de cristianos deseosos de venerar la tumba de Cristo. La destrucción del Santo Sepulcro por el sultán Hakim y la conquista de Tierra Santa por los turcos seléucidas causaron un golpe en las conciencias cristianas. La Reconquista española proporcionó los modelos psicológicos y los procedimientos jurídicos y militares de las cruzadas, transformando una expedición ordinaria en una verdadera guerra santa contra los infieles (Sánchez, 2005, p. 281).

Aunque podría pensarse que la Iglesia, con la problemática que existía en la época, tendía a desaparecer o a depravarse, por el contrario, frente a cada situación de adversidad sucedían acontecimientos emergidos desde la gracia divina que ayudaban a enderezar ese camino erróneo y corrupto por el que muchas veces se perdía. Pese a que la imagen de la Iglesia católica se veía fracturada, como sucedió también con la Inquisición, la cual quería defender la doctrina por medio del castigo a herejes y apóstatas, su naturaleza no se desvirtuaba, pues había sido fundada por Cristo, con Cristo y en Cristo, como se recita en la Doxología.

Ésta es la única Iglesia de Cristo, que en el Símbolo confesamos una, santa, católica y apostólica, la que nuestro Salvador confió después de su resurrección a Pedro para que la apacentara (Jn 24, 17), confiándole a él y a los demás apóstoles su difusión y gobierno (Cfr. Mt 28, 18, etc.), y la erigió para siempre como “columna y fundamento de la verdad” (1 Tim 3, 15) (Pablo VI, 1987a, N° 8).

A pesar de estos impases, desaciertos e incoherencias, la fe cristiana no decae frente a la historia, por el contrario, ratifica la presencia de Dios, quien la acompaña en las luces y en las sombras; el Señor se muestra como el Pastor verdadero que guía el rebaño y “da su vida por las ovejas” (Jn 10,11 Biblia de Jerusalén, 1998). A pesar del antitestimonio de algunos hombres que lideraron procesos dentro de la jerarquía eclesial, también existieron muchísimos seres que desde el génesis de la Iglesia participaron en la construcción del Reino Divino con su rectitud, fidelidad y santidad.

Desde los primeros siglos, hombres y mujeres, en salvaguarda de la perfección cristiana, se alejaron del mundo, y se establecieron en el desierto para meditar, ayunar y orar, en busca de una plena configuración con Cristo; fueron llamados los Padres del desierto. La mayoría lo hicieron en solitario, pero muchos, al ver su estilo de vida tan radical y comprometido, decidieron adherirse, y formaron comunidades. Así, surgieron los anacoretas, quienes vivían en soledad, dedicados a la oración y penitencia, otros lo hicieron en comunidad, con lo que se da origen a las Órdenes Monásticas, tanto en su rama masculina como femenina, las cuales se expandirán por todo el Imperio. Esto sucedió desde los primeros siglos de la Iglesia, incluso antes de la injerencia constantiniana.

Estas personas, que hicieron de su vida un espejo del amor de Dios, contrarrestaron cada uno de los sucesos que opacaron el buen nombre del cristianismo. Con los altibajos y sinsabores por los que la Iglesia caminaba, emergían quienes empeñados en construir el Reino, neutralizaron el pecado de algunos o la relajación de otros, a través de reformas. Tal es el caso de las suscitadas desde el clero regular (Reforma del Cluny y del Císter), para soliviar los problemas simoniacos, la relajación en las costumbres propias de la Iglesia, y la injerencia de los gobernantes sobre la misma.

En los primeros once siglos de santidad y de pecado eclesial, la Iglesia siguió creciendo en virtud e integridad, gracias al testimonio de nuevos hombres y mujeres que marcaron historia con su vida. Sin embargo, las caídas y rupturas continuaron a lo largo de los siglos y hasta la actualidad. Con ello, se hace hincapié no solo en las luces y sombras de la Iglesia, sino en la veracidad de su génesis, como verdadero fermento de la acción mesiánica de Cristo, con el impulso del Espíritu, en un momento concreto y en el trasegar histórico:

Nosotros podemos dar una línea de papas con nombres, fechas y lugares, históricamente demostrables en cualquier Biblioteca del mundo; podemos ir de Obispo en Obispo hasta los Apóstoles; así mismo sucede con la fe y la práctica de la Iglesia, podemos ir de documento en documento, de concilio en concilio, con fechas y nombres, hasta la Iglesia Apostólica (Lazos de Amor Mariano-LAM, 2015, p. 20).

Es bueno y necesario recalcar que la misión de la Iglesia es una tarea continua y permanente de todos. El llamado a la evangelización es una labor de sacerdotes, religiosos y seglares. La misión de dar a conocer el amor de Cristo es un trabajo en el que debe haber participación de cada uno de los cristianos. Pero no se puede dar de lo que no se tiene, por eso, antes, es indispensable llenarse de Él para poderlo testimoniar, como lo recuerda Santo Tomás de Aquino: *Contemplari et contemplata aliis tradere* (contemplar y dar a otros lo contemplado), es decir, es imposible una predicación, un anuncio del Reino, una misión evangelizadora, sin una interiorización en la Palabra; es imposible no partir de una intimidad con Dios en la oración, en la contemplación.

De acuerdo con ello, se debe tener presente que la Iglesia es ante todo una familia de hermanos que se reúnen con un fin; y no es otro más que experimentar a Cristo a través del amor puro, vivenciado en la confianza, el apoyo, la misericordia, la acogida, el respeto y la tolerancia. En otras palabras, la Iglesia es un verbo, en un presente continuo, por el cual Cristo actúa: amando, sirviendo, ayudando, recibiendo, acogiendo, por medio de quienes la conforman.

La Iglesia católica se convierte en un instrumento eficaz por el cual se vivifican las enseñanzas que Cristo promulgó a la primera comunidad cristiana, y que, a través de la instrucción y práctica del mandamiento nuevo del amor, consignado en los evangelios a las nuevas generaciones, continúa con su misión como puente y camino que guía a los hombres, llevándolos hasta Dios. “La Iglesia no tiene otra luz que la de Cristo; ella es, según una imagen predilecta de los Padres de la Iglesia, comparable a la luna cuya luz es reflejo del sol” (CCE, 1992, N° 748).

Por ello, ser católico no es simplemente conocer los dogmas o principios que forjan la identidad cristiana, o solamente hacer lo que la tradición de los ancestros dice. La Iglesia es rica en ritos, signos y símbolos -los cuales expresan todo un sentido- que ayudan a iluminar la vida del cristiano, el camino que conduce a Dios; sin embargo, muchas veces, este puente se minimiza o relativiza, perdiéndose la experiencia y quedándose con la mera forma. Es bueno y necesario conocer para entender y, de esta manera, vivir con fidelidad y entrega.

La liturgia y los elementos que la Iglesia propone deben ser ahondados en la experiencia personal, con el fin de que cada encuentro con Dios sea siempre nuevo, profundo y dinámico, y poder así llegar a tener “los mismos sentimientos que Cristo” (Flp 2,5 Biblia de Jerusalén, 1998), teniéndolo dentro de sí para que conduzca la vida de cada uno, para poder llegar a decir, como San Pablo: “ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Ga 2,20 Biblia de Jerusalén).

Capítulo 2

San Francisco de Asís y la Familia franciscana

Hablar de San Francisco de Asís es referirse a una herencia, un legado, un tronco que tiene sus cimientos en la Iglesia católica y que alberga distintos tipos de ramas que han proliferado con los años; ha llegado a muchas gentes, en cada siglo, con un mensaje iluminador del Evangelio, de acuerdo con la inspiración dada por el Espíritu Santo para responder a un contexto que grita con voz de súplica misericordiosa.

Este santo, quien marcó la Edad Media, la historia de la Iglesia y de la humanidad, y la forma de concebir la santidad, nació en un pequeño pueblo llamado Asís, en Italia, en el año 1182. Desde antes de su nacimiento ya se prefiguraba su camino de luz, erigido de historias y anécdotas que solo un santo como él merecían protagonizar. Su destino, construido desde las luces y las sombras, desde la iluminación divina pero también desde la terquedad mundana, poco a poco fue configurándolo como el santo más radical y el más parecido a Cristo; el *Alter Christus*. De su vida se han dicho muchas cosas; algunos relatos están marcados por el romanticismo de la poesía y la metáfora, con lo cual no se opaca la veracidad de los hechos, por el contrario, se dilucida una historia humana, real y aterrizada, pero protagonizada por un hombre fantástico, soñador, intrépido y bohemio, que jamás se conformó con lo básico, con lo efímero, que siempre esperó algo más, algo que Dios le regaló y él supo esperar y recibir.

Francisco de Asís pertenecía a una familia acomodada de su época; su padre era Pietro Bernardone dei Moriconi, un comerciante de telas, exitoso, y su madre era Pica Bourlemont, ama de casa, dedicada a su hogar y fiel católica practicante. Cuenta la historia que doña Pica, ya en

dolores de parto, no podía dar a luz a este maravilloso santo hasta que un forastero le dice que, para poder tener a su hijo, debe salir de su lujoso lugar y quedarse en una habitación humilde, y ella, haciéndole caso, pudo dar a luz a su creatura.

El joven Francisco, en realidad, fue bautizado como Giovanni -Juan en castellano-, nombre designado por su madre, doña Pica, pues en el momento de su nacimiento, su padre se hallaba ausente, ocupado en sus negocios. Cuando regresa a casa don Pietro -Pedro-, después de su recorrido por Francia, le cambia el nombre a su hijo por el de Francisco, que significa “Francesito”, esto debido a que amaba profundamente Francia, pues de allí era su esposa y de allí había conseguido abundantes ganancias para su negocio de telas. Este nombre, aunque poco famoso hasta ese momento, fue ganando extensa popularidad gracias a las virtudes y santidad de este hombre.

Poco se habla de la niñez de Francisco; se sabe que fue un chico bastante hogareño, pendiente de las cosas de su casa y muy colaborador en los asuntos de su padre. Desde niño fue muy receptivo a las enseñanzas que sus progenitores le daban. En su adolescencia, después de años de acompañar a su padre en el negocio de telas y después de comprender la dinámica del comercio, le ayuda de lleno en esta labor; se convierte en un excelente comerciante, pero imprime su propio sello, que le lleva a ser justo, alegre, carismático y dadivoso, valores de los cuales su padre carecía.

Probablemente Francisco heredará de la madre la amabilidad, la sencillez y todo su gran amor y gusto por la vida. Por otra parte, de su padre Bernardone obtendrá la viveza, la presteza y la sagacidad para los negocios. De su madre, heredará el gusto y el placer de ayudar y hacer caridad a los pobres. De su padre sentirá la necesidad de nunca dejar escapar ninguna ganancia, ningún lucro en sus negocios (Fassini, 2000, p. 50).

La juventud de este gran hombre, a diferencia de lo que muchos puedan creer o entender, fue muy buena y sana en medio de todo. Tenía una personalidad arrolladora, un carisma particular por el que era acogido en cualquier lugar al que llegaba; su alegría y espontaneidad le permitían tener amigos con facilidad y ser signo de admiración entre los suyos. Donde Francisco hacía arribo se daba apertura a la unidad, al compañerismo, a la jovialidad, a la alegría y al jolgorio, pues su talante propiciaba en los otros estos sentimientos que desembocaban en fraternidad, en acogida y en festejo constante. Era un hombre, además de alegre y cordial, muy dadivoso y entregado a los suyos, por eso también tenía tantos seguidores, pues gozaba de fama fiestera y gastadora. Aunque el ser generoso es una cualidad, a Francisco se le convirtió en el “talón de Aquiles”, ya que debido a esto, se quebrantó la relación con su padre y con su acomodado presente.

Francisco era alguien que amaba y gustaba de vivir siempre muy dado con todos, alegre, liberal, afable. Pero nunca dejado o indisciplinado. Era muy cuidadoso para no dejar suelta toda esta herencia, toda esta vitalidad recibida de su nacimiento. Al contrario, “siendo un joven jocos y lascivo” se propuso en su corazón nunca responder mal a quien le dijese cualquier torpeza (Fassini, 2000, p. 55).

La juventud de ese tiempo, como la de ahora, se enmarcaba en la fiesta, la alegría y la parranda. Francisco no era el típico prototipo de santo dedicado a la oración en un templo o convento, o en la penitencia asidua. Su juventud la vivió como cualquier joven de su época: cantaba, bailaba y bebía; estas actitudes, como era de esperarse, inquietaban a su padre e intranquilizaban el alma de su madre, quien día y noche oraba para que algún día su hijo tan festivo se ajuiciara y se dedicara a agradar a Dios. Francisco, sencillamente, era un hombre fascinante y encantador, como lo relata Fray Tomás de Celano, O.F.M.

Cautivaba la admiración de todos y se esforzaba en ser el primero en pompas de vanagloria, en los juegos, en los caprichos, en palabras jocosas y vanas, en las canciones y en los vestidos suaves y cómodos; y aunque era muy rico, no estaba tocado de avaricia, sino que era pródigo; no era ávido de acumular dinero, sino manirroto; negociante cauto, pero muy fácil dilapidador (como se citó en Guerra, 1995, p. 142).

Su personalidad tan arrolladora y su afán por ser el alma alegre de cada fiesta a la que asistía, hacían que Francisco, valiéndose del dinero de su familia, invitara a sus amigos y a los amigos de sus amigos, de manera que asumía la totalidad de los gastos de cada festejo. Con estas actitudes, desfiguraba el buen nombre que querían imprimir sus padres y se alejaba del título de noble, máxima distinción dentro de la jerarquía social, dada por herencia de sangre de generación en generación o concedido a los valientes guerreros que llegaban victoriosos después de enfrentar la guerra. En la pirámide social de la época, la cúpula la presidía la nobleza y el clero, después los comerciantes, luego los artesanos y campesinos, y por último, los esclavos.

Aunque fiestero y parrandero, Francisco no era malo, simplemente vivía a plenitud sus años; Fray Tomás de Celano, O.F.M., afirmaba que “era, con todo, de trato muy humano, hábil y en extremo afable” (como se citó en Guerra, 1995, p. 142). Tampoco era el más dadivoso, sin embargo, frente al negocio de telas que ya comenzaba a administrar y con el dinero que manejaba, mostraba caridad para con los más pobres haciendo vivo el pasaje bíblico de Marcos 9,41 que su madre tanto le recalca: “Todo aquel que os dé de beber un vaso de agua por el hecho de que sois de Cristo, os aseguro que no perderá su recompensa”. De manera que Francisco, en su oficio de comerciante y en su vida cotidiana, no olvidó esa sensibilidad heredada de su madre y se propuso ayudar a los demás, con benevolencia, en la medida de lo posible.

En este proceso, el joven escuchaba la voz de Dios de muchas maneras: en los sermones de los sacerdotes, en las enseñanzas de su madre y, sobre todo, en el que más lo necesitaba. Esta conversión fue gradual y progresiva; partió siempre de unos principios sólidos fundados en casa. Dios jamás hizo de Francisco una persona distinta, por el contrario, valiéndose de lo que era y deseaba, direccionó oportunamente su destino.

El soñador de Asís, acomodado en su presente, entiende que quedarse como comerciante era poco para él, pues su espíritu intrépido le avisaba que algo bueno y magno tenía que venir, entonces se empeña en dejar huella, en ser el mejor, en ser un caballero para alcanzar la tan distinguida nobleza de la época. El ser caballero era el sueño de todo joven, pues además de alcanzar la nobleza, le permitía alcanzar distinción, riqueza y fama, un reconocimiento entre los suyos; el ser caballero, era ser un tipo de hombre superior.

Será en la caballería y para ella para lo que Francisco poco a poco va a invertir todo su deseo, toda su ambición de grandeza y de nobleza humana. Y será dentro del impulso de esta ambición donde Dios comenzará a entrar y a insertarse en la historia de Francisco. Dios no disminuirá a Francisco ni lo desviará de este ímpetu. No lo convertirá, no lo sacará de este anhelo, diríamos nosotros. Al contrario, Dios lo llevará adelante encaminándolo cada vez más profundamente hacia algo todavía más grande que lo que ahora está deseando y ambicionando (Fassini, 2000, p. 91).

Este aspirante a la nobleza, se embarca en el pesado mundo de la guerra, enfrentándose a muerte por el distinguido título que le permitiría, según él, marcar su nombre en la historia. No es difícil comprender la decisión de Francisco, pues era parte del espíritu bélico de la época; para inicios del siglo XIII los pueblos peleaban: el rey Federico Barbarroja contra el papa, los alemanes contra los italianos; se alzaba pueblo contra pueblo. Francisco, con el tesón que le caracterizaba, se une a la guerra para defender a su amado pueblo de Asís de los combatientes de Perugia, pero tristemente, después de largos meses de combate, son derrotados y apresados; hacia el año 1202, Francisco resulta prisionero por casi un año. Podría pensarse que para él se convierte este hecho de la cárcel en una derrota, pero es el momento clave de soledad e interiorización que necesitaba para escuchar con más vehemencia la voz de Dios, quien siempre lo animó y fortaleció, aún en las más frías dificultades. Mientras estaba en cautiverio, enferma gravemente y logra recuperarse mucho tiempo después.

Repuesto en salud y energía, con un espíritu voraz que aún le animaba a conquistar nuevos retos, Francisco escucha la invitación del Papa Inocencio III para que todos los jóvenes católicos se unan a su tropa para luchar contra el temido ejército alemán del rey Federico; nuevamente se adhiere al belicismo, como lo hicieron muchos otros jóvenes de su época. Narra la historia que

ya listos para partir, Francisco cambia su uniforme lujoso, organizado por su padre, por uno sencillo de un amigo suyo que carecía de recursos; allí seguía figurando ese espíritu de servicio, generosidad y solidaridad que siempre caracterizó al santo.

Camino a la guerra a Apulia, en 1205, con el firme propósito de ser caballero, va avanzando el soñador de Asís con todo el ejército defensor del Sumo Pontífice, dirigido por Gualterio III de Brienna. Pero cerca de Asís, en Spoleto, mientras se dirigían en caravana, Francisco tiene una experiencia de Dios trascendental que marcaría, desde ese instante y para siempre, el rumbo de su vida:

Pero no menos solícito de su viaje, como entregase al sueño, medio dormido oyó a alguien que lo interrogaba preguntándole para dónde ansiaba ir. Como Francisco le revelase todo su propósito, aquel añadió: ¿Quién te puede dar más, el señor o el siervo? Al responderle: El Señor, le dice de nuevo: ¿Entonces por qué dejas al Señor por el siervo, y al príncipe por el vasallo? Y Francisco dijo: ¿Señor, qué quieres que haga?—Regresa -le dijo- a tu tierra y allí se te dirá lo que deberás hacer. Pues es necesario que entiendas de otra manera la visión que has visto (Fassini, 2000, p. 102).

A partir de este momento comienza otra etapa en la vida de este santo. Ahora busca con mayor fuerza ser caballero, pero caballero de Dios, armado solo de valor y del Evangelio; luchaba la guerra más dura de todas: la conversión de tantas almas perdidas, mediante su testimonio, su amor, entrega, minoridad, fraternidad, humildad y fervor. Esta lucha inicia consigo mismo; abre campo en su vida al actuar de Dios con la jerarquía de la Iglesia, con el propósito de que comprenda su opción por los pobres, por Cristo que sufre en los humildes, y reconocer que todos somos invitados a compartir el banquete celestial.

En ese momento, el Espíritu de Dios actuaba con mayor ímpetu en la vida de Francisco, y él, en filial obediencia, dejó que usara su vida, sus manos, su mente y su corazón para que obrara. La primera cosa que hizo fue continuar con su alegre vida; en ella reflejaba a un Dios cercano, afable, misericordioso y alegre, no al señor mal encarado, serio, distante y justiciero del que se hablaba. Seguidamente entregó todo lo material, en contradicción con su padre, a quien después de un enfrentamiento en la plaza del pueblo, frente al obispo, le entrega hasta lo que trae puesto, pues decide seguir en radicalidad al Señor, quien nada tuvo como propio. De ahora en adelante, Francisco utilizaría únicamente un sayal pobre y remendado como vestido, amarrado con un cordón.

Convencido de su misión, mientras oraba en la iglesia de San Damián, escucha al Señor crucificado que le dice: “Francisco, repara mi Iglesia”, por lo que se apresura a reconstruir el templo que se encontraba en ruinas; trabaja vigorosamente y pega ladrillo a ladrillo para darle

nuevamente forma a la casa del Señor; lo que este santo no entendía es que lo que le pedía el Señor era una reparación de la Iglesia universal, es decir, una regeneración de cada corazón, una conversión de todos los creyentes, que iniciaba por la jerarquía eclesial.

Su conducta y testimonio serán clave para que en corto tiempo muchos hombres quieran seguir su estilo de vida; este suceso lo impulsa a organizarse como orden religiosa. Sus primeros tres compañeros fueron: Pedro Cattani, Bernardo de Quintavalle y el hermano León; a ellos y a quien se acercara con ánimo de abrazar su forma de vivir, les hablaba del Reino de Dios y les invitaba a vivir despojados de las cosas que ofrece el mundo, “de la negación de la propia voluntad y del dominio de la propia carne”, así lo atestigua Fray Tomás de Celano, O.F.M. (como se citó en Guerra, 1995, p. 159). Otro momento relevante en su conversión fue el beso que dio al leproso, pues estos enfermos le causaban estupor y repugnancia; el comportamiento de Francisco mostraba humildad y negación de sí.

En 1209 presenta al Papa Inocencio III su Regla (estilo de vida que llevaría su comunidad de hermanos menores). Para Francisco, esta norma de vida era el Evangelio, sin glosa ni excepción; el papa la rechaza inmediatamente y le pide escribir una Regla con norma de vida específica. Fray Elías, otro de los hermanos que se le unen, y que luego será su sucesor como ministro general de la Orden, le ayuda a redactarla para ser presentada nuevamente al Sumo Pontífice. Las dudas suscitadas en el papa, lo llevan a pedirle al Señor una prueba para no cometer un error; sus inquietudes fueron resueltas mediante un sueño en el que se mostraba, según el relato de Fray Tomás de Celano, O.F.M., “que la basílica de Letrán estaba a punto de arruinarse y que un religioso pequeño y despreciable, arrojando la espalda, la sostenía para que no cayera” (como se citó en Guerra, 1995, p. 240); así, el papa entendió el mensaje y aprobó la Regla de los Hermanos Menores.

Como la fama de Francisco era tan grande, rápidamente muchos seculares, incluidas mujeres, de manera especial una: Clara de Asís, quieren adoptar su forma de vida; en consecuencia, escribe dos Reglas más, y quedan tres oficiales: la Regla de la Orden de Frailes Menores (O.F.M), de las Damas Pobres, también llamada de Santa Clara (O.S.C) y de la Tercera Orden Regular de los Seglares (O.F.S); la primera para los frailes (franciscanos), la segunda para las monjas (clarisas) y la tercera para los seculares o laicos no religiosos (terciarios). La palabra “fray” viene del latín *frater* que significa hermano.

Francisco escoge el nombre de menores para sus frailes, para significar humildad y sencillez, pues quería que ellos fuesen verdaderos servidores. Fray Tomás de Celano, O.F.M., testifica que los hermanos menores eran “quienes, sometidos a todos, buscaban siempre el último puesto y

trataban de emplearse en oficios que llevaran alguna apariencia de deshonra” (como se citó en Guerra, 1995, p. 165), todo con el fin de la santificación. Es por ello que toma como sello y firma la Tau “τ”, última letra del alfabeto (alfabeto hebreo), con lo que simboliza la minoridad.

Para aquella época proliferaban los grupos heréticos, como los albigenses o cátaros y valdenses, quienes bajo un espíritu ascético y de pobreza, querían imitar la vida de Cristo, pero yendo en contra de la doctrina -algunos eran dualistas, rechazaban la carne, lo corpóreo, y enaltecían solamente la dimensión espiritual-. Con esta problemática, el Pontificado, después del Concilio IV de Letrán en 1215, además de condenar estas herejías, determinó que cualquier nueva orden religiosa debía acogerse a alguna de las reglas existentes, entre las que se resaltaban la de San Benito y San Agustín, sin embargo, como a Francisco ya le había sido aprobada la Regla de voz, no le aplicó dicha norma. La Orden de Frailes Menores continuaba creciendo, al punto que alrededor de cinco mil frailes se reunieron durante el Capítulo General del año 1219, llamado de las Esteras. En ese mismo periodo, Francisco, con el ánimo de buscar unidad, se acerca a los musulmanes y habla con el sultán de Egipto *Al-Malik Al-Kamil*, de quien obtiene una negativa a la propuesta de una posible conciliación frente a las luchas de las Cruzadas -combates entre cristianos y musulmanes por Tierra Santa-, sin embargo, el sultán le elogia por su espíritu dadivoso y sencillo, y le entrega como símbolo de ese encuentro un cuerno de marfil, que hasta la actualidad se conserva en la Basílica de San Francisco.

Hacia 1223, llegada la solemnidad de la Natividad del Señor, Francisco de Asís se encontraba en un pueblo de Italia llamado Greccio; allí la celebra de manera especial y legará a la Iglesia una tradición que hasta el día de hoy tiene asidero; por primera vez festeja el nacimiento del Niño Dios con un pesebre en vivo, para ello le pidió ayuda a un comarca de nombre Juan, muy cercano al santo, para que dispusiera todo para conmemorar el nacimiento del Niño Jesús como habría sucedido en Belén. “Se prepara el pesebre, se trae el heno y se colocan el buey y el asno. Allí la simplicidad recibe honor, la pobreza es ensalzada, se valora la humildad, y Greccio se convierte en una nueva Belén” (Fray Tomás Celano, O.F.M., como se citó en Guerra, 1995, p. 193). Después se entonan cantos y Francisco proclama el santo Evangelio; este bienaventurado pueblo vive la sencillez y la majestuosidad de lo que representa dicho acontecimiento.

Un año después, en 1224, Francisco recibe un regalo que lo configura plenamente con Jesucristo: mientras estaba en el Monte Alvernia, a donde se dirige con algunos frailes para orar y contemplar, decide hacer ayuno de cuarenta días, y después de una visión del Crucificado, pide tener el gozo de experimentar su pasión, y sucede de esta manera, como lo relata San Buenaventura:

Al instante comenzaron a aparecer en sus manos y pies las señales de los clavos, viéndose las cabezas de los mismos en la parte interior de las manos y en la superior de los pies, mientras que sus puntas se hallaban al lado contrario... Asimismo, el costado derecho

-como si hubiera sido traspasado por una lanza- llevaba una roja cicatriz, que, derramando con frecuencia sangre sagrada, empapaba tan copiosamente la túnica y los calzones, que, al lavarlos luego a su tiempo los compañeros del Santo, advertían sin duda que así como en las manos y en los pies, también en el costado tenía el siervo del Señor impresa la semejanza con el crucificado (como se citó en Guerra, 1995, p. 521).

Un año después, escribe el famoso Cántico de las Creaturas, y para 1226, con un cuerpo cansado de tantos excesos, tanto en su juventud, como en su vida como hermano menor, Francisco, enfermo y prácticamente ciego, entrega su vida al Padre Dios en la noche del 3 de octubre. Fue canonizado dos años después, en 1228, por su gran amigo, el Papa Gregorio IX, quien le tenía gran estima desde antes, cuando figuraba como el Cardenal Ugolino.

Tras la muerte del santo, por algunas desavenencias entre los frailes con respecto a la interpretación de su Regla y Constituciones, a la manera de ver la pobreza y frente a temas de estudio y academia, se produjeron distintos grupos que dieron origen a la primera gran división de la Orden, la cual se oficializa solo hasta 1517, con el papado de León X, quien unió los distintos grupos en solo dos: los Franciscanos Observantes (O.F.M. Obs., o simplemente O.F.M.) y los Franciscanos Conventuales (O.F.M. Conv.). Hacia el año 1525, como protesta al acomodamiento y relajación, surge la Orden Capuchina (O.F.M. Cap.) liderada por Fray Mateo Serafini de Bascio y los hermanos Ludovico y Rafael de Fosombrone; su idea era volver a las fuentes, a la pobreza y austeridad, como vivía Francisco. Por este hecho, la Orden de Frailes Menores queda dividida en tres grandes Órdenes, hasta la actualidad.

El franciscanismo no fue el único que intentó renovar la Iglesia desde dentro en ese momento de tensión eclesial; surgieron con él, otras seis Órdenes Mendicantes que buscaron dar una respuesta a la crisis eclesial “con el ejemplo y con la palabra el despego de las riquezas a una sociedad excitada por la codicia y por el afán de lucro” (García-Villoslada, 2003, p. 664). Aquellas que se sumaron a la causa fueron: Orden de la Santísima Trinidad (trinitarios), fundada en 1198 por San Juan de Mata; Orden de Frailes Menores (franciscanos), fundada en 1209 por San Francisco de Asís; Orden de Predicadores (dominicos), fundada en 1216 por Santo Domingo de Guzmán; Orden de San Agustín (agustinos) fundada en 1244 como orden, pues ya existían como grupos eremíticos bajo la Regla de San Agustín; Orden de Santa María del Monte Carmelo (carmelitas), fundada en 1247 como orden mendicante, aunque ya se habían congregado como comunidad eremítica; Orden de Penitencia de Jesucristo (hermanos del saco), fundada en 1248 por el franciscano Hugo de Digne, sin embargo luego se extinguirán; y Orden de los Siervos de María (servitas), fundada en 1259 como orden mendicante por siete comerciantes, pues de 1240 data su fundación inicial.

Al monje (*monachus*) que vive en la soledad campestre de su abadía -como señor feudal en su fortaleza- consagrado a la liturgia y a la contemplación, sucede el fraile (*frater*), que mora y fraterniza con la gente del pueblo o de la ciudad, predicando, administrando los sacramentos, exhortando, consolando, dando ejemplos de virtud (García-Villoslada, 2003, pp. 663-664).

En cuanto a la vida de Francisco y su proceso de conversión, se puede decir que jamás perdió su esencia; siempre confraternizó con su entorno, jamás dejó su alegría y espontaneidad, y perseveró fielmente a sus convicciones, lo que le llevó a constituir toda una espiritualidad con “la profundidad de su meditación, el ardor apasionado de sus deseos” (Sánchez, 2005, p. 388). Es recordado por su amor por la creación, por ello llama hermano y hermana a cada obra del Creador, pues comprende que el ecosistema no está puesto para el usufructo del ser humano, sino para coexistir con él; palabras que retomará luego el papa Francisco, al denominar el planeta como “La casa común” en su Carta Encíclica *Laudato Si*.

Pero el legado de Francisco no se comprende como un sello original, pues su impronta no es otra que la de Cristo. Es así que, como la Virgen María, Francisco jamás buscó protagonismo; su intención fue simplemente seguir a Cristo, configurarse con Él. En ese camino cristiano, muchos quisieron seguirle. “Nunca, ni antes ni después de san Francisco, se ha dado en Occidente un amor a Jesucristo tan apasionado, empeñado en imitarle hasta en los mínimos detalles, en la letra y en el espíritu” (Boff, 1982, p. 15).

La herencia que dejó Francisco de Asís fue tan grande que, a lo largo de la historia, muchos grupos y organizaciones, tanto católicas como no católicas, lo han tomado como modelo y patrono. Es el santo de la humildad, de la fraternidad, de la pobreza y de la naturaleza. Es considerado patrono de los veterinarios, animalistas y profesionales en la rama ecologista. El Papa Pío XII lo proclamó patrono de Italia en 1939, y San Juan Pablo II lo nombró patrono de la ecología en 1979. Jorge Bergoglio, al asumir el papado en 2013, toma el nombre de Francisco, en honor a este santo.

Capítulo 3

Fray Luis Amigó, el apóstol de los extraviados

Dios ha ido atrayendo grandes hombres y mujeres para poder actuar por medio de sus vidas, a través de sus manos, su boca, su pensamiento y sus obras, en pro de la construcción de su Reino. Tal es el caso de Fray Luis Amigó y Ferrer, un hombre que desde muy niño se fío de Dios, porque sin dejar de ser él mismo, conoció el amor del Señor y pudo ver su participación con la problemática que encontró en su época; se entregó a su servicio como pieza clave en la participación de la construcción de un mundo más humano, más cristiano.

José María Amigó y Ferrer, nombre de pila de Fray Luis Amigó, nació el 17 de octubre de 1854 en Masamagrell–Valencia (España). Fue hijo de unos “padres muy católicos, llamados don Gaspar Amigó y Chulvi, abogado, hijo de Puzol, y doña Genoveva Ferrer y Doset, de Valencia” (Amigó, 2007, N° 2). Sus padres tuvieron siete hijos, Fray Luis se ubicó en el cuarto lugar entre ellos; en orden cronológico de nacimiento fueron: Emilia Rosario, Genoveva, Julio, José María (Fray Luis Amigó), Josefa (quien murió al año y medio de nacida), Josefa y Rosa.

El nacimiento de José María fue marcado por dos hechos trascendentales, uno eclesial y otro social; ese mismo año, el 8 de diciembre, el Papa Pío IX declara el dogma de la Inmaculada Concepción, y para esa misma época, la nación era azotada por la epidemia de Cólera, la cual cobró la vida de muchos niños recién nacidos; hecho que Fray Luis Amigó luego describirá como un verdadero milagro, al salir ileso. El bautizo lo recibe, al día siguiente de nacer, el 18 de octubre de 1854; otros afirman que fue ese mismo día. Su confirmación la recibió el 18 de noviembre de 1857, a los 3 años de edad y su Primera Comunión el 13 de mayo de 1866, con 11 años de edad.

Como cualquier niño de su época, se mostró alegre, travieso y divertido, pero hubo en su corazón una particularidad: desde siempre tuvo un amor especial por el servicio y “ya desde sus primeros años Luis Amigó manifiesta un gran aprecio del sacerdocio ministerial y un gran respeto a quienes lo ejercitan, los sacerdotes” (González, 2011, p. 143). Esta herencia de amor cristiano, se la debe en gran parte a las enseñanzas de su madre y a la vivencia cristiana que tuvo en su hogar, como él mismo lo afirma: “De tan buenos padres recibí desde los primeros años esmerada educación religiosa y literaria en Valencia, pues debieron trasladarse allí mis padres a poco de nacer yo, pues no guardo memoria alguna de mi estancia en Masamagrell” (Amigó, 2007, N° 4).

A sus patronos: San José y la Santísima Virgen María, les guardó especial amor y veneración, pues les atribuye su cuidado y protección; ellos le guiaron en su camino. En ellos reconoce su amparo, de manera especial, cuando era muy pequeño, pues después de ser investido por una vaca, sale ileso, hecho que, a su corta edad y respecto a la cantidad de golpes recibidos, le hubiese ocasionado una muerte instantánea. “Eran los primeros signos de predilección de Dios en su vida” (Vives, 2003, p. 12). ¿Casualidad o milagro? Cada cual juzga desde su experiencia de fe.

Con su amigo José Guzmán Guallar, escultor, realizaba obras benéficas, no como acciones filantrópicas, sino inspiradas y motivadas por el Ser Supremo:

Iba por los hospitales para compartir con los enfermos su salud y alegría. Frecuentaba las barracas y alquerías de la huerta valenciana para participar a sus gentes -y en particular a los niños y jóvenes- su saber y su fe. Y, sobre todo, se acercaba a las cárceles para consolar e instruir a los reclusos, teniendo especial gusto de hacerlo con los condenados a cadena perpetua. Eran los indicios de quien sería luego el apóstol de las clases más necesitadas y marginadas (Vives, 2003, p. 15).

Desde niño fue devoto de Santa Rita de Casia; por ello, su amigo José Guzmán le regala una imagen de la santa que veneró con mucho decoro. Luego de hechos como la rebelión en contra de la reina Isabel II -que la bajó del trono-, y la muerte de los padres de José María -su padre en 1870 y su madre en 1871-, el rumbo de la vida de este ejemplar hombre tomó otro curso, pero él siempre se mostró confiado en la Providencia de Dios, que nunca le falló. El sacerdote Francisco Pérez Montejano se hizo cargo de los hijos Amigó y Ferrer. Pese a las dificultades familiares, el anhelo de José María de hacerse sacerdote nunca desvaneció, por el contrario, se agudizaban las ganas de hacerse discípulo del Señor en la vida consagrada.

Este deseo de consagración era compartido con algunos de sus más grandes amigos: José Guzmán -quien fue cartujo, luego trapense y finalmente desiste de este estilo de vida-, Isidro Domínguez -quien ingresa a la Cartuja, pero luego se hace capuchino-, Manuel Tomás -con quien José María decide hacerse cartujo, pero tras la recomendación del padre Llopart, jesuita, se hacen

capuchinos- y Vicente Vivó -quien también ingresará a la Orden Capuchina-. La Orden de Frailes Menores Capuchinos era desconocida para estos jóvenes, sin embargo, la Providencia, de diversas maneras, les fue mostrando el camino.

Por las distintas desavenencias entre partidos políticos en España -carlistas y republicanos-, no habían comunidades religiosas en el país, por lo que tanto la Orden Cartuja, la Orden de la Trapa, la Orden Capuchina, y muchas otras, tenían sus monasterios y conventos más cercanos en Francia. Por ende, José María ingresa a un convento de españoles de la Orden de Frailes Menores Capuchinos, en Bayona-Francia, el 31 de marzo de 1974 -Martes Santo- y viste el santo hábito el 12 de abril de ese año -II domingo de Pascua-, ceremonia en la que adopta el nombre de Fray Luis de Masamagrell. Pese a muchas dudas del guardián del convento, es decir, el superior de la casa, quien creía que José María no resistiría la austeridad y penitencia capuchina, ya que “el espíritu capuchino da un especial relieve al desapropio de la persona, al comer y al vestir” (González, 2011, p. 77), el 12 de abril de 1975 -IV domingo de Pascua-, realiza su primera profesión.

Muchos fueron los frailes exclaustros de España, no solamente de la Orden Capuchina, sino de todas las comunidades. Por este hecho, llega a Bayona Fray Ambrosio de Benaguacil, O.F.M. Cap., buscando retornar a su Orden; después de algunos problemas de tipo disciplinar -pues no estaban aceptando más frailes exclaustros-, es recibido nuevamente en el convento, gracias a la intercesión de Fray Luis Amigó ante sus superiores, quien propone que quien dirija los retiros sea este insigne sacerdote. Fray Ambrosio había sido un religioso ejemplar, tanto así que estuvo en la terna para asumir el episcopado de Santiago de Cuba, junto con San Antonio María Claret. Por ello, se crea un gran lazo de amistad entre estos dos hermanos de orden religiosa, tanto así, que Fray Ambrosio, quien había acompañado unas mujeres penitentes que residían en un monasterio en Montiel, sin regla ni constituciones, pero con las instrucciones de este gran hombre, le dice a Fray Luis: «Chiquet, tú te encargarás de les meues monchetes», que significa: “Joven, tú te encargarás de mis monjitas”. Estas palabras serán proféticas.

El 10 de junio de 1876 -al finalizar la solemnidad de Pentecostés-, sin terminar sus estudios teológicos, Fray Luis recibe las órdenes menores, por Monseñor don Francisco Lacroix, obispo de Bayona. Tiempo después, tras conversaciones con el marqués, amigo del presidente del Consejo de Ministros (Cánovas del Castillo), es aprobada la Real Orden de que los capuchinos regresaran a España a refundar. Fray Luis es enviado, junto con otros frailes, a restaurar la Orden; llegan al antiguo convento de Antequera, en la Provincia de Málaga, región de Andalucía. Allí se les presentaron muchos inconvenientes, pues las personas no los conocían y tenían cierto recelo con los religiosos; “los confundían, vestidos como iban con sus hábitos, con moros, con judíos” (Vives, 2003, p. 24). Pero, poco a poco fueron ganando adeptos y cariño entre las personas.

Ya en España, Fray Luis continúa sus estudios de teología, y recibe el subdiaconado, el 15 de junio de 1878 -posterior a la solemnidad de la Santísima Trinidad-, por manos de Monseñor don Esteban José Pérez y Martínez Fernández, obispo de la Diócesis de Málaga. Mientras tanto, la Orden Capuchina iba extendiéndose con nuevas fundaciones, como fue el caso del convento en Sanlúcar en 1877 y el de Montehano, en Santander, en 1879. Fray Luis, que ya gozaba de buena fama y aceptación, recibió el diaconado el 8 de marzo de 1879 -al iniciar la Cuaresma-, por manos de Monseñor don Vicente Calvo y Valero, obispo de Santander; y el presbiterado, es decir la ordenación sacerdotal, el 29 de marzo de ese mismo año -en la quinta semana de Cuaresma-, por manos del mismo obispo. Su primera Misa fue celebrada una semana después: 4 de abril, día en que se recordaba a Nuestra Señora de los Dolores.

Desde siempre, su apostolado estuvo direccionado a los jóvenes, con su ministerio sacerdotal en Escalante, cerca del convento donde estaba asignado. Con el fin de avivar el espíritu cristiano entre los jóvenes seculares, estableció dos congregaciones: “una de Hijas de María, para las jóvenes, y otra de Luises, para los chicos” (Amigó, 2007, N° 50). Un hecho que quedará marcado en su memoria y que se verá reflejado en un acto posterior -fundacional-, será el bautizo de un niño dejado en la puerta de la iglesia de su convento, con una nota que indicaba que debía llamarse: “Jesús, María y José”; esto motivó a Fray Luis a preocuparse, aún más, por los niños desamparados.

El 4 de octubre de 1879 -festividad de San Francisco- la Orden Capuchina funda un nuevo convento en Masamagrell, llamado Santa María Magdalena; allí es enviado Fray Luis. De regreso a su tierra natal, se reúne con su hermano, sus hermanas, familiares y amigos; encuentro emotivo, pues al salir a Francia promete que serán tan solo 8 días, y regresa después de 8 años. En el convento es recibido por el padre comisario Fray Joaquín de Llevaneras, O.F.M. Cap., quien le tenía mucho aprecio al joven sacerdote Fray Luis Amigó, pues era testigo de su arduo trabajo; le designará como vicemaestro del noviciado, el 6 de agosto de 1881, el cual recibía novicios de toda España. Luego se le pedirá acompañar también la Orden Tercera Seglar, encomendándosele como comisario el 20 de octubre de 1881. Su trabajo con ellos se extiende en distintos lugares y regiones, con la fundación o fortalecimiento de nuevas comunidades seculares; muestra de esto es la asistencia de unos cinco mil terciarios, es decir, seculares pertenecientes a la Orden Tercera Seglar de San Francisco, que acudieron al llamado de Fray Luis a una peregrinación al Santuario de Nuestra Señora del Puig, patrona de Valencia, el 22 de mayo de 1884 -día de la Ascensión del Señor-. “En la rápida extensión de la Tercera Orden tuvo mucho que ver el entusiasmo y celo apostólico del padre Luis” (Vives, 2003, p. 43).

Dios se manifestó de muchas formas con su acción vivificante a través de la persona de Fray Luis Amigó. Una de estas acciones fue el sermón que predicó en la iglesia de Alboraya, en una de sus visitas a la Orden Tercera Seglar, en donde pidió la asistencia del alcalde y del cura, quienes llevaban muchos años de enemistad y ninguna autoridad había podido ayudarles

a reconciliar; después de su emotivo sermón sobre el perdón, ellos, movidos por el Espíritu de Dios, “se levantaron de sus sillas y, saliendo al encuentro uno del otro, se abrazaron fuertemente en presencia de Jesús sacramentado” (Amigó, 2007, N° 65). Otra acción de Dios, suscitada en el padre Luis, fue la multiplicación de los panes en el convento de La Magdalena, pues con poca provisión, junto con el padre guardián Fray Estanislao de Reus, O.F.M. Cap., repartieron los pocos panes restantes, de a trozos pequeños en los puestos de los religiosos, con el temor de que en cualquier momento pedirían más, pero esto no sucedió; los religiosos comieron lo necesario, incluso, dejaron trozos y moronas en la mesa.

La Orden Capuchina en España, que había sido comisariato, recibe el 4 de febrero de 1885 el título de Provincia, llamada del Sagrado Corazón de Jesús; se nombró como provincial al padre excomisario Fray Joaquín de LLevaneras, O.F.M. Cap., y a Fray Luis Amigó como definidor provincial. El 10 de marzo de ese año, se le destina a Fray Luis como guardián del convento de La Magdalena.

Con la idea de fundar un grupo de mujeres que se dedicasen a ayudar a los niños desamparados, Fray Luis comienza a escribir unas constituciones, y llegan a él Sor María de Montiel de Benaguacil, Sor Carmen de Alboraya y Sor Ángela de Pego, pertenecientes al grupo anteriormente dirigido por Fray Ambrosio de Benaguacil, O.F.M. Cap., para que se les reciba en esta fundación de hermanas. Enseguida recuerda las palabras de Fray Ambrosio, quien le encomendaba sus monjitas; esto fue leído por Fray Luis como Providencia Divina. Es así que retornan a Montiel, les reforma el hábito, y les da profesión perpetua a estas tres hermanas, el 1 de mayo de 1885, y primera profesión a unas novicias que habían ingresado desde el año 1881 y 1882. La fundación de esta comunidad se da, como tal, el 11 de mayo de 1885 bajo el nombre: Congregación de Religiosas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia; para entonces, Fray Luis sumaba 30 años de edad.

Por aquel año de 1885, hubo una epidemia de cólera que afectó la región: cuatro religiosos del convento capuchino de La Magdalena fallecieron, y tres religiosas terciarias capuchinas, hasta ese momento, recién fundadas, también perecieron. Hubo cuarentena en la ciudad y La Magdalena quedó aislada, sin acceso a ofrendas -alimentación-, en lo que se visualizó la Divina Providencia, pues muchas personas pasaban los límites impuestos para entregarles en el convento a los frailes -cerca de unos 80- los víveres necesarios. Fue tan numerosa la caridad de la gente, que no solo bastó, sino que sobró; un verdadero milagro como lo atestigua el mismo guardián del convento, Fray Luis Amigó: “¡Milagro de la Divina Providencia que debiera consignarse en las crónicas del convento de La Magdalena para gloria del Señor!” (Amigó, 2007, N° 82). También las Religiosas Terciarias Capuchinas se veían bendecidas, pues sin recursos, asumieron su primera casa, llamada del Castillo, con funciones de asilo, para atender a los niños huérfanos. Dios iba haciendo su obra.

En años posteriores, siguió viéndose la mano de Dios. Sin tener mayores recursos, Fray Luis adquirió el terreno contiguo al convento de La Magdalena, llamado “La Montañeta”, y luego también pudo adquirir y restaurar el antiguo convento capuchino de Ollería, en donde pobladores, al ver el entusiasmo y devoción de este hombre, y de los frailes capuchinos, colaboraron incansablemente. Sin embargo, vinieron momentos de fricción, pues algunas terciarias capuchinas -las más antiguas-, se rehusaban a cambiar la vida contemplativa que llevaban en Montiel y comenzaron a desobedecer a Fray Luis, algunas influenciadas por el padre provincial capuchino Fray Joaquín de Llevaneras, quien tomó el mando jerárquico de la Congregación. Frente a estos acontecimientos, el padre Amigó, siempre prudente, esperó el momento oportuno, hasta que en 1890, el nuevo padre provincial Fray Fermín de Velilla, O.F.M. Cap., lo asigna como encargado.

Con el ánimo de continuar con la obra del Señor, el padre Amigó recuerda el apostolado que ejercía recién ordenado sacerdote, cuando visitaba el Penal el Dueso, cárcel de Santoña (Cantabria), en donde veía jóvenes pagar penas junto a reclusos mayores; pensaba en fundar una congregación de frailes que se dedicaran a atender a estos jóvenes, para que pudiesen reeducarse y ser útiles a la sociedad. “El padre Amigó centró su apostolado en un campo muy concreto: la juventud marginada, aquella que necesita, de una forma particular, una ayuda para encontrar un sentido a su vida” (Vives, 1997, p. 15). Entre los años 1887 y 1888, escribe las Constituciones de su fundación con la asesoría de un sacerdote de su Orden: Fray Calasanz de Llevaneras, quien le sugiere que tanto escapulario como capucha sean del mismo tono marrón de la túnica, pues Fray Luis pensaba en instituir las de color negro. La Congregación estaría encomendada a la Virgen de los Dolores, por ello, el escapulario llevaría el corazón de las siete espadas.

El 31 de enero de 1889, el padre general de la Orden Capuchina: Fray Bernardo de Andermatt, autorizó y bendijo la obra fundacional. El 2 de febrero -fiesta de la purificación de la Virgen María-, Fray Luis Amigó celebró la Santa Misa y puso en las manos de la Virgen de los Dolores las Constituciones para que ella misma las bendijera, como patrona de esta fundación. El 5 de febrero, Monseñor don Francisco de Aguilar, obispo de Segorbe, aplaude y aprueba las Constituciones. El Cardenal Antolín Monescillo y Viso, arzobispo de Valencia, aprueba oficialmente las Constituciones el 8 de abril, y el 10 de ese mismo mes, el gobernador eclesiástico, Juan Bautista Oliver y Clari, certifica dicha aprobación. Finalmente, el 12 de abril de 1889, festividad de Nuestra Señora de los Dolores -viernes de dolor-, cuando Fray Luis contaba con 34 años de edad, la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores ve la luz de su génesis. “Es una fecha grande, redonda... Es el día grande de la fundación” (González, 2003, p. 126).

Las Constituciones aprobadas entonces describían, en su numeral 2º, el siguiente fin: “la instrucción de adultos y párvulos en las Ciencias y Artes; el servicio de los enfermos, en especial a domicilio, y el régimen y dirección de las Cárceles y Presidios” (Obras Completas de Luis Amigó y Ferrer–OCLA, 1986, N° 2360). Con el tiempo, este fin tendrá algunos ajustes, de acuerdo con las necesidades y contextos.

Fueron muchos los inconvenientes al inicio de la obra, pero poco a poco se resolvieron; con ello se mostró que esta fundación era querida por Dios. Sin mucho presupuesto, aparecieron voluntarios enviados por la Divina Providencia, que suplían lo necesario, como el préstamo del sitio destinado para la vivienda: La Cartuja de Puig -un lugar bastante deteriorado-. Entre los altibajos de esta época de la obra estuvo la defección de José Valenciano, un joven adinerado que ingresaría a la Congregación y que ayudaría a solventar su economía; sin embargo, a pesar de que no ingresó, jamás faltó lo necesario a los frailes.

La comunidad de Terciarios Capuchinos comenzó con 14 postulantes, entre ellos el sacerdote don José Moliner, vicario de Masamagrell, quien tomará el nombre de Fray Francisco de Sueras. Los postulantes iniciaron el 12 de abril su año de noviciado, tiempo mínimo que pide la Iglesia como preparación a los votos religiosos en una comunidad o instituto religioso:

El noviciado, con el que comienza la vida en un instituto, tiene como finalidad que los novicios conozcan mejor la vocación divina, particularmente la propia del instituto, que prueben el modo de vida de éste, que conformen la mente y el corazón con su espíritu, y que puedan ser comprobadas su intención y su idoneidad (CIC, 1993, N° 646).

Los primeros días, la comunidad de Terciarios Capuchinos se hospeda en el convento capuchino de La Magdalena, para trasladarse el Domingo de Ramos al convento de *Ara Christi* del Puig, conocido como La Cartuja del Puig. Prontamente se hicieron nuevas vesticiones de hábito e ingreso al noviciado, pues muchos eran atraídos por este estilo de vida; algunos jóvenes laicos y otros sacerdotes, como fue el caso de don José Méndez, quien toma el nombre de Fray José María de Sedaví. Después de permanecer algunos meses en La Cartuja, una gran epidemia de paludismo obliga a la comunidad a trasladarse al convento de Nuestra Señora de Monte-Sión en Torrente, en busca de un lugar de mayor sanidad, alejado de ese ambiente epidémico. Por la escasez y precariedad, además de las enfermedades, muchos desertaron.

A finales de ese mismo año, 1889, la provincia capuchina de España, llamada del Sagrado Corazón, se divide en tres: Aragón, Castilla y Toledo. Para esta última es elegido como provincial Fray Fermín de Velilla, y Fray Luis Amigó como uno de los cuatro definidores.

Fray Luis Amigó es trasladado al ser elegido definidor de la Provincia de Toledo, por lo que se alejó físicamente de sus dos fundaciones religiosas; hecho que asumirá con tristeza, pero a la vez con valentía y confianza en Dios. A cargo de sus Terciarias Capuchinas queda el provincial capuchino de Toledo, y a cargo de sus Terciarios Capuchinos, queda Fray José María de Sedaví, religioso sacerdote terciario capuchino. Rápidamente llegaron dudas y pruebas, como fueron la insinuación de un jesuita a los Terciarios Capuchinos de dejar el hábito y adherirse a la Compañía de Jesús -situación que se repetirá en 1902-, y la injerencia de Fray Joaquín de Llevaneras, O.F.M. Cap., quien pasó por encima del provincial de Toledo -encargado de las Terciarias Capuchinas- al querer cambiar el sitio de su noviciado y realizar algunos ajustes. Fray Luis Amigó regresó a dar orden y nombró la primera superiora general: Sor María Luisa de Valencia, T.C. Así, a pesar de las dificultades, la Divina Providencia estuvo siempre presente, de diversos modos, en la vida de Fray Luis.

El 24 de junio de 1890, los primeros 19 frailes terciarios capuchinos emiten los votos religiosos, de manos de Fray Luis Amigó en el convento de Torrente; la primera visita canónica se realizó días después y se nombraron los primeros superiores. El obispo de Madrid, don Ciriaco Sancha y Hervás, al enterarse de la fundación congregacional, les ofrece la dirección de la Escuela de Reforma de Santa Rita en Madrid, dirigida por el abogado Francisco Lastres; esta escuela ya había sido ofrecida a los salesianos de Don Bosco, pero no fue aceptada por ellos, pues su misión estaba más direccionada a la protección que a la corrección. Ésta fue la primera obra apostólica que los Terciarios Capuchinos asumieron y la que marcará su destino, e incluso, su misión específica: “el trabajo desarrollado en la Escuela, al tiempo que fue dando lugar al nacimiento de la pedagogía amigoniana, fue propiciando poco a poco el cambio de rumbo apostólico dentro del naciente Instituto” (Vives, 2003, p. 96).

Al terminar el trienio como definidor provincial -1889 a 1892-, Fray Luis es elegido nuevamente como definidor para el próximo trienio y el 19 de diciembre de 1892, es enviado como guardián del convento de Ollería, en donde atendió varias necesidades para mejorar el lugar; restauró algunas dependencias y edificó el calvario, entre otras acciones. El 18 de diciembre de 1895 es elegido nuevamente como definidor provincial para el siguiente trienio, nombrándosele como visitador de la Orden Tercera Seglar. Terminado ese trienio, el 16 de diciembre de 1898, la provincia de Toledo se divide en dos: Andalucía y Valencia, y de esta última, llamada Preciosísima Sangre de Cristo, mientras se encontraba en el convento de Ollería, es elegido como provincial: Fray Luis de Masamagrell, como era identificado Fray Luis Amigó en la Orden Capuchina.

Durante su provincialato se dio inicio a la misión en la Guajira-Colombia, para la que sin haber otro candidato, se ofreció como custodio queriendo renunciar a su cargo de provincial, pero sus definidores no lo aceptaron al considerar que era de mayor importancia su presencia en España como provincial; entonces, se ofreció uno de los padres definidores: Fray Francisco de Orihuela, O.F.M. Cap., asignándosele como custodio el 23 de abril de 1900.

Fray Luis Amigó peregrinó a Roma para visitar al Papa León XIII, con motivo del encuentro Internacional de la Orden Tercera Seglar y celebración de los 25 años de pontificado del papa, el 27 de septiembre de 1900. Terminado su provincialato, el 10 de enero de 1902, ya no fue nombrado como definidor, pero sí como uno de los dos custodios -representantes de la provincia ante el gobierno general de la Orden-, y como vicario del convento de La Magdalena. Ese mismo año se aprobaron pontificalmente sus dos congregaciones religiosas, por el Papa León XIII, “la de las hermanas el día de la Encarnación, 25 de marzo, y la de los religiosos el 19 de septiembre de dicho año” (Amigó, 2007, N° 154).

El 5 de enero de 1904, la señora Josefa Giménez Sien, amiga de Fray Luis y benefactora de la Orden, como no puede heredarle nada a él por ser fraile, lo hace a nombre de su hermana Emilia Amigó y Ferrer y de su esposo, explicándoles que lo poco que dejaba era para que Fray Luis Amigó no pasara penas cuando se le nombrara obispo; esta profecía se la dio a conocer su hermana después de su consagración episcopal. Ese año, cuando terminó el trienio provincial, es elegido como definidor nuevamente para el siguiente trienio y como guardián del convento de Orihuela. El 5 de febrero de 1905 es enviada a América la primera delegación de cinco misioneras terciarias capuchinas, quienes arribaron a la Guajira, Colombia.

“El día 21 de marzo de 1907, víspera de la festividad de Nuestra Madre de los Dolores, en el correo de la noche” (Amigó, 2007, N° 169), con 52 años, Fray Luis Amigó recibe una carta de la nunciatura, en donde se le propone como administrador apostólico de Solsona. Habían sido postulados también dos terciarios capuchinos: Fray José María de Sedaví y Fray Domingo María de Alboraya; el último declina a este título e interviene ante el nuncio y el consejo de ministros, y sugiere a su fundador Luis Amigó; Fray Domingo será uno de los mártires de la Guerra civil española de 1936.

El padre general de la Orden emprendió el viaje inmediatamente para felicitar a Fray Luis Amigó; a la congratulación se unieron todos los frailes capuchinos, y sus hijas e hijos, terciarias y terciarios, tanto como los vecinos. El 26 de marzo se publicaba en el Diario de Valencia: “nuestros corresponsales telegráficos nos comunicaron la grata noticia del nombramiento de nuestro ilustre paisano el padre Luis de Masamagrell, capuchino, para la vacante que deja, por traslado otro paisano nuestro, el doctor Benlloch” (Royo, 2014, p. 126).

El 12 de abril de 1907 deja su convento de Orihuela, y con él a su Orden Capuchina; se cumplían 33 años exactos de su ingreso a la Orden y vestición de hábito, y 18 años de la fundación de sus Religiosos Terciarios Capuchinos. La mano de Dios se veía en su historia. Para los gastos, que eran bastantes: pectoral, anillo, ropas, libros, entre otros, Fray Luis Amigó, quien no contaba con nada, vio también allí la Divina Providencia, pues apareció su hermana con la ofrenda hecha por doña Josefa Giménez y otros obsequios de algunos bienhechores.

El 7 de junio de 1907 fue la consagración episcopal, por manos del nuncio apostólico, en la capilla del Asilo de Inválidos en Vista-Alegre. Después de su consagración episcopal, se quedó visitando, entre otros, a los reyes y demás autoridades civiles y eclesiásticas, en Madrid. Luego regresó a Orihuela, en donde debía officiar ya pontificalmente; el señor obispo de allí, don Juan Maura, quien había estado delicado de salud, le pidió realizar las confirmaciones de alrededor de mil personas, pero un día antes había confirmado a una religiosa del convento de la Salesas y a un religioso franciscano. El 4 de agosto, tomó posesión de la diócesis como administrador apostólico de Solsona.

En Masamagrell, el 28 de abril de 1908, de mutuo acuerdo, las autoridades civiles y eclesiásticas lo nombraron “hijo predilecto” y le dedicaron una calle. Y el 1 de mayo de ese año, consagró la parroquia en donde había sido bautizado. En 1909, el 20 de mayo, Fray Luis Amigó participó en Roma de la canonización de San José Oriol, y pudo realizar la visita *Ad Limina* que hacen todos los obispos a los templos de San Pedro y San Pablo en Roma, y durante la que se entrevistan con el Papa para dar cuenta de sus diócesis.

En Solsona emprendió varias obras: organización del museo diocesano, institución de un nuevo seminario, apertura en su diócesis a otras comunidades -como lo fue con los frailes dominicos, a quienes dejó el antiguo seminario, que había sido anteriormente convento suyo-, establecimiento de una escuela parroquial, consagración de varias iglesias, entre otras. A mediados del año 1913 se le informa de su traslado a la Diócesis de Segorbe, y el 18 de julio es preconizado como obispo de Segorbe, con 58 años de edad; noticia que rápidamente fue divulgándose en algunos medios, como lo fue en el Diario de Valencia: “parece ser un hecho la presentación de nuestro compatriota ilustrísimo Sr. D. Fray Luis Amigó, actualmente administrador apostólico de Solsona, para la Sede Episcopal de Segorbe” (Royo, 2014, p. 240). El 13 de noviembre toma posesión de la diócesis y el 30 de ese mes hace su entrada oficial.

Prontamente inició grandes obras en su nueva diócesis y participó presidiendo “la primera peregrinación del magisterio español a Roma que salía de Valencia” (Amigó, 2007, N° 203). El 22 de marzo de 1914 fue elegido senador del Reino; cada provincia eclesiástica elegía para este cargo a uno de sus obispos. Muchas otras acciones emprendió Monseñor Amigó. Un suceso

extraordinario, grato de recordar, fue lo ocurrido el 12 de abril de 1914, cuando en tiempo de sequía, todos acuden a él y baja “en rogativa la Virgen de la Cueva Santa para impetrar de la Señora el beneficio de la lluvia” (Amigó, 2007, N° 207); y ese mismo día comenzó a llover.

Con deseo de inaugurar una capilla de la Sagrada Familia, en el Asilo de Masamagrell, habla con la superiora general de las Terciarias Capuchinas, Sor Patrocinio de Benisa, pero la Congregación vivía de la caridad, y por ende, no tenía recursos. Fray Luis Amigó se había topado con una estampa de la Sagrada Familia, en donde el Niño Jesús tiene en sus brazos una cruz, y María -con su corazón traspasado por siete espadas- y José le miran con tristeza, lo que le sorprende, por estar allí simbolizadas sus dos fundaciones congregacionales. En busca de ayuda recurre a su hermana y cuñado, quienes tenían aún dinero de la señora Josefa Giménez, es así que reúne lo necesario e inicia la construcción de esta capilla en 1916. Dos años más tarde, casi terminada la construcción, los frailes terciarios capuchinos costean la imagen de la Sagrada Familia -la de la estampa-, para colocarse en el altar mayor.

El padre Amigó trabajó arduamente en su diócesis; en 1917 consiguió la restauración de la catedral y bendijo y colocó la primera piedra de la capilla del Asilo de Nuestra Señora de la Resurrección; el 16 de junio de 1919 es elegido nuevamente senador por la provincia eclesiástica de Valencia. En 1922 dio lugar a la adquisición de una iglesia -que pertenecía al convento de Santo Domingo-, que estaba siendo utilizada para un oficio distinto. Su vida fue una constante oración, siendo contemplativo en la acción, con una “fe que florece en obras de piedad y de misericordia” (González, 2011, p. 33).

En 1926, Fray Luis es atacado por la Uremia, una enfermedad renal, que poco a poco lo fue deteriorando hasta su muerte. El 4 de abril de 1929 conmemoró las bodas de oro de la celebración de su primera Misa; acto acompañado por los sacerdotes de su diócesis, y sus hijas e hijos: terciarias y terciarios capuchinos. Ya casi con 80 años de vida, muy enfermo, en el verano de 1934, es trasladado a Masamagrell, a la casa madre de sus hijas, pero al ver que sus días en la tierra se agotaban, lo llevan a Godella en donde, en ese momento, se ubicaba la casa general de los Terciarios Capuchinos, para pasar sus últimos días cuidado por sus hijos espirituales.

El 30 de septiembre de ese año comenzó el deceso del padre Luis Amigó, quien al saber que ya se acercaba la hora de entregar su alma al Padre, oró, lloró y rogó por él y los suyos. Pidió recibir el santo Viático -la santa comunión-, la cual fue llevada por el obispo auxiliar de Valencia, doctor Francisco Javier Lauzurica y Torralba, quien será testimonio clave para el proceso de venerabilidad de Fray Luis, refiriéndolo como un santo; también asistieron religiosos de sus dos congregaciones, con sus dos superiores generales: Fray Ildefonso de Vall-Uxó, T.C., y Sor Genoveva de Valencia,

T.C., el vicario general de la Diócesis de Segorbe, también don Marcelino Blasco y don Romualdo Amigó, ilustres señores, y varios párrocos de Godella, familiares y amigos. De esta circunstancia, el padre capuchino, Fray Juan Bautista Ardales, escribió:

El momento del Viático fue emocionante. El señor Obispo de Segorbe estuvo sentado en una silla, revestido de roquete y estola. Primeramente hizo con todo fervor y pleno conocimiento la profesión de fe y pidió de nuevo la absolución sacramental, y con lágrimas en los ojos y señales de gran emoción perdonó y pidió perdón a todos, a quienes bendijo al terminar el sentido acto. El sr. Vicario general de Segorbe administró al Obispo enfermo el sacramento de la Extremaunción. En medio de lágrimas y de profundo recogimiento terminó este emocionante acto de imperecedera memoria (Amigó, 2007, N° 243).

El 1 de octubre se conoció la noticia: Monseñor Luis Amigó, obispo de Segorbe, había expirado. Fue velado con traje pontifical, celebrándose al otro día la Misa de funeral presidida por el superior general de los Terciarios Capuchinos. El 3 de octubre se celebraron las exequias presididas por el señor arzobispo de Valencia, a las que asistieron representaciones religiosas, como frailes de su amada Orden Capuchina, acompañados por los provinciales capuchinos de Valencia y Andalucía, y sus religiosos: Terciarias y Terciarios Capuchinos, acompañados por sus superiores generales, y algunas autoridades civiles. El 4 de octubre, día de San Francisco de Asís, se celebró el entierro de Monseñor Luis Amigó. Los restos de este gran hombre reposan, hoy en día, en la capilla de sus Religiosas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, en Masamagrell.

Para que una persona, después de su muerte, alcance el título de santidad en la Iglesia católica, debe pasar por tres momentos previos: siervo de Dios, venerable y beato. “El 18 de enero de 1950 se abrió en Valencia el proceso diocesano de la Causa de Beatificación y Canonización del padre Luis” (Vives, 2003, p. 282). En 1983 se realiza la exhumación de los restos mortales del padre fundador y para el 13 de junio de 1992, el siervo de Dios, Fray Luis Amigó fue declarado venerable, título dado por el Papa Juan Pablo II, gracias a los testimonios de muchas personas que habían compartido con él y eran testigos de sus virtudes de santidad. “Los testigos, en los procesos diocesano y apostólico, nos presentan a Luis Amigó como un religioso amante del retiro, piadoso, peregrinante y rezador, es decir: como un hombre de profunda fe” (González, 2011, p. 24). Monseñor Lauzurica afirmó: “desde que le conocí sentí gran veneración por el siervo de Dios y deseo ardientemente su beatificación... Era en verdad modelo de sencillez, amabilidad y cariño con todos los que se acercaban a él” (Terciarios Capuchinos, 1990, p. 250).

Hoy, sus hijos, los amigonianos -religiosos, religiosas y seglares-, unidos en oración, con confianza en la Divina Providencia, buscamos la santificación de nuestro fundador. Para ello, se requiere un milagro dado por el Señor mediante la intercesión de este insigne fraile.

El legado que deja este gran hombre, llamado el apóstol de la juventud extraviada, es magnánimo. ¡Cuánta teología y pedagogía se puede hacer con su vida, testimonio, escritos y legado! Es tarea de todos difundir su nombre, dar a conocer este bello carisma con las palabras y, más aún, con el testimonio; es necesario hacer vida sus enseñanzas. Él nos pide, ante todo, trabajar unidos pues “bien conocía el Padre Luis que el enemigo común se esfuerza cuanto puede para introducir la desunión y las rencillas y las discordias” (González, 2011, p. 194), por ello es necesario desgastarnos por los demás, como verdaderos “Zagales del Buen Pastor”; esto nos lo recuerda en su Carta Testamento: “vosotros, mis amados hijos e hijas, a quienes Él ha constituido zagales de su rebaño, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta volverla al aprisco del Buen Pastor”.

Capítulo 4

Anales de los Religiosos Terciarios Capuchinos al servicio de los jóvenes en dificultad

La Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores es un instituto religioso dentro de la Iglesia católica, fundado por Fray Luis Amigó y Ferrer el 12 de abril de 1889, en Valencia-España, con el fin de direccionar los caminos de los jóvenes que han divagado en la ceguera de los vicios y en las conductas inapropiadas, alejándose del sendero que conduce a Dios, es decir, han hecho suyas conductas que contradicen el mensaje evangélico del amor, ya sea con atentados hacia sí mismos o hacia los demás.

Cuatro años atrás, el padre Amigó había fundado la Congregación de Religiosas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, el 11 de mayo de 1885, para atender misericordiosamente “las necesidades corporales y espirituales de sus prójimos en los Hospitales y Asilos o Casas de enseñanza, particularmente Orfanatos; siendo estos ejercicios de caridad, los que con preferencia abrazará este Instituto” (OCLA, 1986, N° 2293).

La misión de la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos se enmarca en el Decreto de Aprobación por la Santa Sede al instituto religioso:

Que atiendan a su propia santificación por medio de los votos de obediencia, pobreza y castidad y por una determinada norma de vida prescrita en sus Constituciones; después, que expresen con toda claridad la apremiante caridad de Cristo Señor, sobre todo para con los adolescentes extraviados, de tal manera que, una vez arrancados del cierno de los

vicios, se preocupen de instruirlos y educarlos piadosamente con los medios más oportunos (Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, 2001, pp. 19.21).

La Congregación de Terciarios Capuchinos fue pensada por Fray Luis Amigó como comunidad de hermanos (frailes laicos), es decir, de religiosos no sacerdotes; sin embargo, algunos sacerdotes quisieron adherirse y, viéndolo como designio de Dios, el padre Amigó decide fundar una congregación mixta: frailes sacerdotes y frailes laicos, ambos con los mismos compromisos y las mismas oportunidades, pero cada uno, con un oficio particular y complementario para llevar a cabo la misión en la educación, reeducación y atención a jóvenes en dificultad, y en los enfermos que se atenderían, tal como lo decía él mismo en el numeral 4º de las primeras Constituciones de 1889:

Esta Congregación se compondrá de religiosos sacerdotes y hermanos coadjutores: aunque en atención a las obras a que se dedica el Instituto, estos últimos deberán ser los más. Los sacerdotes se ocuparán de la dirección espiritual de los presos; de auxiliar los moribundos, en especial los confiados al cuidado de la Congregación, y de la segunda enseñanza. Los hermanos coadjutores se dedicarán al cuidado de los enfermos y de los presos, a la enseñanza elemental y de artes y oficios (OCLA, 1986, N° 2362).

La comunidad de frailes inicia con 14 postulantes, un viernes de dolor, es decir, el viernes antes de la Semana Santa del año 1889. Su presupuesto era poco, pero tenían plena confianza en la Divina Providencia. Fueron inquilinos en el Convento Capuchino de La Magdalena, en donde Fray Luis Amigó era guardián, es decir, superior de la casa, para trasladarse, dos días después, a La Cartuja de *Ara Christi* del Puig. La Cartuja del Puig fue un convento dado en préstamo, que rápidamente entregarán debido a su deteriorado estado.

La fama de los frailes creció rápidamente, incluso, momentos previos a su institución; se les llamaba “los frailes de las cárceles”. Tras la fundación, el Diario de Valencia publica la noticia con un preámbulo bastante dicente que demuestra la situación lasciva y secularista que, desde esa época, se presentaba:

En medio de la perversidad que acusan los horrorosos crímenes de que todos los días tenemos que dar cuenta, de la inmoralidad que revelan las mil escandalosas irregularidades que denuncia la prensa, y de los vicios crecientes que minan nuestra sociedad, nos es altamente consolador hallar dentro de la religión católica, desgraciadamente sobrado olvidada en nuestros días por la mayoría de los espíritus superficiales, el alto ejemplo del sacrificio en pro de los desdichados, la abnegación más sublime de los que consagran su

vida al auxilio y al perfeccionamiento de los seres rechazados por la sociedad. Ayer se ofreció en las inmediaciones de nuestra ciudad uno de esos hermosos ejemplos, del que debe enorgullecerse la católica Valencia (Royo, 2014, p. 67).

Así, el nombre de esta novedosa y pertinente fundación congregacional comenzó a hacerse popular. El diario valenciano dedica unas cuantas páginas a la noticia y, además, resume la misión en unas bellas palabras: “el sacrificio de la vida a favor del prójimo, la caridad ejercida con el niño para hacerle hombre, con el enfermo para devolverle la salud, con el criminal para procurar su redención” (Royo, 2014, p. 67). Cabe resaltar que, aunque el padre Luis tuvo siempre presente la fundación de una congregación masculina para atender los jóvenes en cárceles y presidios, también extendía su carisma a enfermos y educación para jóvenes y adultos, como se mencionó en el capítulo anterior.

Por aquella época, don Francisco Lastres había encabezado una asociación que construyó un centro para jóvenes llamado Escuela de Reforma Santa Rita, en Madrid, inaugurado en 1886; el centro no logró implementar una pedagogía efectiva, razón por la cual, lo habían tenido que cerrar. Con pocos días de fundada la Congregación y dándose a conocer su misión en Valencia y alrededores, don Francisco llama a Fray Luis Amigó para que sus frailes se hagan cargo de la Escuela. Para tal propósito debieron esperar un año, pues los Terciarios Capuchinos estaba recién fundados y los postulantes debían terminar su noviciado; “para su validez, el noviciado debe durar doce meses transcurridos en la misma comunidad del noviciado” (CIC, 1993, N° 648 § 1).

La Congregación continuaba creciendo. Después de la primera vestición de hábito e ingreso al noviciado, el 12 de abril de 1889, se realizaron tres vesticiones más; nueve ingresaron el 19 de mayo; once el 21 de junio, y finalmente nueve el 22 de septiembre. Dejan La Cartuja del Puig y consiguen otro sitio para vivir: un convento de los Alcantarinos, Monte-Sión, en Torrente, en donde había ejercido su labor pastoral el sacerdote secular y ahora religioso terciario capuchino, Fray José María de Sedaví, donación hecha por el alcalde del pueblo, quien les encarga también del hospital; el 31 de octubre de 1889 se trasladan oficialmente. Por encomienda del padre Amigó, los religiosos estuvieron a cargo de Fray Luis de León, padre capuchino, pero luego de él ser trasladado, el padre Fray José María de Sedaví, T.C., tomará las riendas de la Congregación y aportará valiosamente a su desarrollo espiritual y pedagógico, de acuerdo con las instrucciones heredadas del fundador, quien había sido trasladado a Orihuela.

Los inicios de la Congregación se verán marcados por acciones fluctuantes que harán desertar o dudar a algunos religiosos; unos por la incertidumbre frente a su sustento diario, otros por las fiebres palúdicas que azotaban a España en ese lapso, y otros por el estilo de vida radical al que se sometían los religiosos de la época, como sucedió con José Valenciano, “joven aristocrático, fino y elegante” (González, 2003, p. 123), que deserta momentos antes de la fundación. “Son muchos

los que ingresan, varios, sin embargo, retroceden también del camino emprendido por hacérseles pesada la austeridad de la vida religiosa y muy duros los efectos de la santa pobreza” (González, 2003, p. 129).

Tiempo después surge una tensión en relación con el carisma e identidad, pues Fray Luis Amigó es trasladado recién funda su Congregación, por lo que sus religiosos comienzan a recibir ofertas de la Compañía de Jesús para que abandonen ese estilo de vida, motivados por el padre jesuita Mariano Ripoll, pidiéndoles “que cambiasen el hábito por una sotana y esclavina, y ellos les darían otras constituciones y tendrían vida, que con los capuchinos no tendrían jamás” (Amigó, 2007, N° 127). Sin embargo, los frailes terciarios, fieles a su convicción franciscana, no aceptan dicha propuesta y continúan firmes con lo que prometieron. Este episodio se repetirá años más tarde.

En mayo de 1890, yendo a Madrid, para reunirse con la Junta de Patronos de la Escuela de Reforma Santa Rita, Fray Luis Amigó y Fray José María de Sedaví “firmaron ya un primer contrato o *Concordia* entre la Congregación y aquella Junta de Patronos. La realización del primer sueño apostólico era ya casi una realidad” (Vives, 2005, p. 73).

El 24 de junio de 1890 realizan la profesión religiosa los primeros 17 frailes terciarios capuchinos, que habían ingresado el 12 de abril, el 19 de mayo y el 21 de junio de 1889: Fray Francisco María de Sueras, Fray Antonio María de Masamagrell, Fray Pablo María de Bañeres, Fray José María de Sedaví, Fray Francisco Javier María de Valencia, Fray Fernando María de Torrente, Fray Rafael María de Onteniente, Fray María de Cuart dels Valls, Fray Crispín María de Torrente, Fray Domingo María de Alboraya, Fray Manuel María de Alcalalí, Fray Gabriel María de Benifayó, Fray Juan de Dios María de Ayelo, Fray Luis María de Torrente, Fray Ignacio María de Torrente, Fray Francisco de Sales María de Valencia y Fray Ricardo María de Jérica.

La primera profesión religiosa es temporal. Terminado el año de noviciado, los frailes realizan sus votos simples o temporales, por los cuales se adhieren a la Congregación, pero no de manera definitiva, por ende, tendrán que renovarlos año tras año.

Por la profesión religiosa los miembros abrazan con voto público, para observarlos, los tres consejos evangélicos, se consagran a Dios por el ministerio de la Iglesia y se incorporan al instituto con los derechos y deberes determinados en el derecho (CIC, 1993, N° 654).

Luego se realiza la profesión perpetua:

Cumplido el tiempo para el que se hizo la profesión, el religioso que lo pida espontáneamente y sea considerado idóneo, debe ser admitido a la renovación de la profesión o a la profesión perpetua; en caso contrario, se marchará del instituto (CIC, 1993, N° 657 § 1).

Para la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos, todo religioso tendrá que realizar mínimo tres años de renovación de sus votos de pobreza, castidad y obediencia, o máximo nueve años, antes de recibir su profesión perpetua, según dictan las Constituciones de la Congregación, en su numeral 77°.

Con relación a la Escuela de Reforma de Santa Rita, toman posesión de ésta el 24 de octubre de 1890; fueron designados once religiosos de los 19 que habían realizado su primera profesión, designado como primer superior de la casa a Fray Fernando María de Torrente, T.C. En Santa Rita se comenzó a consolidar la “definitiva identidad apostólica de la naciente Congregación” (Vives, 2005, p. 78) y a forjar la Pedagogía amigoniana.

Rápidamente se fueron abriendo nuevas obras. Después de Monte-Sión en Torrente, casa madre, y de la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid, se abrió la Residencia San Saturnino, como obra apostólica. A su vez, Fray Luis Amigó, a pesar de sus ocupaciones, siempre dedicaba un tiempo para velar por sus hijos e hijas, por medio de las visitas canónicas, como la registrada en junio de 1890. Este tipo de visitas son de carácter pastoral y jurídico, y las realiza un superior eclesiástico, en uso de su derecho, para acompañar, exhortar y dirigir un grupo de personas que están sujetas a su jurisdicción. Durante éstas, el padre Luis efectuaba también “valiosas aportaciones de cara a la paulatina configuración y sistematización del método pedagógico propio de la Congregación” (Vives, 2005, p. 81). Sin embargo, estas visitas estarán permeadas por desavenencias entre el padre Amigó y algunos frailes, quienes se distanciarán de él por alrededor de casi 8 años; sin embargo, la nobleza del padre Luis y la comprensión gradual de algunos religiosos que dirigían la Congregación, permitirán que esto quede en el pasado como un simple recuerdo.

En cuanto a las obras y casas, en 1891 se abrió la Residencia de Pueblo Nuevo del Mar, como obra apostólica y, a su vez, lugar de descanso, y en 1892 se dio apertura a la Residencia de Valencia en dicha ciudad y la Residencia en el Paseo de la Castellana, en Madrid, como obras apostólicas. Fray Luis Amigó continuaba sus visitas para aportar a la consolidación de la nueva pedagogía; ordenaba que se ofreciera “una educación integral, procurando que se uniesen, a la instrucción y al trabajo, distintas actividades formativas de carácter religioso, cultural, deportivo y recreativo” (Vives, 2005, p. 82).

El 15 de agosto de 1896 realizaron los votos perpetuos 15 de los 19 frailes terciarios capuchinos que habían realizado su primera profesión el 24 de junio de 1890. Ese mismo año se celebró el primer capítulo de la Congregación. Fueron dos los capítulos centrales que tuvieron lugar antes la aprobación canónica; luego se denominarían capítulos generales. Hasta el año 2019 se habían celebrado 22 Capítulos Generales, que luego se expondrán de manera cronológica.

En 1898 se abre la nueva casa religiosa contigua al viejo Monasterio de Yuste, y ese mismo año se compra el terreno en donde luego será construida la Casa Seminario San José de Godella. También en 1898 se publicó el primer Manual de Piedad de la Congregación, a cargo del padre Fray Ignacio María de Torrente, T.C., y es elegido primer superior provincial, de la naciente Provincia capuchina de Valencia, a Fray Luis Amigó, quien ya había sido definidor provincial en otros periodos; este suceso ayudó a afianzar las relaciones con sus hijos terciarios capuchinos. En 1899 se abrió la Casa San Hermenegildo, en Dos Hermanas.

La actividad apostólica en Santa Rita fue tan fuerte y profunda, que el mismo padre Luis, en acuerdo con sus hijos terciarios capuchinos, reconsideran el fin de la Congregación orientándolo, ya no a los encarcelados, sino a los jóvenes en dificultad, en correccionales, como se recita en las Constituciones actuales: “Participamos en la misión universal de la Iglesia con una misión especial transmitida por el Padre Fundador la reeducación de la juventud” (Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, 2001, N° 6). Esto significa que para la aprobación pontifical, el carisma se delimita en la ayuda a los jóvenes extraviados del camino de la verdad y del bien.

Otra modificación, efectuada con base en las normativas de Roma, fue asumir uno de los dos cortes: laical o sacerdotal; aunque podía seguir siendo un instituto de frailes laicos y frailes sacerdotes, la Congregación toma el corte sacerdotal “y los hermanos coadjutores pierden algunos de sus privilegios, lo que es motivo de sinsabores en el Instituto de Terciarios Capuchinos” (González, 2003, p. 155). Esto suscita una especial confrontación entre los dos bandos, yendo en contra del mismo sentir del padre fundador, quien siempre quiso armonizar, pues veía en igualdad de condiciones a los hermanos sacerdotes y a los coadjutores.

El 19 de septiembre de 1902 son aprobadas las Constituciones de los Terciarios Capuchinos por la Santa Sede; las Constituciones de las Terciarias Capuchinas habían sido aprobadas el 25 de marzo de ese mismo año. En 1904, Fray Javier María de Valencia, T.C., viaja a reformatorios en Francia y España para conocer a fondo la pedagogía allí empleada y aplicar los conocimientos a las instituciones de la Congregación.

Años más tarde, en 1907, Fray Luis Amigó es consagrado obispo, destinado como Administrador Apostólico de la Diócesis de Solsona. Entre tanto, a puertas de la celebración del segundo capítulo general, en 1908, la discrepancia entre frailes sacerdotes y frailes laicos se acentúa, viéndose afectado el mismo fundador, a quien se le impedía el ingreso a las casas de sus hijos terciarios, pues él se mostraba en desacuerdo con la postura radical de los sacerdotes que pretendía subyugar a los coadjutores. Sin embargo, asiste a este capítulo y ayuda a soliviar la crisis, en busca de un sano equilibrio. Las tribulaciones siguen, y se desatan inconformidades entre los frailes laicos, quienes se sienten descontentos con la adaptación hecha frente al cambio

en las Constituciones, viéndose menos favorecidos en cuestiones de gobierno e injerencia. La desavenencia sirvió para que la Santa Sede les tuviese en cuenta y, el 5 de julio de 1910, se aprobaran las Constituciones más equilibradas y equitativas. “El texto definitivamente aprobado contentó a la mayoría, al respetar substancialmente la identidad clerico-laical de la Congregación” (Vives, 2005, p. 108).

Ese año, el padre Fray Domingo María de Alboraya, T.C., plantea “el objeto y fin del Instituto y el método seguido en la recuperación de los jóvenes acogidos en las Escuelas de Reforma y demás Establecimientos similares, tanto públicos como privados confiados a la Congregación” (Vives, 2005, p. 109), incluyéndose como capítulo V en la segunda parte del texto constitucional aprobado por la Santa Sede. En 1911 adapta el Manual de Piedad, aprobado por el padre fundador y gobierno general, como Manual de Usos y Costumbres.

A finales de 1909, Fray Javier María de Valencia, T.C., y Fray Domingo María de Alboraya, T.C., visitan centros reeducativos y de protección de países de Europa como Bélgica, Inglaterra, Francia e Italia, para conocer y alimentar así la Pedagogía amigoniana. Ese mismo año, Fray Ignacio de Torrente, T.C., Fray Pedro de Titaguas, T.C., y Fray Domingo de Alboraya, T.C., asisten al primer Congreso Penitenciario Nacional, en Valencia, presentándose como ponente, el padre Domingo, por su experiencia pedagógica en Santa Rita. En 1910, la Congregación funda el Asilo Caldeiro en Madrid y el Asilo San Nicolás de Bari en Teruel, como centros de protección. Ese año, Fray Domingo de Alboraya, T.C., realiza nuevos viajes a Francia e Italia para reafirmar conocimientos en función de la acción pedagógica de los Terciarios Capuchinos.

En 1913, Monseñor Luis Amigó es designado como obispo de Segorbe, y ese mismo año falleció el Cardenal Vives y Tutó, quien había sido el gran protector de la Congregación y a quien acudió Fray Luis en los tiempos de fricción con sus hijos terciarios. Esta labor la continuó el Cardenal Aristides Rinaldini. En 1914 se celebró el segundo Congreso Penitenciario Nacional, en Coruña, al cual asistieron Fray Javier María de Valencia, T.C., y Fray Bernardino María de Alacuás, T.C.; la ausencia de Fray Domingo de Alboraya, T.C., causó tristeza al evento, no solo entre los terciarios, sino entre todos los asistentes.

En 1918, después de muchos intentos, se aprueba la primera Ley de Tribunales Tutelares de Menores de España, conocida como Ley de Montero Ríos, por haber sido impulsada por don Avelino Montero Ríos y Villegas. “La influencia de los amigonianos en tan decisiva ley para el futuro tratamiento tutelar de los menores con problemas fue determinante” (Vives, 2005, p. 122). A esta ordenanza aportaron significativamente los Terciarios Capuchinos, de manera específica, Fray Domingo María de Alboraya, T.C., quien la revisa y propone correcciones antes de su aprobación

oficial. Esta ley, “al tiempo que confirió un marco de tratamiento legal a la problemática del menor conflictivo, promovió la creación de Centros educativos para su recuperación personal y social” (Vives, 2003, p. 256).

En 1920 se celebró el tercer Congreso Penitenciario Nacional, en Barcelona, con la participación de Fray Bernardino María de Alacuás, T.C. En 1921, la Congregación asume la Casa Tutelar del Buen Pastor, de Zaragoza. De esta manera, los Terciarios Capuchinos se convertían en “los primeros y principales colaboradores con la Obra Tutelar española” (Vives, 2005, p. 126).

En 1922, fallece el Cardenal Aristides Rinaldini, protector de la Congregación, y es nombrado en su lugar, por la Santa Sede, el Cardenal Genaro Granito Pignatelli, quien dona un terreno en Galatone-Italia, en el cual se fundará la Casa Seminario de Galatone, años después; ésta fue la primera casa por fuera de España. Luego abrirán nuevas casas, tanto en Italia como en España.

En 1926, el padre fundador deja a sus hijas e hijos, Terciarias y Terciarios Capuchinos, su carta testamento, publicada en el libro de Regla y Vida, Constituciones y Directorio de los Terciarios Capuchinos:

Tened grande estima, queridos hijos e hijas, de vuestra madre la Congregación, en la que tan vasto campo os presenta el Señor para trabajar por su gloria en la educación de la juventud, haciendo que conozcan al Señor, para que, conociéndole, le amen y le sirvan, e infundiéndoles el temor santo de Dios, principio de la sabiduría y freno que contenga sus desordenadas pasiones. Y si acontece que, dando oídos al espíritu infernal, se apartan del redil del Buen Pastor, también vosotros, mis amados hijos e hijas, a quienes Él ha constituido zagales de su rebaño, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta volverla al aprisco del Buen Pastor. Y no temáis perecer en los despeñaderos y precipicios en que muchas veces os habréis de poner para salvar la oveja perdida; no os arredren los zarzales y emboscadas con que tratará de envolveros el enemigo, pues podéis estar seguros de que si lográis salvar un alma, predestináis la vuestra (Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, 2001, p. 27).

Además de su acción pedagógica, los Terciarios Capuchinos se preocuparon por la formación de los reeducadores. De hecho, en 1928 se crea el Centro Permanente de Estudios Psicopedagógicos, en el Reformatorio de Madrid; situación parecida sucederá en Colombia, con la creación del Psicopedagógico en Medellín, que luego se convertirá en la Universidad Católica Luis Amigó. También los tribunales organizaban cursillos científicos, desde 1926, con especial participación de frailes amigonianos como el padre Fray José María Pérez de Alba, T.C. En 1929 se crea en Amurrio el Centro Teórico-Práctico de Estudios Psicopedagógicos. “La Congregación

había sabido no solo estar presente en el nacimiento de la pedagogía reeducativa en España, sino que además prestó a ésta, desde los inicios, el bagaje científico que había acumulado al respecto y, sobre todo, la extraordinaria experiencia pedagógica” (Vives, 2005, p. 129).

En 1928 la Congregación parte al nuevo continente, y llegan a Bogotá, D.C., al Asilo San Antonio de Padua, en el centro de la capital colombiana. Se le ofrece una casa en Manizales pero no la asume. Muchos jóvenes colombianos se aventuran en este proyecto de vida religioso amigoniano. Las Religiosas Terciarias Capuchinas ya se habían adelantado en su labor misionera; “en 1905 marchan las cinco primeras hermanas para la misión de la Guajira” (González, 2003, p. 200). Desde 1904, con el papa Pío X, había iniciado una reforma al Código de Derecho Canónico-CIC que concluye su sucesor, el papa Benedicto XV, en 1917. De cara a esta reforma canónica, se hacen unas modificaciones a las Constituciones, aprobadas por la Santa Sede en 1928; en éstas los frailes coadjutores pierden muchos derechos, logrados con la reestructuración de 1910.

En 1929, 1930 y 1931 se registran otros viajes de los religiosos a centros reeducativos de España, Francia, Bélgica, Países Bajos, Alemania y Suiza. Surgen nuevos aportes, como la revista *Adolescens Surge*, con la cual se potenciaba y divulgaba el quehacer pedagógico congregacional. La obra apostólica sigue expandiéndose en España, pero también en otros países; en 1932, la Congregación llega a Argentina, haciéndose cargo de la Colonia de Menores General Belgrano, de Tucumán. Continúan los viajes de estudio a distintos reformatorios, en varios países de Europa, incluido Holanda, hacia 1933; en 1934 a reformatorios en Colombia, Perú, Chile y Argentina, y en 1935 a Bélgica.

En 1933 se edita el nuevo Manual de Usos y Costumbres y se funda el Noviciado de Bogotá. Al año siguiente, el padre fundador fallece; “al comenzar el día 1 de octubre -a la 1 hora y 15 minutos de la madrugada- entregó apaciblemente su espíritu al Padre, allí mismo en Godella, rodeado de sus hijas e hijos” (Vives, 2005, p. 146). Ese año, la Congregación abre dos obras apostólicas de reforma en Italia y una más en España.

En 1936 estalla la Guerra Civil Española, la cual dividió a España: unos que estaban a favor del gobierno de la República -republicanos, quienes persiguieron la Iglesia- y otros que apoyaban la revolución militar -los nacionalistas, con Francisco Franco, quien tomaría el poder como dictador-. Esta guerra civil dejó veintinueve frailes terciarios mártires, diecinueve de ellos declarados beatos por la Santa Sede; “estos veintinueve religiosos constituyen en su conjunto una acabada realización del ideal amigoniano de su vida” (Vives, 1987, p. 11). Además fueron abatidas por defender la fe católica, tres religiosas terciarias capuchinas y una seglar amigoniana, también declaradas beatas. En total son veintitrés los Beatos Mártires de la Familia amigoniana.

La Guerra Civil Española finaliza en 1939, y los Terciarios Capuchinos pueden tomar nuevamente las riendas de sus obras, aunque muchos religiosos habían fallecido, otros habían sido dispersados, e incluso, el superior general, Fray Ildefonso de Vall de Uxó, T.C., había tenido que salir de España. Ya en 1940 comienza la restauración de la Congregación, tanto material como espiritual; esta última necesaria porque durante el tiempo de conflicto hubo frailes que adoptaron costumbres contrarias a las de un religioso mientras vivían en la clandestinidad. Algunas casas pudieron recuperarse, otras no. Sin embargo, se abrieron nuevas obras y la comunidad volvió a tomar fuerza. Entretanto, después de estallar la II Guerra Mundial (1939), en Italia la Congregación también se vio afectada, no con vidas de frailes, pero sí con la toma y desplazamiento de sus obras, a las que pudieron regresar en 1944. Más adelante, tendrá lugar otro trance, al ser depuesto el rey Humberto II e instituirse la democracia; esto, junto al estrago dejado por la II Guerra Mundial, provoca una crisis económica, de la cual, con la ayuda de Dios, los frailes se levantaron.

Ya en América habían tres casas: una en Argentina (Colonia de Menores de Tucumán) y dos en Colombia (Asilo San Antonio de Padua, en Bogotá, D.C., y Granja Escuela Loyola, en Madrid–Cundinamarca). Y luego, en 1944, en un terreno donado se inició el Instituto Técnico San Rafael, en Manizales, Caldas.

En 1943 fue invitado Fray José María Pérez de Alba, T.C., a participar en la Asamblea de Directores de Casas de Reforma y Jueces de Menores, celebrada en Bogotá, D.C. Su actuación fue tan importante que “a partir de entonces, la Congregación recibió constantes invitaciones para hacerse cargo de centros de reeducaciones de menores en Colombia” (Roca, 1989, p. 190). En España, los cursos en el psicopedagógico de Amurrio tomaron nuevamente fuerza con su aporte a la reeducación; además, se realizan nuevas fundaciones en dicho país y en Argentina.

La crisis también azotó a Colombia. El Bogotazo (1948) animó a los Terciarios Capuchinos a abrir en La Estrella, Antioquia, la Casa Seminario San José, que años después se convertiría en el Colegio Luis Amigó. A su vez, en España, se adelantaba la consolidación de la Pedagogía amigoniana: el padre Fray José Subiela, T.C., escribió el artículo *Tribunales tutelares y reformatorios de menores*, publicado en 1946 en la revista de la Obra de Protección de Menores; y el padre Fray Jesús Ramos Capella, T.C., escribió el artículo *Tipos psicológicos de los menores observados en el Laboratorio de Amurrio*, y se celebró en Amurrio, en 1947, la primera reunión de psicólogos de la Congregación. Otros aportes fueron “el Curso de Psicología Experimental organizado por el Consejo Superior de Menores e impartido en 1948 por el padre José Subiela” (Vives, 2005, p. 173), y la conferencia *Valor psicoterapéutico de la confesión*, que se escucharía en Vitoria, de la voz de Fray Jesús Ramos Capella, T.C. En cuanto a la protección de la Congregación, al fallecer el Cardenal Gennaro Granito Pignatelli di Belmonte, en 1948, asume el protectorado el Cardenal Federico Tedeschi.

Con Fray José Láinez Rodrigo, T.C., quien fue superior general, la Pedagogía amigoniana tomó entre los religiosos más relevancia, fundamento y universalización; resalta la espiritualidad y apostolado de manera concomitante, como elementos fundamentales en relación con el impulso dado a la pedagogía de la Congregación.

Fray José Láinez visitó varios países de América, pero fue Colombia el gran frente, en donde impulsó y materializó su proyecto. En 1951 se asume la Escuela de Trabajo San José, actual Institución Educativa de Trabajo San José, en Fontidueño–Bello (Antioquia), y dos fundaciones más que luego se cerrarían: Escuela de Trabajo del Atlántico, en Barranquilla, y Escuela de Trabajo El Redentor, en Bogotá, D.C. En 1953 se toma la dirección de la Escuela de Trabajo La Linda, en Manizales–Caldas; y tras el cierre de la Granja Escuela Loyola, en 1956, se asume la Escuela Agrícola San Pedro, actual Colegio San Pedro.

Cabe resaltar el aporte de Fray José María Pérez de Alba y Lara, T.C., al conocimiento y visión de la juventud menos favorecida. Fue consejero del presidente colombiano Gustavo Rojas Pinilla, y consigue muchos beneficios del gobierno para los muchachos atendidos, además, participó en el programa Secretaría Nacional de Asistencia Social SENDAS, el cual, bajo referentes cristianos y sociales, trabajaba por los menos favorecidos; éste será una primera semilla del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar ICBF. También participó como docente de psicología en la Universidad Javeriana de Bogotá.

Como sucedió en Colombia, se refuerzan e impulsan las obras en Argentina, y se abren nuevas casas de reforma en Venezuela, al igual que en República Dominicana, en donde se asume el Instituto Preparatorio de Menores San Cristóbal. Por otra parte, se refuerza la presencia en Italia y en España, se realizan nuevas obras y se extiende el apostolado: en 1951 se inicia el Hogar Saltillo Nuestra Señora de la Merced, en Portugalete; en 1952, la Residencia Nuestra Señora de los Dolores, en Salamanca; en 1954 se inaugura el Colegio Nuestra Señora del Rosario, en Hellín; en 1955, la Ciudad Residencial Infantil San Cayetano, y la Curia General se establece en la Patilla, Madrid.

Mientras más se crecía en obras apostólicas, asimismo se crecía en pedagogía y carisma; la Congregación participó de encuentros y consolidó y dio a conocer la Pedagogía amigoniana. En 1950, en Madrid–España, los frailes participaron en la XVIII Semana de Educación, también en el V Congreso Franciscano, con técnicas psicopedagógicas para la formación de religiosos de la Familia franciscana; de igual manera, participaron en el III Congreso Internacional de la Oficina Internacional Católica de la Infancia OICI. También hubo participación en el XXXV Congreso Eucarístico Internacional, celebrado en Barcelona, en 1952, con aportes referentes a la Eucaristía como fuente de regeneración espiritual. Así, la Congregación de Terciarios Capuchinos

contribuyó de muchas maneras y contextos desde su quehacer, carisma, espiritualidad, apostolado y pedagogía, y recibía reconocimientos por sus experiencias registradas en la revista *Surgam* o por ponencias presentadas, en distintos escenarios, por frailes amigonianos.

La Congregación crecía en vocaciones y en nuevas obras, como las nacidas en España, dos más, y en Italia, que se abrió al campo formativo profesional con el “Centro di Addestramento Professionale San Giuseppe Artiggiano”. Aunque algunas fueron cerradas, como sucedió en Argentina y Venezuela, allí mismo florecían otras nuevas con otros caminos apostólicos, como dos colegios en Venezuela: Colegio Nuestra Señora de los Dolores (en Caracas) y Colegio Fray Luis Amigó (en San Felipe). En Colombia se dio inicio en 1957 a la fundación del hoy Instituto Técnico Industrial Fray Luis Amigó de Palmira. Los Terciarios Capuchinos ya gozaban de fama por su acción reeducativa; el Método de Exploración Mental, las intervenciones realizadas en los centros y la participación en congresos pedagógicos y apostólicos, consolidaban una pedagogía sublime y una espiritualidad humanista, nacida de la inspiración divina e idea contextual de Fray Luis Amigó, y desarrollada, a lo largo de la historia, por los frailes terciarios capuchinos.

En 1959 fallece el Cardenal protector de la Congregación: Federico Tedeschini, y lo sustituye el Cardenal Gaetano Cicognani, y luego de su fallecimiento, en 1962, es nombrado el Cardenal Arcadio Larraona. Este cargo desaparece después del Concilio Vaticano II, que a su vez, es el último de la Iglesia católica y trajo grandes cambios en la vida eclesial, y de manera especial, en las congregaciones religiosas con el decreto *Perfectae Caritatis*, invitándoles a volver a las fuentes, a revisar muchas de sus prácticas arcaicas y anacrónicas, a revitalizar su opción como consagrados, a examinar sus modos y costumbres, uso del hábito, etc., de acuerdo con “las cambiadas condiciones de los tiempos” (Pablo VI, 1987d, N° 2).

En 1961 se realizaron modificaciones a las Constituciones, con las que se enriqueció en lo referente al apostolado específico, y se insertaron las figuras delegación general y provincial. Hasta el momento, la Congregación era una, sin división provincial o demarcación. Quedaron, entonces, tres delegaciones provinciales (Inmaculada Concepción, Sagrado Corazón y San José) y dos generales (Italia y Venezuela).

En 1962, los Terciarios Capuchinos llegan a Alemania y asumen una parroquia; para esa época, llegan también las Hermanas Terciarias Capuchinas. En 1963, Italia deja de ser delegación general y es erigida como provincia, con el nombre: San Francisco de Asís. Así, la Congregación se organizaba y fortalecía; continuaban los cursos de estudios psicopedagógicos, en Amurrio; y en América, concretamente en Medellín, se realizaban cursos de especialización en psicopedagogía, en la hoy, Institución Educativa de Trabajo San José. Además, las revistas *Surgam* y *Alborada* seguían a la vanguardia con artículos de interés con relación a la problemática de los menores.

Un aporte significativo fue el realizado por Fray Vicente Serer Vicens, T.C., desde el Consejo Colombiano de Protección Social del Menor y de la Familia, actual Instituto de Bienestar Familiar ICBF, al ser “nombrado miembro de la Junta Directiva del ICBF y el haber sido su continuo colaborador” (Arboleda, 1993, p. 112). Además de aportar a esta institución colombiana que vela por los derechos del menor, desde su génesis, también es recordado por liderar el inicio de la obra Psicopedagógico Amigó, en Medellín, que luego consolidaría Fray Marco Fidel López Fernández, T.C., y posteriormente, Fray Hernando Maya Restrepo, T.C., elevaría a la categoría de fundación universitaria, Fray Marino Martínez Pérez, T.C., expandiría su acción con nuevas carreras, y Fray José Wilmar Sánchez Duque, T.C, la posicionaría como Universidad Católica Luis Amigó.

Después del Concilio Vaticano II, se realizaron unas nuevas modificaciones, como texto de experimentación postconciliar, de acuerdo con las orientaciones dadas por éste, con las Constituciones de 1968 y con el Directorio de 1969. De igual manera, ese año de 1969 se asume la obra de Chapala, en Panamá, la cual hizo parte de la Provincia de San José de Colombia, y dos casas en Alemania, adscritas a la Provincia de la Inmaculada. Hacia 1973, la sede de la Curia General es trasladada a Roma, y después de un par de años de trabajo, se reelaboran las Constituciones y Directorio y se presentan a la Congregación. En 1974, los Terciarios Capuchinos llegan a Nicaragua y se asigna esta zona a la Provincia de la Inmaculada; y en 1975 a Brasil, obra que dependería, hasta la fecha, de la Provincia de San José.

Para este momento, se cimienta más la pedagogía, pero se refuerzan aún más las bases congregacionales. Se realiza la figura del padre fundador mediante las jornadas de convivencias y estudios, en especial la de 1977; se profundizó en la esencia de la vida comunitaria. En 1978, después de experiencias provinciales, se crea el Plan de Formación de la Congregación. También se realizan importantes aportes a la Familia franciscana, en la renovación de la Regla; el papel del padre Fray Luis Cuesta Nozal, T.C., fue relevante en la Asamblea Franciscana Internacional, celebrada en Roma en 1982, quien participó como uno de los cuatro moderadores.

En 1979, los Terciarios Capuchinos llegan a Costa Rica y en 1982 a Chile. Aunque en 1890 arriban a Estados Unidos, no se establecen como comunidad canónica y dejan el país. La Congregación sigue profundizando en la vida y obra del padre fundador, y se da el primer encuentro de los gobiernos generales de las Terciarias y Terciarios Capuchinos, en Roma, en 1983, enfocándose, ambas congregaciones, en el trabajo en conjunto por la beatificación del fundador y divulgación de su vida y obra; se publicarán las Obras Completas de Luis Amigó (OCLA, por sus siglas). Luego se darán otros encuentros en años posteriores. En 1985 se publica el Manual Pedagógico de los Terciarios Capuchinos, el cual recogía elementos clarificadores de la Pedagogía amigoniana, desde la dimensión espiritual, histórica y pedagógica. Ya en 1906, Fray Domingo de Alboraya, T.C., había escrito “La Escuela de Reforma de Santa Rita”, y en 1943 se publica el texto póstumo de Fray Vicente Cabanes, T.C., manual pedagógico “Observación psicopedagógica y

reeducación de menores”, los cuales eran una primera síntesis de la obra apostólica y pedagógica, sin embargo, este último documento será más completo y acabado. Ese mismo año se publican las Constituciones y Directorio, después de ser aprobadas por los textos de experimentación postconciliar.

El padre Fray Marco Fidel López Fernández, T.C., frente al gran golpe que estaba causando la drogadicción en los jóvenes de la época, después de algunas experiencias en Italia, implanta en Colombia el modelo de comunidad terapéutica que dio una impronta al carisma de la Congregación. Estas experiencias se condensan en el libro *La droga en nuestra misión específica*, publicado en 1982. El laboratorio experimental de este programa “sería el Colegio Hogar San Antonio de la ciudad de Bogotá” (López, 1999, p. 65), pero se trasladaría su mismo año de fundación, 1982, al Instituto Psicopedagógico Amigó, en Medellín. En 1985, España adopta este nuevo campo apostólico en Zaragoza y Málaga. En 1986, los Terciarios Capuchinos llegan a Filipinas y en 1987 se publica el Manual de Espiritualidad Amigoniana, el cual sintetizaba los valores y características de la espiritualidad de Fray Luis Amigó y de la Congregación.

En 1988, los Terciarios Capuchinos llegan a San Juan, en Puerto Rico y en 1989 a Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia. Para cumplirse los 100 años de fundación de la Congregación, los preparativos se extienden todo un año, de 1988 a 1989, con Eucaristías solemnes y homenajes, transmitidos, inclusive, por la televisión española, con audiencia papal en Roma, entre otros festines. Ese 1989 se “creó la Secretaría de Misión y Apostolado para un mejor conocimiento y actuación de la Pedagogía Amigoniana y [se] nombró presidente de la misma al padre Fidenciano González Pérez” (Vives, 2005, p. 273). En 1990 se publica un nuevo Plan de Formación y de Estudios, y la Misión y Apostolado MISAP publicará *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos* y organizará el Congreso Centenario de la Pedagogía amigoniana, en 1991, en la Escuela de Santa Rita de Madrid.

El 8 de diciembre de 1992, la Santa Sede aprobó a los Cooperadores Amigonianos, con su Proyecto de Vida, como Asociación Privada de Fieles, como eco al Concilio Vaticano II y a la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici*, que pedía una participación más activa de los fieles en la vida eclesial. Ya en 1937, el padre Fray Mariano Ramo, T.C., había fundado en Galatone-Italia, la Pía Unión de Cooperadores Marianos, la cual fue un primer peldaño de los hoy Cooperadores Amigonianos; luego el impulso fue dado por Fray José Oltra Vidal, T.C., y Fray Gerardo Sotelo, T.C. Los miembros de esta asociación son seglares que comulgan plenamente con el Carisma amigoniano y se adhieren de un modo más pleno como colaboradores de Cristo en la misión que hereda Fray Luis Amigó. Por otra parte, los laicos que acompañaron desde el apostolado a las Hermanas Terciarias Capuchinas, y así bebieron del carisma de Luis Amigó, se organizan como Asociación Internacional Pública, con el Movimiento Laical Amigoniano y reciben su aprobación en 2002. A pesar de ser dos asociaciones con aprobación propia, hoy en día se habla

de una sola Familia amigoniana, que vincula a los religiosos, las religiosas, Laicos y Cooperadores Amigonianos, Juventud Amigoniana–JUVAM y Zagales; estos dos últimos son, respectivamente, los jóvenes y niños que participan en comunidad laical bajo el legado del padre Luis.

El 13 de junio de 1992, el padre fundador es declarado venerable. Ese año también se organizan las demarcaciones de la Congregación: se suprimen las provincias de La Inmaculada Concepción y Sagrado Corazón, y se erige la Provincia Luis Amigó, y la Provincia del Buen Pastor, que tendrá a cargo los países de América, excepto Colombia y Brasil, los cuales pertenecerán a la Provincia de San José; en 1995, los Terciarios Capuchinos llegan a Ecuador, adscribiéndose a la Provincia de San José. Quedan, entonces, cuatro provincias: Luis Amigó, San Francisco de Asís, Buen Pastor y San José.

En 1993, la Congregación llega al continente africano, a Costa de Marfil, y en 1998, a Polonia. En el 2001 son beatificados los Mártires amigonianos de la Guerra Civil Española, por el Papa Juan Pablo II, y ese año, después de unas modificaciones a la Regla y Vida, Constituciones y Directorio, se publican. En 2011, la Congregación llega a Guatemala y al año siguiente a Benín (África). Debido a la escasez de vocaciones a la vida consagrada, que no solo afecta a los Terciarios Capuchinos, sino a toda la Iglesia, los seglares han tomado un papel fundamental en las obras apostólicas; con su aporte, desde su saber o disciplina, siguen construyendo y perpetuando el sueño amigoniano.

En 2015 se hace una reorganización de las provincias. A la Provincia de San José, además de Colombia, Ecuador y Brasil, se adhieren Argentina, Chile y Bolivia. A la Provincia del Buen Pastor corresponden los países de Venezuela, Panamá, Guatemala, Nicaragua, Costa Rica, México, República Dominicana y Puerto Rico. La Provincia de San Francisco, que comprendía Italia y Filipinas queda suprimida; estos países se erigirán como Delegación de Mártires Amigonianos. La Provincia Luis Amigó queda con España, Alemania, Polonia y los dos países africanos: Costa de Marfil y Benín. De esta manera, hasta la fecha, está organizada la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos. En cuanto al gobierno general, su sede sigue siendo Roma. Por otro lado, en 2017 se publica el último Plan de Formación y de Estudios de los Terciarios Capuchinos, que hasta la fecha rige. A continuación se describen los capítulos centrales y generales de la Congregación, con sus principales características.

Capítulos centrales

El primer capítulo de la Congregación fue celebrado en el Convento de Nuestra Señora de Monte-Sión en Torrente, el 21 de septiembre de 1896; presidido por Fray Luis Amigó. Para esa fecha, como la Congregación no contaba con aprobación pontificia, recibió la denominación de capítulo provincial. Como cabeza de este primer gobierno central fue elegido Fray José María de Sedaví, T.C.

El segundo capítulo de la Congregación fue celebrado en el Convento de Nuestra Señora de Monte-Sión, en Torrente, el 24 de octubre de 1899; presidido por Fray Luis Amigó. Se eligió como cabeza del gobierno provincial al padre Fray Bernardino María de Alacuás, T.C. Con la aprobación pontificia dada en 1902, en adelante serán llamados capítulos generales.

Capítulos generales

El 1º Capítulo General se celebró en el Convento de Nuestra Señora de Monte-Sión en Torrente, el 11 de noviembre de 1902, presidido por Fray Luis Amigó y contó con 11 capitulares (frailes electores). Fue elegido como superior general Fray José María de Sedaví, T.C.

El 2º Capítulo General tuvo lugar en el Convento de Nuestra Señora de Monte-Sión en Torrente, el 21 de noviembre de 1908, presidido por Fray Luis Amigó y contó con 14 capitulares. Este capítulo fue de tensión, pues algunos frailes que gobernaban la Congregación querían orientarla con otro carisma, sin embargo, la presencia del padre Luis ayudó a recordar los cimientos de la misma. Fue elegido como superior general Fray Pedro María de Titaguas, T.C.

El 3º Capítulo General se celebró en la Residencia de San Saturnino de Madrid, del 17 al 19 de abril de 1914, presidido por Fray Luis Amigó y contó con 16 capitulares. Ese año, la Congregación cumplía 25 años de su fundación, por ello, cada casa realizó ceremonias litúrgicas solemnes, y de la misma índole, fue celebrado el tercer capítulo general; en este capítulo se finiquitó la costumbre de cambiarse el nombre de pila. Fue elegido como superior general: Fray José María de Sedaví, T.C.

El 4º Capítulo General se llevó a cabo en la Escuela de Reforma Santa Rita, el 14 de julio de 1920, presidido por Fray Luis Amigó y contó con 17 capitulares. Fue elegido como superior general Fray Javier María de Valencia, T.C.

El 5º Capítulo General se celebró en la Casa Seminario San José de Godella, el 14 de julio de 1926, presidido por Fray Luis Amigó y contó con 22 capitulares. El padre Amigó, consciente de su avanzada edad, les deja su testamento espiritual a sus hijas e hijos: Terciarias y Terciarios Capuchinos. Fue reelegido como superior general Fray Javier María de Valencia, T.C.

El 6º Capítulo General tuvo por espacio la Casa Seminario San José de Godella, el 29 de diciembre de 1927; fue presidido por Fray Luis Amigó y contó con 25 capitulares. Quien convocó a este capítulo extraordinario -un año después del capítulo anterior- fue el vicario general Fray Bienvenido María de Dos Hermanas, T.C., pues el superior general, había fallecido. Quedó elegido como superior general Fray Bienvenido María de Dos Hermanas, T.C.

El 7º Capítulo General se celebró en la Casa Seminario San José de Godella, del 10 al 17 de julio de 1932, presidido por Fray Luis Amigó y contó con 26 capitulares. Éste fue el último capítulo general en el que participó el padre Luis. Durante el encuentro se aprueba el nuevo Manual de Usos y Costumbres. Fue elegido como superior general Fray Ildefonso María de Vall de Uxó, T.C.

El 8º Capítulo General se celebró en la Casa San Hermenegildo de Dos Hermanas, del 30 de diciembre de 1939 al 1 de enero de 1940, presidido por el padre capuchino Fray Juan Bautista de Ardales, invitado por el consejo general de los Terciarios Capuchinos, y aprobado por la Santa Sede, contó con 22 capitulares. Ese mismo año, el 12 de abril, la Congregación cumplía 50 años de fundada. Fue reelegido como superior general Fray Ildefonso María de Vall de Uxó, T.C.

El 9º Capítulo General se ofició en la Casa Seminario San José de Godella, del 30 de diciembre de 1945 al 1 de enero de 1946, presidido por el padre general y contó con 25 capitulares. Fue elegido como superior general Fray Tomás Serer y Serer, T.C.

El 10º Capítulo General se celebró en la Casa San José de Godella, del 24 al 31 de enero de 1950, presidido por quien en ese momento era vicario general, el padre Fray Ildefonso María de Vall de Uxó, T.C., contó con 26 capitulares. Este capítulo fue convocado de manera extraordinaria, pues el superior general había fallecido antes de terminar su sexenio, curiosamente, tres días antes de inaugurar el cementerio para los frailes, que se había construido en San José de Godella. Fue elegido como superior general Fray José Láinez Rodrigo, T.C.

El 11º Capítulo General se celebró en la Casa Seminario San José de Godella, del 14 al 23 de julio de 1956, presidido por el padre capuchino Fray Carmelo de Iturgoyen, enviado por la Sagrada Congregación de Religiosos, y contó con 41 capitulares. Fue elegido como superior general Fray Jesús Ramos Capella, T.C.

El 12° Capítulo General se celebró en la Casa Seminario San José de Godella, del 10 al 17 de julio de 1962, presidido por el padre general y contó con 20 capitulares. Fue reelegido como superior general Fray Jesús Ramos Capella, T.C.

El 13° Capítulo General se efectuó en la Casa Seminario San José de Godella, del 16 de julio al 7 de agosto de 1968, presidido por el superior general y contó con 23 capitulares. En este capítulo, además de revisar el estado de la Congregación, se hicieron las respectivas adaptaciones con relación a lo mandado por el Concilio Vaticano II. Fue elegido como superior general Fray Cándido Lizarraga y Fernández de Arcaya, T.C. Al año siguiente se realiza una segunda sesión del capítulo general, en la misma casa, presidida por el superior general de la época, revisándose las Constituciones y aprobándose el Directorio, de acuerdo con los cambios solicitados por la Santa Sede.

El 14° Capítulo General se celebró en el *Salesianum* en la ciudad de Roma, del 1 al 24 de mayo de 1974, presidido por el superior general y contó con 24 capitulares. Los capitulares, el miércoles 8 de mayo, asistieron a la audiencia papal en el Vaticano, con el Papa Pablo VI. Fue elegido como superior general Fray Vicente Serer Vicens, T.C. Como el anterior capítulo, éste también tuvo una segunda sesión, en la Casa Covadonga de Sograndio-Oviedo, presidida por el superior general y contó con 26 capitulares; se examinó el estado de la Congregación y se elaboró un nuevo Directorio.

El 15° Capítulo General tuvo lugar en la Casa Residencia Luis Amigó de Burgos, del 16 de mayo al 3 de junio de 1977, convocado y presidido por el vicario general Fray Luis Cuesta Nozal, T.C., y contó con 20 capitulares. El superior general había enfermado y presentado la renuncia, razón por la cual, este capítulo se celebró tan solo tres años después del anterior. Para aquella época, la Congregación cumplía 75 años de su aprobación pontificia. Fue elegido como superior general Fray Luis Cuesta Nozal, T.C.

El 16° Capítulo General se celebró en el Santuario Nuestra Señora de Benaguacil, del 14 al 30 de abril de 1983, presidido por el superior general y contó con 20 capitulares. Se aprobó el Plan de Formación y las Constituciones para presentar a la Santa Sede, con las modificaciones sugeridas, de acuerdo al nuevo Código de Derecho Canónico, que serían aprobadas un año después y publicadas en 1985. Fue elegido superior general Fray José Oltra Vidal, T.C.

El 17° Capítulo General se celebró en el Santuario Nuestra Señora de Montiel de Benaguacil, del 24 de abril al 6 de mayo de 1989, presidido por el superior general y contó con 29 capitulares. Fue reelegido como superior general: Fray José Oltra Vidal, T.C.

El 18° Capítulo General se realizó en la Casa Noviciado Seminario Fray Luis Amigó de Bogotá, del 22 de abril al 5 de mayo de 1995, presidido por el superior general y contó con 19 capitulares. Se realizaron algunas modificaciones a las Constituciones y Directorio, y se envió el mensaje Zagales del Buen Pastor en la Nueva Evangelización. Fue elegido como superior general, el primer fraile no español, el colombiano Fray Ignacio León Calle Ramírez, T.C.

El 19° Capítulo General fue en la Casa Residencia Amigó de Burgos, del 17 al 27 de abril de 2001, presidido por el superior general y contó con 19 capitulares. Se dio informe de la Comisión de Formación, y de los Cooperadores Amigonianos y MISAP, y se divulgó el mensaje La Misión Apostólica de la Congregación. Fue elegido superior general Fray Tomás Barrera Domingo, T.C.

El 20° Capítulo General se celebró en el Casa Seminario San José de Godella, del 23 de abril al 2 de mayo de 2007, presidido por el superior general y contó con 19 capitulares. Fue reelegido superior general Fray Ignacio León Calle Ramírez, T.C.

El 21° Capítulo General se celebró en la Casa General de Roma, del 12 al 21 de abril de 2013, presidido por el superior general y contó con 18 capitulares. Fue elegido superior general Fray Marino Martínez Pérez, T.C.

El 22° Capítulo General se celebró en la Casa General de Roma, del 29 de abril al 10 de mayo de 2019, presidido por el superior general y contó con la participación de 23 capitulares. El capítulo estuvo enmarcado por la dimensión espiritual e inició con un retiro espiritual en Asís. Fue elegido superior general Fray Frank Gerardo Pérez Alvarado, T.C.

Capítulo 5

Pilares amigonianos y otros modelos espirituales

La idea apostólica y pedagógica amigoniana nace de una experiencia religiosa, de una experiencia espiritual, que no se queda en misticismos, sino que se aterriza en un contexto humanista concreto. De ahí que el padre fundador, y luego la Congregación, establecieran unos modelos concretos de espiritualidad, de donde brotan las líneas que marcan el camino congregacional y consolidan una pedagogía con método propio. Como del costado de Jesús, del cual “salió sangre y agua” (Jn 19,34 Biblia de Jerusalén, 1998), nace y toma fermento la Iglesia, asimismo, de estos pilares y modelos de vida, la Congregación fundamenta su espiritualidad y apostolado.

Se podría hablar, entonces, no de una simple experiencia sino de una “meta-experiencia”, en la que los amigonianos, al comprender en la intimidad del diálogo con Dios, su mensaje en cuanto a este estilo de vida y carisma particular, lo plasman con su obrar, en consecuencia con la Escritura, según las palabras del apóstol Pablo: “Pruébame tu fe sin obras y yo te probaré por las obras mi fe” (St 2,18b Biblia de Jerusalén, 1998); en otras palabras, es una experiencia de Dios que no se queda en abstractos, sino que se vivifica en el actuar, en la historia, en las obras apostólicas concretas, con las cuales se contribuye a la construcción del Reino de Dios. Esta experiencia de Dios que trasciende es llamada una “meta-experiencia”, porque no solo genera sentimientos, sino que llega a una consumación de la misma en hechos concretos, como lo han ejercido los amigonianos a lo largo de la historia.

Escuchar, entender y ser persuadido por las palabras de un predicador es una experiencia. Ser tocado en nuestro interior, fortificado y llevado a la conversión es obra invisible de la gracia, accesible solo al nivel de la meta-experiencia. Cualquier persona que sepa leer y escribir puede leer la Biblia; pero encontrar en sus páginas palabras de vida eterna es algo que la carne y la sangre no pueden revelar (Casey, 2007, p. 204).

Es así que la Congregación de Terciarios Capuchinos tiene cuatro pilares fundamentales sobre los que desarrolla toda su espiritualidad: Jesucristo Buen Pastor, Madre Dolorosa, San Francisco de Asís y el venerable Fray Luis Amigó y Ferrer, y se apoya en otros modelos espirituales.

5.1 Jesucristo, Buen Pastor

El Buen Pastor es el primer pilar congregacional. De allí emana toda la espiritualidad que Fray Luis Amigó enseña a sus frailes y a sus religiosas y, a su vez, surge y se edifica el fundamento espiritual y pedagógico de los amigonianos.

La figura de Cristo Buen Pastor, que aparece en la Escritura en varios momentos, en relación con el rebaño, que es su Pueblo, hace referencia a la labor del pastor de ovejas que acompaña las suyas, las llama por su nombre, las conoce y ellas le conocen, va delante, e incluso, da su vida por ellas; es la impronta que el fundador sella sobre sus hijos e hijas. Esta figura podrá verse en distintos libros de la Sagrada Escritura como: Salmo 23, Isaías 40,11, Jeremías 31,10, Ezequiel 34, Zacarías 9,16, Lucas 15,4-7 y Juan 10. En este caso, se hará hincapié en el Salmo 23, en Juan 10 y en Lucas 15, en los cuales se condensa el mensaje de Luis Amigó.

Con el Salmo 23, el pueblo reconoce en Dios Padre, en Yahvé, a un pastor bueno, que jamás se aparta de su rebaño, que camina con él, en el frío y en el calor, en la lluvia y bajo el sol, en lo llano y en lo escabroso, en la seguridad y en la incertidumbre. Allí se acentúa una experiencia de la paternidad de Dios, sentida por el pueblo israelita.

Salmo. De David. Yahveh es mi pastor, nada me falta. En verdes pastos me hace reposar. Me conduce a fuentes tranquilas, allí reparo mis fuerzas. Me guía por cañadas seguras haciendo honor a su nombre. Aunque fuese por valle tenebroso, ningún mal temería, porque tú vienes conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan. Preparas ante mí una mesa, a la vista de mis enemigos; perfumas mi cabeza, mi copa rebosa. Bondad y amor me acompañarán todos los días de mi vida, y habitaré en la casa de Yahvé un sinfín de días (Sal 23 Biblia de Jerusalén, 1998).

La seguridad del pueblo judío en un Dios que acoge y acompaña es el sustento que le mantuvo erguido y confiado, mientras estuvo esclavizado en Egipto, mientras peregrinó hacia la tierra prometida y mientras estuvo exiliado en Babilonia, pues a pesar de las adversidades, como recita el salmo anterior, no tuvieron duda de la veracidad de su presencia, pese a las situaciones inhóspitas por las que pasaron. En el salmo 23 se puede ver claramente la relación del pueblo que confía plenamente en Dios, que es su Pastor, pues Él le apuesta a la humanidad a pesar de ésta; no mira sus infidelidades, no se cansa de dar oportunidades, y siempre espera para poder gozar de la presencia de sus ovejas.

El Evangelio de Juan, en el capítulo 10, relata la parábola del Buen Pastor, y hace una descripción profunda de las actitudes del Señor, quien extiende su amor misericordioso a todos, sin excepción, incluso enfatiza en aquellos que se han alejado de su corazón desbordante de misericordia, pues Él no vino “a llamar a justos, sino a pecadores” (Mc 2,17b Biblia de Jerusalén, 1998). Esta parábola encarna los sentimientos de Luis Amigó, quien se siente confrontado por la realidad de su época y perpetúa esos sentimientos mediante la fundación de los Terciarios Capuchinos, pues ve necesario contribuir a la construcción del Reino enfocándose en los marginados, olvidados y segregados, en aquellas ovejas perdidas del rebaño de Dios:

«En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que escala por otro lado, ése es un ladrón y un salteador; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A éste le abre el portero, y las ovejas escuchan su voz; y a sus ovejas las llama una por una y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Pero no seguirán a un extraño, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños.» Jesús les dijo esta parábola, pero ellos no comprendieron lo que les hablaba. Entonces Jesús les dijo de nuevo: «En verdad, en verdad os digo: yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido delante de mí son ladrones y salteadores; pero las ovejas no les escucharon. Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pastor. El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia. Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. Pero el asalariado, que no es pastor, a quien no pertenecen las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye, y el lobo hace presa en ellas y las dispersa, porque es asalariado y no le importan nada las ovejas. Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí, como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre y doy mi vida por las ovejas. También tengo otras ovejas, que no son de este redil; también a éstas las tengo que conducir y escucharán mi voz; y habrá un solo rebaño, un solo pastor. Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; esa es la orden que he recibido de mi Padre» (Jn 10,1-18 Biblia de Jerusalén, 1998).

Luis Amigó, un enamorado de Dios, profundiza en la espiritualidad cristocéntrica; en la segunda persona trinitaria encuentra el modelo y razón de vida, reconociéndole como el *alfa* y el *omega*, como centro y vitalidad, como camino y norte del proyecto humano. En la redención de Cristo, el padre Luis ve de manera concisa la participación del Dios Trinitario, que preparó desde antes dicho momento, para que la humanidad, que andaba perdida o distraída en asuntos poco relevantes, encontrara el sentido real de su vida, que no es otro que la relación con su Creador, con el Dios que todo lo ha dado por amor. Por ello, Cristo se convierte en modelo a seguir, pues al encarnarse en la humanidad, toma en todo nuestra condición, menos en el pecado; se hace hombre sin dejarse llevar por la tentación, sin obstruir la gracia, sin caer en el pecado.

Este nuevo camino propuesto por Cristo dilucidará el giro paradigmático por el cual será perseguido, pues sin negar la Ley y los profetas, sin oponerse a la religión, se mostrará como vía de santidad, como plenitud de la Escritura, y da una nueva luz para poder ser entendido cabalmente el mensaje de Dios. El nuevo camino propuesto por Cristo infiere de manera directa una opción radical por Dios, que se verá reflejada en el servicio por los otros; quitará la dualidad entre servir al templo o servir a los hombres, porque enseñará que en el otro está Dios, por ello lava los pies de sus discípulos, acoge, perdona, ama y se entrega. Este nuevo camino no es una teoría ni tampoco una práctica, es el mismo Cristo, que se hace camino y sendero, como único mediador para llegar a Dios; Él mismo lo recuerda: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14,6b Biblia de Jerusalén, 1998).

El Evangelio de Lucas, en el capítulo 15, hace explícita la misericordia, compendiada en un mensaje “tri-parabólico”: la *Oveja Perdida*, la *Dracma perdida* y el *Padre Misericordioso* o *Hijo Pródigo*. Las tres parábolas apuntan a una misericordia encarnada, a una espiritualidad aterrizada, en las cuales se comprende el verdadero mensaje de amor y liberación del Señor, pues ante todo, Cristo vino a sanar a las personas de la opresión y esclavitud del pecado. El pastor que deja las 99 ovejas por buscar a la que se le perdió, como lo relata Lucas, denota no solo un sentimiento de identidad o pertenencia, sino un amor desbordante, que no encuentra límites para amar, perdonar y entregar:

«¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va a buscar la que se perdió, hasta que la encuentra? Cuando la encuentra, se la pone muy contento sobre los hombros y, llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos y les dice: ‘Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido.’ Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión» (Lc 15,4-7 Biblia de Jerusalén, 1998).

En esa búsqueda de la oveja perdida, el padre Luis recuerda en su Carta Testamento no temer “perecer en los despeñaderos y precipicios”; es decir, les dice a sus hijos e hijas, a los continuadores de su misión, que no hay que inquietarse ante las adversidades para salvar a la oveja perdida, a la oveja extraviada en distintos caminos contrarios a los del Evangelio; recuerda que hay que dejar de lado los miedos, las inseguridades, el desaliento, la pereza y la desidia. Fray Luis Amigó es enfático, y lo ratificó con su vida, en optar siempre por los que lo necesitan, haciendo vivo el Evangelio, haciendo vivo el mensaje de Cristo “que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (1 Tm 2,4 Biblia de Jerusalén, 1998).

El Buen Pastor es, en este sentido, no solo modelo y ejemplo del amor misericordioso que movió a Dios a emprender la obra de la Redención, ni solo modelo del amor con que la llevó a cabo en todo momento, sino también, y al mismo tiempo, del amor que ésta comporta substancialmente en su acción liberadora y potenciadora del mismo (Vives, 1986, p. 85).

“El Buen Pastor es el Cristo encarnado en la realidad de los extraviados, afrontando los despeñaderos y precipicios” (Terciarios Capuchinos, 2006, N° 25). Las ovejas descarriadas de nuestro tiempo son, de acuerdo con el carisma congregacional, aquellos jóvenes que por diversas circunstancias han perecido en el pecado, se han opuesto a la gracia de Dios con actitudes que contradicen el mensaje de amor que propone el Señor. A los jóvenes en dificultad está llamado el amigoniano, para que les busque, escuche, acoja y comprenda, y desde su ciencia, disciplina, saber o quehacer participe como zagal del Buen Pastor, es decir, como colaborador de Cristo Redentor; su misión es hacer extensivo el mensaje de amor misericordioso y liberador que propone la parábola. La figura del amigoniano entre las ovejas, entre los jóvenes que se le han puesto para llevar al rebaño del Señor, debe estar enmarcada por la presencia, como el pastor bueno del Evangelio, quien va delante y sirve de referente positivo; no solo como compañía física, sino con una cercanía de corazón a corazón.

Luis Amigó -conocedor por experiencia del corazón humano- no se cansó nunca de resaltar la capital importancia de lo que él llamaba el buen ejemplo. Y sus seguidores -que vieron reflejado este valor en la actitud del Buen Pastor que va delante de sus ovejas, convirtiéndose así en camino para ellas- lo constituyeron en otro de los quicios fundamentales sobre los que gira todo el sentimiento pedagógico amigoniano y toda su acción educativa (Vives, 2000b, p. 40).

El tema central del Buen Pastor se resume en la misericordia. En sí, toda la vida de Jesús fue una constante enseñanza a vivir desde el amor misericordioso. Es por ello que en la espiritualidad de la Congregación estará acentuada la misericordia, pues su misma labor conlleva a que los amigonianos entreguemos el corazón, participemos como verdaderos colaboradores del Redentor,

con actitudes concretas de misericordia, en busca de aquel joven en dificultad, que está aislado, el más complicado, el menos sociable, el que tiene más problemas, el que menos expresa amor. Pero esto no implica un amor alcahuete, sino un amor exigente, que lo entrega todo, y en la misma medida, exige.

Asimismo existen otros textos evangélicos que alimentarán y solidificarán este primer pilar:

A partir del magisterio del padre Fundador y de la tradición, el Evangelio de la misericordia se concreta especialmente para nosotros en los pasajes bíblicos del *hijo pródigo*, *el buen samaritano* y *la viuda de Naím*, que complementan el tema central del Buen Pastor y la oveja perdida (Terciarios Capuchinos, 2006, N° 189).

5.2 Madre Dolorosa

El segundo pilar amigoniano es la Madre Dolorosa. Para comprender la figura de la patrona de la Congregación, es necesario tener presente que María, la Madre de Jesús, es una sola, sin embargo, recibe nombres o títulos llamados advocaciones. De la misma manera en que Jesucristo es ubicado en figuras de acuerdo con títulos dados, como el Buen Pastor, Señor de los Milagros, Cristo Rey, entre otros, la Virgen María ha recibido distintos títulos, algunos con base en la Escritura, otros por sus manifestaciones en un espacio geográfico, y otros por características teológicas, físicas, psicológicas o por cualidades. Entre las advocaciones más conocidas en la cristiandad, y particularmente en Colombia, están: Virgen del Carmen, Virgen del Perpetuo Socorro, Virgen del Rosario, Rosa Mística, Virgen de la Candelaria, Nuestra Señora de las Lajas, Nuestra Señora de Guadalupe, Medalla Milagrosa, Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, entre otras. El culto de veneración a la Virgen María es llamado *Hiperdulía*.

Existen cuatro dogmas marianos promulgados por la Iglesia como norma de fe, los cuales tienen su fundamento en la Tradición, en la Escritura y en el *sensus fidelium*, es decir, en la fe del pueblo de Dios; son:

- » María Madre de Dios. Dogma *Θεοτόκος*, es decir, María Madre de las dos naturalezas de Jesús, humana y divina, promulgado por el Concilio de Éfeso, con el Papa Celestino I, en 431. Tiene su reflejo en la Escritura en Lc 1,31 y Jn 1,14.

- » La Virginitad Perpetua de María. Dogma introducido en el Concilio II de Constantinopla en 553, con el Papa Vigilio, otorgándosele a María el título de “siempre virgen” *ἀειπαρθενος*, y promulgado por el Papa Martín I en el Concilio (no ecuménico) lateranense en 649. Tiene su reflejo en la Escritura en Is 7,14, Mt 1,22-23 y Lc 1,26-27.
- » La Inmaculada Concepción. Dogma promulgado por el Papa Pío IX el 8 de diciembre de 1854, haciendo referencia a que la Virgen María, desde su concepción, fue preservada del pecado original. Tiene su reflejo en la Escritura en Lc 1,28, Judas 24 y Lc 1,47.
- » La Asunción de María a los Cielos. Dogma promulgado por el Papa Pío XII el 15 de agosto de 1950, en la Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus*; María fue preservada de la corrupción y comparte la suerte de su Hijo. Tiene su reflejo en la Escritura en 2 Re 2,11, 1 Ts 4,16-17 y Ap 12,1.

Estos dogmas, aunque han sido promulgados a lo largo de la historia eclesial, tienen su cimiento en la misma comunidad primitiva, en la Tradición, es decir, se han creído desde siempre por la comunidad apostólica, y aunque no tienen un fundamento literal en las Escrituras, tienen su reflejo en las mismas y desde siempre han sido considerados norma de fe.

La Madre de los Dolores o Madre Dolorosa es, por tanto, una de las advocaciones marianas con las cuales la Iglesia venera a la Madre de Dios. Esta advocación es tomada por Fray Luis Amigó, dejándola como patrona de la Congregación de Terciarios Capuchinos, y tiene un significado profundo de espiritualidad y pedagogía. María, en la advocación de los Dolores, representa para Luis Amigó, una profunda pasión, pues encuentra en ella la mayor prueba de amor por su Hijo y por la humanidad, de manera específica, al estar al pie de la Cruz, como lo recuerda el quinto dolor, pues es allí en donde muestra su mayor prueba de fe y fidelidad, y es dada por su Hijo como Madre del discípulo amado, y con él, de la humanidad entera.

Pero la figura de la Madre que sufre, y sigue amando y esperando, no surge por ella misma. Como los dogmas marianos, todo fluye por el hecho de ser Madre del Redentor, Madre del Salvador. Su misión no sería tal si no hubiese sido escogida como Madre del Mesías; su participación en la redención de su Hijo, desde el momento del *fiat*, cuando da su sí al ángel Gabriel, al aceptar ser la Madre del “Dios con nosotros”, le permite participar de manera directa y específica en el misterio redentor de Cristo. Cuando se profundiza en el misterio cristológico de la redención, se comprende y se ama con mayor firmeza la figura de la Virgen María, pues por su participación en la liberación del pecado con la obra redentora de su Hijo, enseña con su propia vida que es necesario entregar para recibir, callar para crecer, creer para entender y morir para vivir.

La figura de la Virgen en sus Dolores aparece así, en el pensamiento y vida del P. Luis, íntimamente ligada con el misterio redentor de Cristo y, sobre todo, con la expresión cumbre de ese misterio de amor, el Calvario (Vives, 1986, p. 113).

El amor por la Virgen María no es propio de Luis Amigó; desde sus inicios, la Iglesia ha profesado un amor incandescente por la Madre de Cristo Jesús. El padre Luis, quien amó profundamente a María, se acerca de manera especial a la advocación de los Dolores, pues allí siente que se manifiesta en plenitud su maternidad, al esperar en Dios. La presencia de la Virgen junto a la Cruz infunde en él una comprensión distinta del misterio redentor de Cristo, pues en su amor de Madre dilucida el dolor al que voluntariamente se sumerge; comparte por opción el sufrimiento de su Hijo, siendo crucificada en su corazón. Pero no se trata de un sufrimiento vacío, sin sentido y desconsolador, sino de un dolor que le permite entrar en sintonía con el gran Misterio, abandonándose en las manos del Señor, en relación con sus palabras al ángel Gabriel “He aquí la esclava del Señor”, para entrar así en la glorificación a la que es llevada por Dios, por su fe y fidelidad, por su amor radical, por “esperar contra toda esperanza”.

Ella, en sus Dolores, será para el P. Luis, ante todo y sobre todo, *la compasiva*, la que no pasó de largo el camino del dolor, sino que se paró al lado de la Cruz para *con-dividir* y *con-sufrir* junto a su Hijo el sacrificio, la entrega, el dolor; y para *com-partir* con Él ese amor redentor capaz de restaurar, e incluso potenciar en cada hombre, la capacidad de amar, de realizarse como ser relacional, como persona (Vives, 1986, p. 113).

De la manera en que el discípulo amado acoge a María en su casa, asimismo la Iglesia la lleva también a su recinto máspreciado, porque ella fue testigo directo del acontecer redentor y participó en toda la vida de su Hijo. Los apóstoles conocieron de cerca y tuvieron su experiencia de fe con el Mesías, pero es María quien le conoció desde su nacimiento; fue quien le enseñó lo más básico, inclusive, le guio en los caminos de la fe de su pueblo, según las tradiciones orales que se mantenían en la memoria colectiva de Israel. María lo tuvo en su seno, fue el primer Sagrario, y le acompaña hasta su regreso al Padre.

Al ser entregada como Madre por su Hijo, la Iglesia y la Congregación reciben de ella su compañía, su oración, su intercesión. Ella que creyó con firmeza y radicalidad invita a todos a creer de la misma manera; ella que sufrió con amor, nos invita a aceptar el dolor por medio de la confianza absoluta en el Único que trae la redención; ella que esperó invita a esperar con la mirada puesta en Jesús. Ella es pues modelo de vida cristiana; con sus lágrimas, invita a la Familia amigoniana a no desesperanzar, invita a colocar todo en las manos de su Hijo, encargándose, ella misma, de adornar las súplicas con su oración. María no busca protagonismo, ella solo quiere que todos los seres humanos conozcan a su Hijo y experimenten en sus vidas el milagro de la conversión.

Fray Luis Amigó es consciente del papel de la Virgen María, por ello, la toma como patrona, pues al ser entregada como Madre, se une a las súplicas de sus frailes terciarios capuchinos. El padre Luis lo recuerda de manera explícita: “debemos orar sin cesar a Ntra. Ternísima Madre, única a quien le fue dado quebrantar la cabeza de la serpiente, y bajo cuyo manto nació esta nuestra amada Congregación” (OCLA, 1986, N° 1754).

La participación de la Virgen María es vital en la labor amigoniana. Ella se une a los dolores de nuestros muchachos y sus familias, ella comprende el corazón dividido de tantos jóvenes alejados “del camino de la verdad y del bien” (Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, 2001, N° 56); como se recita en las Constituciones, ella nos da las fuerzas, con su oración y con su testimonio, para trabajar cada día por la restauración de tantos jóvenes perdidos en un mundo secularizado, en un mundo que se aleja de los valores del Evangelio y se sumerge en los vicios y en el pecado. Por ello, “realizamos nuestro peculiar seguimiento de Cristo junto a María, la Virgen de los Dolores. Ella, al mismo tiempo que inspira y estimula nuestra colaboración a la obra de regeneración de la juventud, es *nuestra Madre, protectora y modelo*” (Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, 2006, N° 200). Comprendemos en sus dolores una fuente rica de espiritualidad y pedagogía, pues cada uno de éstos, aunque parecen peldaños escabrosos y vacíos, llevan a un camino refulgente.

El primer dolor es *La profecía del anciano Simeón*:

Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: «Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y como signo de contradicción -¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!- a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones.» (Lc 2,34-35 Biblia de Jerusalén, 1998).

Simeón era un anciano a quien Dios le había prometido ver al Salvador antes de morir. En el encuentro que tiene con María, le profetiza la grandeza de Jesús, la magna misión que realizará y lo que ello incluye: las desavenencias, choques y discusiones que surgirán por su predicación, por su estilo de vida, por su radicalidad, por su entrega, por la manera de interpretar la Ley, e incluso le anuncia lo que tendrá que padecer y lo que ella misma tendrá que sufrir. Éste será un anuncio escatológico, un anuncio de camino de amor y de Cruz que tendrá que asumir Jesús acompañado por su Madre.

El segundo dolor es *La huida a Egipto*:

Cuando ellos se retiraron, el Ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y estate allí hasta que yo te diga. Porque Herodes va a buscar al niño para matarle.» Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se retiró a Egipto (Mt 2,13-14 Biblia de Jerusalén, 1998).

Camino a Belén para adorar al Niño, los magos de oriente se encuentran con el rey Herodes, quien celoso del acontecimiento que los magos le relatan, pide que se le informe sobre el nacimiento del nuevo Rey, pues él no podía permitir que esto sucediera. Es así que el Ángel les avisa a los magos las intenciones de Herodes y ellos, al regreso, toman otra ruta para no encontrárselo en el camino. Herodes, lleno de furia, manda a matar a los niños menores de dos años, y es por ello que María y José deben marchar a Egipto, en salvaguarda de la vida de Jesús. Mateo hace énfasis en este acontecimiento para contarle a la humanidad que Jesús es el nuevo Moisés, quien saldrá de Egipto para liberar a su pueblo.

El tercer dolor es *La pérdida del Niño Dios en el Templo*:

El niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres. Creyendo que estaría en la caravana, hicieron un día de camino, y le buscaban entre los parientes y conocidos; pero, al no encontrarle, se volvieron a Jerusalén en su busca. Al cabo de tres días, le encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y haciéndoles preguntas; todos los que le oían, estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas. Cuando le vieron quedaron sorprendidos y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te estábamos buscando.» (Lc 2,43b-48).

Ésta es una de las pocas historias que relata la Escritura sobre la niñez de Jesús. José, María y Jesús subían al Templo una vez al año para la fiesta de Pascua, como era la costumbre judía. Jesús tenía 12 años cuando se perdió en el Templo. El número 12 representa la organización completa, la estructura constituida perfectamente, por ello son 12 las tribus de Israel y son 12 los apóstoles del Señor. Tres días permanece Jesús alejado de sus padres, y ellos lo buscaban desesperados entre los parientes y conocidos, mientras él, aunque era muy pequeño, mostraba fluidez, conocimiento, inteligencia y perspicacia, pues hablaba de la Escritura con los Doctores de la Ley, es decir, con los sabios de la época. Estos tres días de pérdida, marcarán los tres días en los que, según las Escrituras, el “Hijo del Hombre” tras su muerte será resucitado. La respuesta que Jesús da a sus padres es contundente, y con ella, visualiza ya, cada vez más claramente, su misión mesiánica: “¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?” (Lc 2,49 Biblia de Jerusalén, 1998).

El cuarto dolor es *María encuentra a su Hijo cargado con la Cruz*:

Me levanté y recorrí la ciudad, calles y plazas; busqué al amor de mi alma, lo busqué y no lo encontré. Me encontraron los guardias que hacen ronda en la ciudad: «¿Habéis visto al amor de mi alma?» Apenas los había pasado, cuando encontré al amor de mi alma (Ct 3,2-4a).

Aunque este encuentro no es relatado literalmente en los evangelios, se sabe que la Virgen María estuvo al lado de Jesús, no solo en su crucifixión, sino en todo su camino hacia El Calvario. ¿Qué madre no estaría al lado de su hijo? El amor de una madre es, simplemente, indescriptible. El amor de la Virgen María por su Hijo Jesús era exuberante. ¡Cómo no comprender a la Virgen María al lado de su Hijo, brindándole compañía y ánimo, a pesar del dolor que llevaba en su corazón, al ver la ignominia y el repudio de todo el pueblo contra Él! Vida de su vida, sangre de su sangre, amado de su alma.

El quinto dolor es *María al pie de la Cruz*:

Junto a la cruz de Jesús estaba su madre. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.» Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre.» Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa (Jn 19,25a.26-27 Biblia de Jerusalén, 1998).

En este dolor se puede comprender con fundamento el amor de María; ella, llena de dolor, de tristeza y aflicción, al pie de su Hijo, no desfallece, pues tiene la confianza puesta en Dios; en Él cree y en Él espera. Aunque históricamente fue poco probable que la Virgen hubiese podido estar estrictamente junto a la Cruz de Jesús, por tradición es imposible ubicar a María alejada de su Hijo durante este cruel acontecimiento. El discípulo amado -relacionado comúnmente con el apóstol Juan- se encuentra junto con María, y allí sucede el mayor regalo para la Iglesia; Jesús le entrega a María como Madre, y él la acoge en su casa. De esta manera, la misma Iglesia primitiva, como lo relata Hechos de los Apóstoles, se reunía con María, y cómo no hacerlo si ella era la primera y fiel testigo de Jesús. Es así que la Iglesia, de acuerdo a este pasaje bíblico, la toma como Madre; Fray Luis Amigó la entrega como patrona de su Congregación de Terciarios Capuchinos, como modelo de firmeza y templanza.

El sexto dolor es *María recibe en sus brazos el cuerpo difunto de su Hijo*:

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque en secreto por miedo a los judíos, pidió a Pilato autorización para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se lo concedió. Fueron, pues, y retiraron su cuerpo (Jn 19,38 Biblia de Jerusalén, 1998).

María, quien se encontraba al pie de la Cruz en el momento de la muerte de Jesús, asume con esperanza el camino de dolor que ya había comenzado a vivir. Jesús, quien tenía muchos discípulos -en la Escritura se mencionan unos pocos-, deja un gran legado, que luego se expandirá con su Iglesia. Después de su muerte, se acerca José de Arimatea, luego llega Nicodemo, y con los que estaban junto a la Cruz de Jesús, es decir, María allí presente, reciben el cuerpo inerte del Mesías; con una preparación de aromas, lo envolverán para ser sepultado. Imaginarse a María que recibe en sus brazos a Jesús muerto evoca el sentimiento y pensamiento de tantas madres que reciben a

sus hijos muertos en el pecado, en el vicio, en la perdición. Pero ella enseña con su vida, en este dolor, el dejarse guiar por el Señor, el permitir que el hálito divino impulse la existencia para continuar por el camino de la vida, sin caer en el desespero, en el sufrimiento.

El séptimo dolor es *Sepultura de Jesús y soledad de María, nuestra Madre*:

Y, después de descolgarle, le envolvió en una sábana y le puso en un sepulcro excavado en la roca en el que nadie había sido puesto todavía. Las mujeres que habían venido con él desde Galilea fueron detrás y vieron el sepulcro y cómo era colocado su cuerpo (Lc 23,53.55).

Cuando el sepulcro de Jesús fue cerrado con la piedra, el corazón de María se traspasaba con una séptima espada de dolor. La mujer que había dado su sí al Señor, cuando el Ángel Gabriel le anunció que sería la Madre del Mesías, cerraba con esto un ciclo que florecería con la resurrección. María, quien siempre esperó, fue premiada con especial don al ser acompañada por la Iglesia de Cristo. En la cultura judía de la época, cuando una mujer viuda perdía a sus hijos, quedaba totalmente sola, desprotegida, abandonada, a la deriva. María, por el contrario, pasa a ser parte de la Iglesia naciente; su testimonio, su entrega y su servicio, darán vida a la comunidad de fieles y, por ende, ella recibirá desde siempre un lugar privilegiado. Ella es, pues, modelo de madre, modelo de discípula y modelo de cristiana.

De esta manera, la Virgen María representa para la comunidad amigoniana un ejemplo de vida y modelo a seguir. Aquella mujer que sin vacilar entrega su vida, siendo crucificada en su alma al lado de su Hijo en la Cruz, espera firmemente en el Señor para alcanzar la gracia de encontrarse con su amado Jesús en el momento en que es llamada a la presencia del Padre. Ella enseña la prudencia, el amor, la entrega, el servicio y la confianza, e invita a toda la humanidad a seguir los pasos de su Hijo, y la Iglesia la coloca como ejemplo de vida cristiana. Fray Luis Amigó profesa un especial amor por ella, y en las Constituciones se deja ver lo importante de su figura:

Tenemos por modelo y protectora a Nuestra Madre de los Dolores. A ella nos confió el Padre Fundador y con Ella la Congregación se siente cooperadora en la regeneración de la juventud. Su presencia en nuestra vida es fuente de la generosidad y de la misericordia, de la fortaleza y de la ternura que requiere nuestra misión (Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, 2001, N° 7).

En la Virgen María, la Iglesia y la Congregación, reconocen la figura de intercesión, de oración, pues ella prepara las súplicas de sus hijos y las presenta a su amado Jesús; Él, como en las bodas de Caná de Galilea, escuchará su pedido, lo atenderá y actuará inmediatamente. ¿Qué hijo no atiende a la súplica de su madre? Jesús, único mediador entre el Padre y los hombres, atiende con gozo, con esmero y amor a las súplicas presentadas por la Virgen María.

En la Corona de los Siete Dolores y en la Sabatina Dolorosa nos detenemos un tiempo más prolongado en la meditación de cada dolor de la Virgen. Dicha meditación contribuye a que tengamos particularmente presente los sentimientos que experimenta Nuestra Madre en estos siete momentos dolorosos que jalonan su vida, y nos impulsa a que, haciéndolos nuestros, vivamos más identificados con ella y con su Hijo en el camino de cruz y amor, de muerte y resurrección, que supone el seguimiento de la voluntad del Padre (Terciarios Capuchinos, 2006, N° 337).

5.3 San Francisco de Asís

El tercer pilar es San Francisco de Asís. Mucho ya se habló en el segundo capítulo sobre este gran santo de la Edad Media. Solo cabe recalcar la relevancia que él tiene para la Iglesia y para la humanidad. Tan fuerte es su testimonio, que el padre fundador se deja permear por su vida, y en busca de un seguimiento radical de Cristo, ingresa a una comunidad franciscana: Orden de Frailes Menores Capuchinos, pues es un fiel convencido de que Francisco encarnó de manera casi perfecta las actitudes de Cristo. “El santo Patriarca se convierte, bajo esta perspectiva, en un ejemplo de vida muy apropiado para acercarse a la imitación del único Modelo, Cristo Jesús” (Terciarios Capuchinos, 2006, N° 40).

5.4 Fray Luis Amigó y Ferrer

El cuarto pilar es Fray Luis Amigó y Ferrer. El joven José María, quien al ingresar a la Orden Capuchina adopta el nombre de Fray Luis de Masamagrell, será recordado como un gran hombre, un ser humano intachable, el fundador de dos congregaciones: Terciarias y Terciarios Capuchinos, dado a sus hijos enteramente, un obispo afable y cercano, pero sobre todo, será recordado como un “hombre que se fio de Dios”. Se habló de él en el tercer capítulo, por ello, aquí solo cabe resaltar que su vida fue una constante alabanza al Señor, pues en todo lo que hacía proyectaba la luz que del Altísimo recibía. Todo su contexto va configurando en el padre Luis Amigó “una espiritualidad eminentemente evangélica, franciscana y mariana. Y la cimenta sobre un amplio fondo de piedad y compasión cristianas” (González, 2003, pp. 266-267).

5.5 Beatos Mártires amigonianos

Uno de los modelos más importantes para la Congregación, después de los cuatro pilares, son los Beatos Mártires amigonianos, muertos en la Guerra Civil Española; guerra que se extendió de 1936 a 1939, durante la que se enfrentaron dos bandos: los republicanos (de movimiento de izquierda, quienes persiguieron la Iglesia) y los sublevados o nacionalistas (liderados por Francisco Franco, y quienes tomarán el poder con una dictadura). De la Familia amigoniana fueron reconocidos como beatos 23 mártires: 19 frailes, 3 religiosas y 1 laica (seglar). El Papa Juan Pablo II beatificó 233 mártires en total, entre ellos, los Mártires de la Familia amigoniana, de cuyas vidas se habla en las siguientes líneas.

El beato Fray Vicente Cabanes Badenas, T.C., nació el 25 de febrero de 1908 en Torrente (Valencia) y murió el 30 de agosto de 1936 en Bilbao (Vizcaya). Ingresó a la Congregación cuando tenía 15 años de edad y recibió su ordenación sacerdotal de manos de Fray Luis Amigó en 1932. Fue un hombre muy intelectual; estudió psicología en la Universidad de Valencia y en el Instituto de Estudios Penales, además, viajó al extranjero para acrecentar su formación intelectual, y poder así dar lo mejor a sus muchachos. Sus enseñanzas fueron puestas en el libro *Observación psicológica reeducación de menores*, en el que se condensan pensamientos sensibles y sabios. Fue, además, un hombre que reunió en sí las virtudes franciscanas y actitudes de verdadero zagal del Buen Pastor. La noche del 28 de agosto de 1936, es llevado en un auto para interrogarle, pidiéndole que renegara de su fe, y como fue imposible que se desarraigara de ella, le dispararon y lo abandonaron en la carretera. Pidió ayuda pero la gente por miedo, no lo auxilió; a rastras, logra llegar a una casa y es llevado al hospital. Es visitado por sus hermanos terciarios capuchinos y uno de ellos le pregunta por el autor de esta abominación, y él contesta: “Padre, no me pregunte esas cosas. Hábleme de Dios”, luego dice: “Perdono a los que me han llenado el cuerpo de heridas”. Muere 2 días después de haber sido baleado. “Los amigonianos tenemos en Vicente Cabanes un excelente modelo del amor cristiano que se hace perdón” (Vives, 2000a, p. 28).

El beato Fray Laureano María de Burriana, T.C., nació el 13 de octubre de 1884 en Burriana (Valencia) y murió el 16 de septiembre de 1936 en Torrente (Valencia). Vistió el hábito cuando tenía 15 años de edad y después de su noviciado inició estudios de filosofía y teología. Fue ordenado sacerdote en 1907. Era hermano de sangre de Fray Benito de Burriana. Fue superior de varias escuelas de reforma y también consejero general, además, un hombre misericordioso; su aporte fue significativo en la educación integral de los niños y jóvenes atendidos. Este fraile convenció a Luis Amigó de pasar sus últimos días en Godella, rodeado de sus hijos. Fue expulsado junto con sus hermanos terciarios capuchinos, y se alojan en la casa de una bienhechora en Torrente.

Siempre guardó esperanza en Dios mientras leía el libro de Job. Luego es llevado a la cárcel y asesinado. “Refugiado pues en Dios, el Padre Laureano caminó hacia la muerte con el gozo de los verdaderos mártires” (Vives, 1987, p. 89).

El beato Fray Benito María de Burriana, T.C., nació el 26 de noviembre de 1872 en Burriana (Valencia) y murió el 16 de septiembre de 1936 en Torrente (Valencia). Ingresó al noviciado con 16 años de edad en 1890. Era hermano de sangre de Fray Laureano de Burriana. Pasó gran parte de su vida religiosa en la Escuela de Reforma Santa Rita. Fue un hombre de mucha oración. Cuando comienza la guerra se traslada a Burriana donde los suyos, y no le reciben, luego marcha a Torrente y se refugia donde unos amigos; allí se encuentra con su hermano de sangre. Pasó sus últimos días en oración incesante. Finalmente, es encontrado y abatido. “El testimonio de vida de Benito -y particularmente el que nos dejó en sus últimos días- se destaca por la serenidad de que hace gala” (Vives, 2000a, p. 46).

El beato Fray Bernardino María de Andújar, T.C., nació el 28 de enero de 1879 en Andújar (Andalucía) y murió el 16 de septiembre de 1936 en Torrente (Valencia). Después de experimentar la vida religiosa en Córdoba con los ermitaños de Sierra Morena, se da cuenta de que el Señor le llama a una contemplación más activa, y se encuentra con los Terciarios Capuchinos. Con alegría, entrega y disposición, ingresó a los 28 años de edad; su oficio de curtidor lo empleaba para evangelizar a los jóvenes que atendía. Cuando llega la guerra, es encarcelado y el 16 de septiembre es asesinado, junto con los dos hermanos sanguíneos de Burriana. “Sin proferir lamentos, sin perder la serenidad, se dirigió con entereza al lugar donde, en medio del estruendo de las armas, selló su último mensaje de paz” (Vives, 2000a, p. 53).

El beato Fray Ambrosio María de Torrente, T.C., nació el 16 de abril de 1866 en Torrente (Valencia) y murió el 18 de septiembre de 1936 en el mismo lugar. Mientras se preparaba para el sacerdocio en un seminario, conoció los Terciarios Capuchinos por el testimonio de Fray José María de Sedaví, T.C., quien había sido sacerdote secular antes de ingresar a la Congregación. Impulsado por el carisma, Fray Ambrosio tomó el hábito en 1891 y fue uno de los primeros cuatro religiosos en recibir la ordenación sacerdotal en 1892. Se dedicó incansablemente a la formación de frailes y fue modelo de mansedumbre y humildad, considerado una florecilla franciscana. Fue llevado a prisión, y próximo a recibir el martirio, bendijo a sus asesinos y los perdonó pronunciando las palabras de Cristo en la Cruz: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Perdónales porque no saben lo que hacen”. “A todos impactaba positivamente el carácter de aquel hombre que no se alteraba fácilmente, que sabía, en su serenidad y armonía de ánimo, encontrar cosas buenas en todos y que no hablaba mal de nadie” (Vives, 2000a, pp. 61-62).

El beato Fray Valentín María de Torrente, T.C., nació el 6 de marzo de 1896 en Torrente (Valencia) y murió el 18 de septiembre de 1936 allí mismo. Vistió el hábito en 1911 y fue ordenado sacerdote en 1920. Profundizó en las ciencias psicopedagógicas, conocimiento que puso a disposición en el apostolado que realizaba. Después de trabajar en España en varios reformatorios, es trasladado a Colombia en 1932; aportó allí en la implantación de la Pedagogía amigoniana. Escribió varios artículos y fue uno de los principales estudiosos y ponentes del sistema pedagógico amigoniano, dándolo a conocer en muchos sitios, de manera especial, en Bogotá, D.C. Fue el gran pregonero de esta pedagogía, por ello, recibió el título de “Cantaor de la Pedagogía amigoniana”. Decía: “el fin de la educación es, ante todo y sobre todo, formación del corazón. El educador debe ser, pues, primordialmente un artista”, “Al alumno hay que recibirlo con gran simpatía. Hay que mostrarle que verdaderamente se le quiere”. Regresa a España y allí, frente a la guerra, como zagal del Buen Pastor, toma consigo frailes y seminaristas exclaustrados y los reparte entre varias familias, y finalmente recibe la corona del martirio. “Por todo ello, convirtió el testimonio en una de las normas fundamentales de su personal actuación como educador... Valentín presentó a sus alumnos, con su propia vida, los valores que le proclamaba de palabra” (Vives, 2000a, p. 72).

El beato Fray Recaredo María de Torrente, T.C., nació el 22 de agosto de 1874 en Torrente (Valencia) y murió allí el 18 de septiembre de 1936. Le ayudaba en obras de misericordia a Fray José María de Sedaví, T.C., cuando éste era sacerdote secular; ingresó a la Congregación, motivado por el testimonio de este fraile, en el año de su fundación, 1889, y fue uno de los 19 religiosos que profesaron sus votos al año siguiente. Trabajó en la catequesis y, en su labor evangelizadora, dirigió teatro, excursiones, competiciones deportivas y organizó la Pía Unión de San Antonio, movimiento que se encargaba de coordinar actividades catequéticas y formativas. Su delito fue haber sido un hombre de fe, por ello es llevado al martirio. “El testimonio de su muerte martirial es un buen broche para una vida entregada cada día en favor de los demás y, especialmente, en favor de los jóvenes y niños, porción predilecta de Cristo Buen Pastor” (Vives, 1987, p. 114).

El beato Fray Modesto María de Torrente, T.C., nació el 19 de enero de 1885 en Torrente (Valencia) y murió el 18 de septiembre de 1936 también en Torrente. Como tenía aptitudes musicales, era buscado por los frailes amigonianos, con los que comenzó a tener contacto, y prestó sus servicios de colaborador en la Pía Unión de San Antonio de Padua. Ingresó a la Congregación en 1903. Predicó incansablemente a los jóvenes el Evangelio, y como sabía de albañilería, fue éste el servicio por medio del cual sirvió en su apostolado. Es reconocido por su obediencia; siempre estuvo en actitud de despojo, de renuncia, de servicio y de entrega. Después de ser apresado, es asesinado. “Su martirio, que es la prueba más grande de su obediencia amorosa a Dios y a los hermanos, le transforma en una persona plenamente libre” (Vives, 1987, p. 119).

El beato Fray Francisco María de Torrente, T.C., nació el 12 de noviembre de 1886 en Torrente (Valencia) y murió el 18 de septiembre de 1936 en su ciudad natal. De joven se mostraba alegre, dinámico, carismático, pero poco amante del estudio y del trabajo; en un proceso de conversión -no porque fuese malo-, es consciente de su misión y preparación para poder construir el Reino; permeándose de Dios, ingresó a la Congregación en 1905. Se dedicó en cuerpo y alma a la educación de sus alumnos; amó el estudio y la enseñanza, y ofreció lo mejor de sí en su labor pedagógica. Gozó de buena fama, como uno de los mejores maestros. Cuando se desató la guerra, se refugió donde un hermano sanguíneo que era policía, pero incluso de allí es sacado, apresado y luego asesinado. “La muerte martirial, en la que le acompañaron otros cuatro amigonianos de Torrente, podemos decir que fue su último acto de conversión, de vuelta amorosa a Dios” (Vives, 1987, p. 125).

El beato Fray José Llosá Balaguer, T.C., nació el 23 de agosto de 1901 en Benaguacil (Valencia) y murió el 7 de octubre de 1936 allí mismo. Motivado por un amigo, en 1917 ingresó a la Congregación. Ejerció de manera directa la misión específica de los amigonianos, con el trabajo en la reeducación de jóvenes. Aunque en su juventud se mostró titubeante y un poco inseguro, inclusive cuando iba a recibir su ordenación sacerdotal, es en el camino al martirio en donde muestra su firmeza, adulez y entereza. Después de ser tomado preso, fue fusilado con rito de crucifixión; le dispararon en cada mano, luego en cada pie, y finalmente en la boca. Así, mostró en sus últimos momentos de vida “ánimo, liberado por el amor y fortalecido por la fe y la esperanza, afrontó con valentía, y sin tirarse atrás, el paso decisivo hacia la casa del Padre” (Vives, 2000a, p. 121).

El beato Fray Florentín Pérez Romero, T.C., nació el 14 de marzo de 1904 en Valdecuenca (Teruel) y murió el 23 de agosto de 1936 en Benaguacil (Valencia). Estudió interno en el Colegio San Nicolás de Bari, dirigido por los Terciarios Capuchinos, y allí se enamora de este estilo de vida. Fue un gran devoto de Nuestra Señora de los Dolores, y aunque tímido, ingresó a la Congregación en 1919. Se caracterizó por su personalidad de niño, dulce y amable, por ser descomplicado, generoso y piadoso. Sobresalió en las matemáticas y en la música, y ejerció su apostolado como profesor de música y educador. Es apresado y fusilado. “Su última oblación -«Señor, si mi vida ha de servir para algo, desde ahora os la ofrezco»- revela una vez más el espíritu de quien siguiendo a Cristo, se había hecho como niño” (Vives, 1987, p. 32).

El beato Fray Urbano Gil Sáez, T.C., nació el 9 de marzo de 1901 en Bronchales (Teruel) y murió el 23 de agosto de 1936 en Benaguacil (Valencia). Estudió en el Colegio San Nicolás de Teruel, en donde conoció los Terciarios Capuchinos, e ingresó en 1917. Estuvo dedicado enteramente a la educación cristiana de los niños en dificultad, y también a la enseñanza, como un gran pedagogo. Impactaba a todos por su alegría y espontaneidad. En 1936 marcha a Godella para realizar los estudios necesarios para ser sacerdote, pero ese mismo año es apresado junto

con Fray Florentín Pérez, T.C., y son llevados a Benaguacil en donde son asesinados. “El Señor le concedió la gracia de actuar hasta el extremo la generosidad que, bajo el manto de la compasión, había distinguido su vida” (Vives, 1987, p. 36).

El beato Fray Gabriel María de Benifayó, T.C., nació el 8 de octubre de 1866 en Benifayó (Valencia) y murió allí mismo el 16 de agosto de 1936. Ingresó en la Congregación en 1889, año de su fundación, y fue uno de los primeros 19 religiosos que realizaron su primera profesión como amigonianos. Es reconocido por su trabajo incondicional, como zagal del Buen Pastor, entregándose a sus muchachos sin horarios ni condición, dispuesto a desgastar la vida por su apostolado. El trabajo fue su insignia, e invitaba a los frailes a capacitarse bien y a nunca alejarse de éste. Cuando llega la guerra, se dirige a su pueblo natal para esconderse donde unos parientes, pero allí es aprehendido y luego asesinado. “Tranquilo y trabajador como siempre, pasaba él sus días en este nuevo ambiente hasta que unos desconocidos le dieron muerte por el solo delito de «ser religioso»” (Vives, 1987, p. 28).

El beato Fray Bienvenido María de Dos Hermanas, T.C., nació el 17 de junio de 1887 en Dos Hermanas (Sevilla) y murió el 1 de agosto de 1936 en Madrid. Cuando era alumno de la Colonia de San Hermenegildo, ingresa a la Congregación en 1904. Fue maestro de novicios, director y superior de varias instituciones, y fue también superior general. Siempre sobresalió por su espíritu de fortaleza y servicio. Participó en el desarrollo científico de la Pedagogía amigoniana y promovió viajes por Europa central para que los frailes se capacitaran y aplicaran lo aprendido en las obras apostólicas; fue un visionario y adelantado a su época. Cuando la guerra llegó a la Escuela de Santa Rita, en donde se encontraba, y se les pidió que la abandonaran, dijo con tesón: “Déjenme que estoy en mi casa”. Le retuvieron, entonces, le condujeron al banco y le hicieron sacar el dinero de la Escuela, y luego le dieron muerte. Fue un hombre de academia y de modernidad, pero al mismo tiempo, de entrega, de humildad y de servicio; “siendo incluso superior general, le gustaba realizar, como uno más, los humildes servicios de limpieza que se requieren en la vida comunitaria” (Vives, 2000a, p. 162).

El beato Fray Domingo María de Alboraya, T.C., nació el 28 de agosto de 1872 en Alboraya (Valencia) y murió el 30 de agosto de 1936 en Madrid. Ingresó a los Terciarios Capuchinos en 1889, en la tercera vestición, y fue uno de los primeros 19 frailes profesos. Se interesó por los Terciarios Capuchinos al ver el testimonio y la fuerza de la predicación de Luis Amigó. Fue un gran apasionado por la música; alternaba sus estudios eclesiásticos y literarios con los de armonía y composición. Viajó por países europeos capacitándose en la reeducación de menores, y fue un gran pedagogo y artista; dirigió zarzuelas y fue un excelente profesor de literatura y español. Su espíritu libre y de artista, le trajo varios choques con muchos de sus hermanos; no fue el típico religioso de su época. Ejerció importantes cargos dentro de la Congregación, como el de consejero general, pero su aporte más grande fue el haber sido uno de los impulsores y redactores de la

primera Ley de los Tribunales Titulares de Menores de España. Fue propuesto como obispo, pero con actitud humilde, declinó y sugirió a su fundador. Mientras estaba en Santa Rita, es obligado, con el resto de los frailes, a salir de su casa, y busca refugio pero es encontrado y asesinado. Fue un gran hombre, un gran fraile, un gran académico, un gran pedagogo y un gran músico, sin embargo, todo fue poco comparado con su entrega generosa, pues fue un gran amigoniano; “fue descubriendo que la verdadera sabiduría no se encuentra en las letras ni en los pentagramas ni en los saberes, sino en la cruz de la propia entrega aceptada con alegría y cargada con humildad y sencillez” (Vives, 1987, p. 53).

El beato Fray León María de Alacuás, T.C., nació el 23 de abril de 1875 en Alacuás (Valencia) y murió el 26 de septiembre de 1936 en Madrid. Ingresó a la Congregación en 1890. Fue un gran pedagogo, enfocándose en la juventud con problemas de conducta. Se distinguió por la generosidad y servicio, valores que practicó siempre con sus hermanos y con su apostolado; era llamado la bicicleta del convento por la rapidez y diligencia con que atendía las necesidades de sus hermanos. Al ser expulsado de Santa Rita, preocupado por sus muchachos, los deja instalados donde bienhechores y luego busca refugio para él, sin embargo, fue localizado, apresado y luego asesinado. “El principal distintivo de la vida de León fue la generosidad con que vivió su dedicación a los niños y jóvenes encomendados a su cuidado” (Vives, 2000a, p. 182).

El beato Fray Francisco Tomás Serer, T.C., nació el 25 de abril de 1911 en Alcalalí (Alicante) y murió el 2 de agosto de 1936 en Madrid. Fue estudiante de los frailes en San José de Godella e ingresó a la Congregación en 1927. Fue un gran educador, fruto de la experiencia y también de lo aprendido en los cursos tomados en distintos países europeos. Vivió totalmente entregado a su trabajo, dedicándose tiempo completo a atender a los jóvenes, inclusive, cuando estaba muy cansado. Pertenece a la comunidad de la Escuela de Santa Rita cuando los frailes fueron expulsados. Sale en busca de quien había sido su superior general cuando ingresó a la Congregación -Fray Bienvenido de Dos Hermanas-; es identificado, denunciado y fusilado al lado de unas tapias. Su hermano sanguíneo, que sale en su búsqueda, recibe la misma suerte. “Todo acto de amor conlleva siempre en su estructura un desvivirse, un desasimiento del propio ser en favor de la persona amada” (Vives, 2000a, p. 191).

El beato Fray Crescencio García Pobo, T.C., nació el 16 de abril de 1903 en Celadas (Teruel) y murió el 7 de octubre de 1936 en Madrid. Ingresó a la Congregación en 1919. Se entregó en cuerpo y alma a su apostolado y vida amigoniana; dedicado a la educación de sus alumnos, caracterizado siempre por su alegría y sencillez, y por colaborar en la reeducación de la juventud, fue llamado “verdadero maestro en el difícil arte de la empatía”. Al desatarse la guerra, es llevado preso con otros frailes, pero a él lo ubican en una celda especial para los más peligrosos, condenados por

ser considerados un riesgo por sus ideas o por su fe, y luego es fusilado. “Se hacía querer por sus alumnos, porque previamente ellos se habían sentido queridos en su individualidad -con sus fortalezas y debilidades- por él” (Vives, 2000a, p. 198).

El beato Fray Timoteo Valero Pérez, T.C., nació el 24 de enero de 1901 en Terriente (Teruel) y murió el 29 de septiembre de 1936 en Madrid. Estudió con los Terciarios Capuchinos en el Asilo San Nicolás de Bari, e ingresó a la Congregación en 1917, motivado por el espíritu de los frailes que actuaban como verdaderos apóstoles. Se destacó por su entrega en el servicio a niños y jóvenes en dificultad, y se caracterizó por hacer de la misericordia su fundamento de vida; acogía a sus jóvenes con problemas de conducta, tendiéndoles una mano amistosa, brindándoles su ayuda, sin recriminarles nada, amándoles hasta el extremo. Muy joven encuentra la muerte tras ser apresado. “Él, que había sido misericordioso con los demás, pasaba así a recibir en plenitud el abrazo misericordioso del Padre que está en los cielos” (Vives, 1987, p. 149).

La beata Carmen García Moyón es la única laica (seglar) de la Familia amigoniana que fue martirizada y beatificada. Nació el 13 de septiembre de 1888 en la ciudad de Nantes, de la región Loira, en Francia, y murió el 30 de enero de 1937 en Torrente (Valencia). Su padre, que era de Segorbe (Castellón), tuvo que emigrar a Francia en 1876, después de la tercera guerra carlista; allí se instaló y conoció a la madre de Carmen, con quien se casó y tuvo cinco hijos, pero luego, cuando la confrontación había apaciguado, regresó a España con su familia. Carmen ingresa al convento de las Terciarias Capuchinas en 1917, y toma el nombre de Sor Esperanza de Nantes, T.C., pero antes de sus votos perpetuos, en 1925, se retira. Fue una gran modista, toda una artista en lo concerniente a la costura. Se instala en Torrente e inicia su relación de cercanía con los Terciarios Capuchinos; atiende la ropería en Monte-Sión, y también la iglesia. Tenía en su casa una modistería en donde confeccionaba ropa por encargo y enseñaba a jóvenes. Ayudaba con la catequesis a los frailes y perteneció a la Pía Unión de San Antonio, cuando se creó la sección femenina. A pesar de haber sido dispersados los frailes del convento, ella siguió confesando su fe católica abiertamente, lo que generó sospechas, y por ello la sacan de su casa, y al no dejarse abusar carnalmente, le prenden fuego; sale corriendo como llama viviente mientras grita por última vez: ¡Viva Cristo Rey!, hasta que cae en el suelo consumida por las llamas. Carmen “fue, no cabe duda, una de esas personas que, a su paso por la vida, van regalando, a diestra y siniestra, y a manos llenas, la bondad que ha ido germinando y creciendo en ellas” (Vives, 2000a, p. 220). Es considerada patrona de los Laicos y Cooperadores Amigonianos, por su ejemplo de vida y entrega al apostolado desde su estado laical.

Fueron tres las beatas terciarias capuchinas incluidas en los 23 Beatos Mártires amigonianos: Sor Rosario de Soano, T.C., Sor Francisca Javier de Rafelbuñol, T.C., y Sor Serafina María de Ochovi, T.C.

La beata Rosario nació en Soano (Cantabria), el 13 de mayo de 1866 y murió el 22 de agosto de 1936 en Masamagrell (Valencia). Fue superiora de varias comunidades locales, luego consejera general y posteriormente superiora general en dos sexenios. Mientras residía en la Casa Noviciado de Masamagrell (Valencia), es expulsada junto con todas las hermanas. Busca un refugio pero es encontrada, y después de muchos insultos es fusilada; antes de esto, entrega en señal de perdón su anillo de consagración a su asesino.

La beata Francisca nació el 24 de mayo de 1901 en Rafelbuñol (Valencia) y murió el 27 de septiembre de 1936 en Masamagrell (Valencia). Prestó sus servicios apostólicos en distintas fraternidades de la Congregación. Cuando le sorprende la contienda, es detenida con un hermano y un tío, que eran sacerdotes, y son asesinados; antes de dispararle, le dice a su asesino: “Que Dios os perdone como yo os perdono”.

La beata Serafina nació el 6 de agosto de 1872 en Pamplona (Navarra) y murió el 22 de agosto en Masamagrell (Valencia). Se recuerda como una religiosa piadosa, formal y responsable; desempeña en varias oportunidades el cargo de consejera general. Las hermanas son expulsadas del convento, y ella es luego apresada, junto con la hermana Rosario, y es ejecutada.

Así, se expusieron los 23 Beatos Mártires amigonianos. De la Congregación de Terciarios Capuchinos son considerados mártires 29 frailes, sin embargo, solo 19 llegaron a los altares siendo declarados beatos. Los otros 10 no alcanzaron tal distinción, porque no fueron abatidos en un contexto estrictamente religioso, es decir, mientras defendían la fe católica; ellos fueron: Fray Bernardino de Alacuás, Fray Tomás Sanz Poveda, Fray Ezequiel Gil y Gil, Fray Francisco Ferrer Molina, Fray Lorenzo de Alquería, Fray Diego de Alacuás, Fray Pascual de Cuacos, Fray Enrique Gómez Tarín, Fray Pedro Gil Sáez, y el novicio Fray Ángel Prado Andrés. “La persecución es señal inequívoca de que los cristianos están identificados con la dinámica del evangelio. Todo el que se propone a vivir como cristiano... acaba siendo perseguido de alguna manera” (Vives, 2000a, pp. 243-244).

5.6 San José

Otro de los modelos espirituales es San José. El nombre de pila del fundador es el mismo de este Patriarca de la Iglesia universal, e incluso, una de las provincias de la Congregación y algunas instituciones amigonianas llevan su nombre. San José es conocido como el santo del silencio, pues en las Escrituras, no se relata ningún diálogo proferido de sus labios, aunque sí se enfatiza en su grandiosa misión como esposo de la Virgen María y padre adoptivo de Jesús. Por la actitud

serena, compasiva, y sobre todo, reflexiva, puede San José escuchar la voz de Dios, que en la Palabra se relata como el envío del Ángel Gabriel en sueños, para convertirse así en instrumento del plan salvífico de Dios con el envío del Ungido.

Por ende, San José no es otro santo más. Después de la Santísima Virgen María, recibe un lugar privilegiado en la Iglesia católica (*protodulía*), como lo retoma el Concilio Vaticano II cuando hace alusión a la Eucaristía, centro del cristianismo; allí se alaba a Dios Uno y Trino, en torno al Cuerpo y Sangre de Cristo, y se hace en comunión con toda la Iglesia, militante y triunfante:

Así, pues, al celebrar el sacrificio eucarístico es cuando mejor nos unimos al culto de la Iglesia celestial, entrando en comunión y venerando la memoria primeramente, de la gloriosa siempre Virgen María, mas también del bienaventurado José, de los bienaventurados Apóstoles, de los mártires y de todos los santos (Pablo VI, 1987a, N° 50).

De esta manera, San José, de oficio artesano y del linaje de David, según el relato del evangelista Mateo, con su vida y testimonio invita a la Iglesia universal, y de manera concreta a los amigonianos, a ser hombres y mujeres de silencio, de contemplación, de oración y de entrega absoluta a la voluntad del Altísimo. Su presencia no se limita solo a un buen ejemplo de vida, sino a un camino concreto de seguimiento y fidelidad, a un modelo de cristiano, que participa de manera activa en la redención del Señor, haciendo coincidir su voluntad con la del Padre. Su figura es una invitación al amigoniano a ser reflexivo, contemplativo y muy profundo en la acción apostólica; no siempre se trata de decir mucho, sino de saber escuchar, atender y comprender.

5.7 Sagrada Familia

La Sagrada Familia de Nazaret es para el padre fundador un pilar que marcará su historia y que llevará a que, preocupándose por los niños y niñas abandonados, funde una congregación femenina que atienda de manera especial esta población; un suceso que marcará decisivamente esta preocupación es el hecho de haberse dejado en las puertas de la iglesia de su convento un niño en una canasta con tan solo un escrito que decía: “«No está bautizado; se le pondrá por nombre Jesús, María, José»” (Amigó, 2007, N° 51).

Por petición de ellas mismas, el padre Luis acepta dirigir el grupo de mujeres que habían sido congregadas por el padre capuchino Fray Ambrosio de Benaguacil, quien como profeta, anteriormente le había dicho a Fray Luis Amigó que sería el encargado de guiar sus monjitas; no duda en darles hábito y unas constituciones, y les encomienda la misión en favor de la niñez abandonada, asignándoles el nombre de Religiosas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia.

El trabajo amigoniano, por ende, es soportado desde y con la familia. Es inconcebible educar y guiar sin contar con el apoyo del núcleo familiar, puesto que es decisivo en el proceso de los niños, adolescentes y jóvenes atendidos. Además, es necesario que los centros amigonianos se conviertan en verdaderos núcleos familiares, de donde se emane el amor y comprensión que enseña la Familia de Nazaret: Jesús, María y José.

Capítulo 6

Génesis de la pedagogía y apostolado amigoniano

La obra pedagógica amigoniana encuentra sus cimientos en una prueba de rigurosidad y amor de unos hombres que sin experiencia, pero con la fe puesta en Dios y la certeza de poder materializar el ideal de un ser soñador, comenzaron a trabajar con dedicación por la igualdad, la caridad y la misericordia de los jóvenes cuyo hostil contexto social, económico y familiar les ofrecía pocas oportunidades. La posibilidad de redireccionar el camino “desviado” por el cual transitaba sin rumbo esta población, comenzó a ser un reto que fue mostrando resultados a través de la praxis, con el fortalecimiento de las virtudes y valores evangélicos en los jóvenes, a partir de la enseñanza de la doctrina cristiana y de saberes teóricos y técnicos; elementos propicios para desempeñar una función digna y honorable en la sociedad.

El laboratorio experimental en donde se formaron los primeros religiosos y educadores amigonianos, fue la Escuela de Reforma de Santa Rita. Los conocimientos pedagógicos o reeducativos con los cuales iniciaron estos pedagogos en potencia fueron, básicamente, los sabios consejos de Fray Luis Amigó, basados en el mensaje evangélico y en las orientaciones promulgadas en las visitas canónicas realizadas por él durante los primeros años de la escuela; lo cual no fue un impedimento para llevar a cabo su misión reeducadora, pues su energía e ideal de una mejor sociedad, prevalecía más que los conceptos teóricos. “Más que competencia pedagógica los primitivos educadores de la Escuela poseían caridad y celo por la salvación de la juventud” (Roca, 1968, p. 215).

En los inicios de la obra amigoniana en Santa Rita, la labor pedagógica se resumía en el cumplimiento de la norma, la promulgación de horarios y actividades y en la enseñanza de la doctrina eclesial y algunos oficios técnicos. Sin embargo, la gran diferencia la marcó el amor desmedido de los frailes, quienes se desbordaban en afecto por los jóvenes; creyeron en ellos, esperaron su cambio y les ayudaron a conseguirlo con herramientas básicas y sencillas como su presencia, sus consejos, su testimonio de vida y su perseverancia. Todos estos elementos permitieron resultados eficaces, visualizados en los cambios conductuales, incluso, en los casos más difíciles.

Es cierto, y hemos de reconocerlo paladinamente, que los primeros religiosos que actuaron en Santa Rita no estaban preparados técnicamente para la tarea reeducativa. Sin embargo, poseían tan elevado espíritu de sacrificio y se habían entregado tan de lleno a su vocación especial que -los resultados hablan con elocuencia- suplieron con creces su deficiencia técnica (Roca, 1968, p. 216).

Esta actividad empírica e incierta practicada por los primeros religiosos en los años iniciales de vida de la Congregación, daría firmeza y constituiría el sistema reeducativo de la naciente comunidad de Terciarios Capuchinos; con los años, y sin pensarlo ni proponérselo, se expandiría a un sistema educativo, ya no solo con un método de corrección sino de prevención. La Escuela de Reforma de Santa Rita en Madrid-España alberga la historia del nacimiento del carisma congregacional; “aquí afloran los primeros elementos pedagógicos, experimentales y técnicos, que conforman la estructura fundamental del sistema amigoniano” (Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos. Comisión encargada de la elaboración del Manual, 1985, N° 31).

De esta forma empieza a consolidarse el modelo pedagógico amigoniano, en el cual aportan inmensurablemente los primeros frailes, como el beato mártir Fray Domingo María de Alboraya, T.C., quien aparecerá referenciado en la historia de la Escuela de Reforma de Santa Rita, y en general, en los primeros años de historia congregacional por su significativo aporte pedagógico. Aunque para ese momento no existía un referente fijo y estructurado, a partir de la experiencia de los primeros religiosos, y poco a poco, con el estudio y formación académica, se consolidará la pedagogía que comenzó siendo bastante conductual y condicionada, con premios y castigos:

Consistían los premios en buenas notas, adquisición de vales (moneda del establecimiento para uso de los alumnos), sitio de honor, cargos de confianza, ascenso en el periodo de corrección, alivio de trabajo, permiso para comunicación oral o escrita, pudiendo también los alumnos ser visitados por su familia los jueves y domingos; paseos extraordinarios fuera de la Escuela, dispensa del reglamento de notas y libertad relativa de acción. Los castigos, en

malas notas, pérdidas de vales, reprensión privada por el jefe de sección o por el P. Director; separación de los puestos de honor y cargos de confianza, aumento de trabajo y retroceso en el periodo de corrección (Roca, 1968, pp. 226-227).

Sin embargo, no todo en el sistema empleado por los religiosos fue correctivo, reeducativo; desde un inicio hubo aportaciones al sistema preventivo, pues se valían de varios medios para que el joven pudiese enmendar el camino, sin necesidad de esperar a la falta para poder corregir. Si por medio de amonestaciones y acciones que ejercían los frailes encargados de las secciones, no se obtenía un resultado, el director se encargaba de amonestar al joven, por medio de otro lenguaje u otras maneras, para hacerle caer en la cuenta de su error.

La preparación teórica y académica fue una base fundamental para la consolidación de la Pedagogía amigoniana, pero ésta no hubiese podido dar buenos resultados sin su naciente praxis experimental, que daba paso a la formación teórica, para así consolidar todo un sistema pedagógico nuevo y propositivo para la época. Testimonio de ello es la entrega y participación de muchos religiosos durante la historia congregacional, entre ellos Fray Bienvenido María de Dos Hermanas, T.C., quien le apostó al desarrollo científico de la pedagogía, y Fray Domingo María de Alboraya, T.C., quien participó y presentó propuestas al Congreso Español y colaboró en la creación y consolidación de la obra de protección y reeducación de menores, la cual tuvo como resultado la promulgación de la Ley de Tribunales Tutelares de Menores en 1918 y la creación del primer Reformatorio de España, en Amurrio, en 1920.

Por la participación activa del padre Domingo en el Congreso Español, a favor de los jóvenes menos favorecidos y despreciados por la sociedad, “fue enviado por el Gobierno español en viaje de estudios especiales, relacionados con la misión reformadora del menor, a Bélgica, Inglaterra, Francia e Italia” (Roca, 1968, p. 342). El hecho abrió más puertas a otros religiosos amigonianos, quienes tuvieron presente el amor por la vocación en el servicio a los “jóvenes descarriados”; se fueron preparando intelectualmente para satisfacer la necesidad apostólica que la problemática social presentaba.

El crecimiento de las vocaciones religiosas y la expansión de la Congregación a distintos países de Europa y América, permitieron consolidar aún más la Pedagogía amigoniana, fundamentada en el Evangelio y en la experiencia de amor misericordioso de Fray Luis Amigó por los jóvenes marginados de las cárceles, pero también desde algunas disciplinas que ayudaron a darle una forma estructurada y sistemática.

Los frailes que trabajaron arduamente por los jóvenes, no solo estrictamente en el campo misional, sino desde la propuesta de nuevas leyes y reformas que favorecieran la misión específica, siguieron apareciendo alrededor del mundo, dándole nombre a la poco conocida Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, hasta ese momento post-

fundacional. En Colombia, cabe resaltar el aporte de Fray Valentín María de Torrente, T.C., quien trae y consolida la Pedagogía amigoniana; también Fray José María Pérez de Alba, T.C., quien participó, por petición del presidente Gustavo Rojas Pinilla, en el programa Secretaría Nacional de Asistencia Social SENDAS, el cual será el germen del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar ICBF. Además, se resalta la labor de Fray Vicente Serer Vicens, T.C., quien con su esfuerzo, dedicación y amor por su vocación al servicio de los jóvenes menos favorecidos, contribuyó y aportó substancialmente a la consolidación del ICBF.

Como estos frailes, también se recuerda a Fray Marco Fidel López Fernández, T.C., fundador de las comunidades terapéuticas en Colombia, entre otros que con su trabajo marcaron historia. En Ecuador, la presencia y trabajo de Fray José Antonio López Lamus, T.C., ha influido en la creación y reforma de las leyes de protección al menor, convirtiéndose en representante del gobierno ante esta problemática en ese país. Y así, muchos otros religiosos -mencionados en el cuarto capítulo de este texto- han participado activamente en la consolidación de la Pedagogía amigoniana y han contribuido, en distintas naciones y en distintos contextos, en pro del joven en dificultad, del joven marginado y olvidado por la sociedad.

La Pedagogía amigoniana, gracias a su historia y cimientos, goza de referentes sólidos que la soportan y fundamentan para ofrecer una educación integral a los muchachos atendidos. “La propuesta amigoniana ha logrado la transversalidad en su concepción teórica y práctica a través de la indudable unidad y transdisciplinariedad de todos sus contenidos para atender de forma integral a los sujetos de su acción” (León, Calderón y Romero, 2010, p. 5).

Además de los Pilares amigonianos conformados por la dimensión espiritual, existen otros referentes definidos desde distintos campos: antropológico, filosófico, teológico, pedagógico, psicológico, sociológico, académico, técnico, jurídico, y demás.

El referente *antropológico* es fundamental en la acción pedagógica amigoniana, pues ante todo, se dirige a la persona en cada una de sus dimensiones, bajo el reconocimiento de sus limitaciones pero también de sus potencialidades, es decir, desde el conocimiento de sus realidades y sus situaciones, su contexto y su entorno, su historia y sus particularidades; se cree y se ocupa de individuos líderes, quienes deben ser capaces de contribuir a todos los ámbitos de la colectividad, como seres sociales que son. En otros términos, se comprende un trabajo desde un “enfoque netamente humanista-cristiano, que concibe al ser humano como un ser integral, sujeto protagonista de su propia vida” (León et al., 2010, p. 7).

El referente *filosófico* está enmarcado en el hecho “de regenerar ética y estéticamente a las personas en relaciones conflictivas, teniendo en cuenta para su recta interpretación: subjetividad, historia, lenguaje, deseos, contexto” (León et al., 2010, p. 9); ello indica un trabajo en pro de que el joven consiga potenciar sus cualidades y, por ende, que sea actor de su existencia y construya su

destino a partir de su propio reconocimiento y el de los otros. En el referente *teológico* aparecen los Pilares amigonianos donde se sustenta la espiritualidad de la Congregación; desde allí se comprende como aspecto fundamental las parábolas de la misericordia que direccionan la acción amigoniana, de acuerdo al aporte que éstas ofrecen. Cristo Buen Pastor invita a que el amigoniano se apropie de “caracteres de la misericordia, sacrificio y servicialidad” (León et al., 2010, p. 46).

En cuanto al referente *pedagógico*, se basa en los aportes de varias escuelas: La *Escuela social*, se dirige hacia la promoción de la calidad de vida de los ciudadanos, con el propósito de prevenir desequilibrios sociales; evita a su vez la desviación social por medio de la aplicación de estrategias de prevención. La *Pedagogía social*, ayuda a la prevención o resocialización de individuos y comunidades, desde un contexto no formal. La *Pedagogía reeducativa*, ofrece un servicio de transformación en los sujetos a partir de acciones socioeducativas, en contextos individuales y sociales. La *Pedagogía terapéutica*, parte de lo pedagógico y se dirige a lo terapéutico, a lo curativo, es decir, busca que el joven o el grupo sea abordado pedagógicamente para que aprenda a manejar sus propios conflictos. La *Pedagogía crítica*, promueve una consciencia crítica, con criterios de autonomía y solidaridad; busca que el sujeto reconozca los problemas en sí mismo y en el entorno, para que pueda dignificar su existencia. Y la *Pedagogía de la presencia*, busca la liberación del joven a partir del acompañamiento del educador, quien además de conocerlo debe observar su contexto, para facilitar cambios profundos en éste.

El referente *psicológico* es muy relevante en la Pedagogía amigoniana, pues con el nacimiento de la Congregación, también la Psicología moderna nació y se desarrollaba, de manera que en los primeros centros se instauraron laboratorios psicológicos en pro de la acción resocializadora. Fueron los Terciarios Capuchinos quienes instauraron en Colombia la psicología experimental en beneficio de la educación; “la pedagogía amigoniana nació y creció con la psicología experimental, desarrolló propuestas resocializadoras propias, y hoy constituye un sistema coherente y eficaz, al menos para una parte importante de la juventud colombiana en dificultad” (León et al., 2010, p. 35).

El referente *sociofamiliar* ha sido indispensable en el desarrollo de la Pedagogía amigoniana pues, atenta a las problemáticas del entorno, ha dado respuesta a las demandas de la misma sociedad con la dignificación de los jóvenes infractores, con miras a su resocialización, para que así puedan éstos participar en la construcción de una mejor sociedad, al mismo tiempo que se previenen otros problemas que puedan suscitarse. La Pedagogía amigoniana toma de las ciencias sociológicas sus avances para responder asertivamente a su apostolado; va en busca de los más débiles, de los menos favorecidos de la sociedad, y vincula a la familia en el proceso del joven atendido; esto, aplicado no solo a centros reeducativos, sino a cualquier escenario en donde se emplee dicha pedagogía.

Otros referentes son el *académico* y el *técnico*. Se parte del presupuesto que la educación es la gran puerta con la que se abre la mente y se disipan la ignorancia y el error. Nelson Mandela decía: “la educación es el arma más poderosa para cambiar el mundo”, de manera que la instrucción académica o técnica que un amigoniano imparte toma los conceptos teóricos y los aterriza para ser materializados en la vida misma; propende por el desarrollo integral del joven y del grupo en general. Asimismo, la formación académica y técnica debe estar acompañada de un desarrollo desde distintas competencias, que permitan que el joven sea productivo y emprendedor, de manera que pueda aportar a su proyecto de vida, a través del trabajo individual, pero también desde el trabajo en equipo; que pueda contribuir a la sociedad, con una postura clara de responsabilidad social.

De la misma manera en que la pedagogía ha evolucionado, muchos otros referentes han ido tomando nuevos matices o se han ido insertando; uno de éstos es el *jurídico*. Los amigonianos, de hecho, han participado en la defensa, colaboración y promulgación de muchas leyes y entidades, en cuanto a la protección y garantía de los derechos de los niños, adolescentes y jóvenes, en distintos países, como España, Colombia, Ecuador y Brasil. Este aporte ha estado iluminado por una visión de justicia que toma sus bases de la Doctrina Social de la Iglesia, y que se apoya tanto en la dignidad de la persona, en la comunidad humana, en el bien común y en la caridad, como en la *justicia restaurativa*. Otros referentes como el de *bienestar* y *salud*, también aplican en la solidificación de esta pedagogía.

Es claro que la Pedagogía amigoniana, llamada de otra manera *Pedagogía de la presencia*, del *acompañamiento* o *del amor*, se alimenta de distintas ciencias, disciplinas y enfoques para llevar a cabo su cometido. No se encapsula en un apostolado en particular, por el contrario, gracias a su magno carisma, puede desarrollarse desde distintos campos, con una opción preferencial por los jóvenes en dificultad. Esto es claro en la misión de la Congregación, en la Provincia San José:

La Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores de la Provincia San José, es una Comunidad clerical, católica y sin ánimo de lucro, que centra su labor fundacional en servir programas Educativos, Reeducativos y Terapéuticos desde la perspectiva de la Pedagogía Amigoniana. En instituciones educativas como Escuelas, Colegios y en la Educación Superior con la Universidad Luis Amigó, en los Centros de Reeducción (con todas las medidas que indica la ley), en Programas de atención en Medio Socio Familiar para prevención y Libertad Asistida, en Comunidades Terapéuticas destinadas a distintos tipos de adicciones y en acciones pastorales en parroquias (León et al., 2010, p. 62).

Su sistema reeducativo propone etapas y niveles de crecimiento (fases y etapas, respectivamente, de acuerdo al Manual Pedagógico), con los cuales se acompaña el proceso de cada joven. La primera etapa es la *Acogida*; se trata de una bienvenida afectuosa y afable al niño o joven, para que inicie un buen proceso. La segunda es el *Tratamiento*, que a su vez comprende tres niveles: *Encauzamiento*, *Afianzamiento* y *Robustecimiento*, en los que el joven, con el acompañamiento de todo el equipo técnico, continúa un proceso basado en distintas disciplinas, enfoques y referentes, como se mencionaba anteriormente; en estos niveles es indispensable la participación de la familia o redes de apoyo. Y finalmente, *Post-institucional*, etapa durante la que se ofrece apoyo al joven egresado y a su familia. Este esquema es pensado para los centros reeducativos, aunque con distintas denominaciones e itinerario permea también a las instituciones educativas; en estas últimas se habla de *Micro-comunidades*, las cuales juegan un papel relevante en la medida en que tienen como fin que los niños, adolescentes y jóvenes, se responsabilicen de su proceso y el de su grupo o micro comunidad.

En las *Micro-comunidades*, cada uno desempeña una función tanto para su propio bienestar integral, como para el del grupo en general. Están conformadas por un rango de 4 a 6 integrantes, con funciones como: coordinador, asesor académico, asesor axiológico o disciplinario, asesor social y asesor técnico o ambiental. Cada uno cumple responsablemente la función designada y cuenta con niveles de crecimiento, de acuerdo al desarrollo y aporte que realice a su proceso y al de su micro; para ello se utiliza la evaluación semanal. En los niveles se considera el Grupo móvil, que es la pérdida de la semana, en proceso ascendente de niveles A y B, con sus respectivos créditos: 1 y 2, hasta llegar al nivel C, que es el reconocimiento máximo por su buen desempeño en las distintas dimensiones. Esta herramienta fue elaborada por Fray Ignacio Calle Ramírez, T.C., y con el correr de los años ha sido profundizada y reinterpretada en cada institución educativa amigoniana.

La Pedagogía amigoniana, en la actualidad, es sólida e intervenida por distintos agentes y actores, quienes aportan desde diversas ciencias, disciplinas y referentes. Es necesario recordar que la Congregación y su misión nacen de una idea espiritual, pero que con el trasegar histórico se fortalece retomando conceptos académicos, políticos y sociales. Es claro así que el ideal de Luis Amigó no se diluye, por el contrario, se engrandece, pues gracias a dichos aportes externos, se ha podido dar una respuesta asertiva a los distintos contextos, dificultades y problemáticas con las que los niños y jóvenes llegan a centros amigonianos.

Es bueno recalcar que todo este entramado científico nace del Evangelio, desde unos fundamentos espirituales, por ende, es imposible concebir la Pedagogía amigoniana alejada de la realidad trascendental del ser humano. La labor educativa, desde cada línea, disciplina o área, debe aportar al crecimiento espiritual de los usuarios, puesto que todos los que colaboran en esta misión son simplemente instrumentos de Dios, que permiten con su talento, saber e inteligencia, “llevar la oveja perdida al Redil del Buen Pastor”, ya sea desde la prevención o desde la corrección.

Capítulo 7

Pastoral en la Iglesia y en el amigonianismo

La construcción del Reino de Dios es tarea importante e indispensable del Cuerpo de Cristo, es decir, de la Iglesia, pues es su razón de ser, pero esta misión no está limitada o dedicada exclusivamente a la jerarquía eclesial, sino que se extiende a todo el Pueblo de Dios. También, las comunidades religiosas, desde su carisma y apostolado, aportan y enriquecen la misión eclesial, en pro de la construcción del Reino de Dios, con el anuncio de la Buena Nueva, en distintos contextos, situaciones, apostolados, carismas y acciones. En consecuencia, dicho anuncio no se limita a la parroquia -a la comunidad de fieles pertenecientes a la misma-, en cabeza del párroco -pastor designado por el obispo para la cura pastoral de la comunidad en la jurisdicción de su parroquia- como único responsable en la enseñanza y guía de la fe de los feligreses; en la misma parroquia existen muchos grupos laicales que colaboran desde distintos ministerios, y así contribuyen al anuncio del Reino, en el camino de fe.

La historia eclesial demuestra que el anuncio de la Buena Nueva se ha dado no solo en un púlpito, sino en distintos ámbitos de acuerdo al contexto histórico. Por ello, es posible ver religiosos y religiosas que anuncian a Cristo tanto con palabras, como con acciones concretas, en hospitales, orfanatos, colegios, universidades, cárceles, centros de misión, centros de pastoral, entre otros. En estos apostolados, más aún después del Concilio Vaticano II, la participación de los seglares ha sido substancial, pues comprometidos, desde su estado, hacen vivo el mensaje de Cristo con la construcción del Reino aquí en la tierra. Con ello se comprende y se verifica que la labor eclesial es del Pueblo de Dios, es decir, de todos los bautizados: clérigos, religiosos y seglares, en donde cada uno aporta a la Iglesia desde su naturaleza y misión.

Porque hay diversidad entre sus miembros, ya según las funciones, pues algunos desempeñan el ministerio sagrado en bien de sus hermanos, ya según la condición y ordenación de vida, pues otros muchos en el estado religioso, al tender a la santidad por un camino más estrecho, estimulan con su ejemplo a los hermanos (Pablo VI, 1987a, N° 13).

San Pablo, en la Escritura, ejemplifica los distintos carismas dentro de la Iglesia, los cuales son dados al Pueblo de Dios para que recibéndolos contribuyan al crecimiento eclesial con el anuncio de la Buena Nueva:

Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común. Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu; a otro, carismas de curaciones, en el único Espíritu; a otro, poder de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversidad de lenguas; a otro, don de interpretarlas. Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad. Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. Así también el cuerpo no se compone de un solo miembro, sino de muchos. Si dijera el pie: «Puesto que no soy mano, yo no soy del cuerpo» ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Y si el oído dijera: «Puesto que no soy ojo, no soy del cuerpo» ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Si todo el cuerpo fuera ojo ¿dónde quedaría el oído? Y si fuera todo oído, ¿dónde el olfato? Ahora bien, Dios puso cada uno de los miembros en el cuerpo según su voluntad. Si todo fuera un solo miembro, ¿dónde quedaría el cuerpo? Por tanto, muchos son los miembros, mas uno el cuerpo. Y no puede el ojo decir a la mano: «¡No te necesito!» Ni la cabeza a los pies: «¡No os necesito!» Más bien los miembros del cuerpo que tenemos por más débiles, son indispensables. Y a los que nos parecen los más viles del cuerpo, los rodeamos de mayor honor. Así a nuestras partes deshonestas las vestimos con mayor honestidad. Pues nuestras partes honestas no lo necesitan. Dios ha formado el cuerpo dando más honor a los miembros que carecían de él, para que no hubiera división alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros. Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo. Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno a su modo. Y así los puso Dios en la Iglesia, primeramente los apóstoles; en segundo lugar los profetas; en tercer lugar los maestros; luego, los milagros; luego, el don de las curaciones, de asistencia,

de gobierno, diversidad de lenguas. ¿Acaso todos son apóstoles? O ¿todos profetas? ¿Todos maestros? ¿Todos con poder de milagros? ¿Todos con carisma de curaciones? ¿Hablan lenguas todos? ¿Interpretan todos? (1 Co 12,4-30 Biblia de Jerusalén, 1998).

Con la ilustración paulina del Cuerpo de Cristo, en donde cada uno participa con lo que es y lo que tiene, se clarifica que dentro de él haya personas que desde ministerios definidos aporten al crecimiento de la Iglesia. Pero dicha concepción no se quedó en el papel, pues desde la Iglesia primitiva, es decir, desde los inicios eclesiales con los apóstoles y sus primeros discípulos, cada uno cumplía una misión particular, y a cada uno o a cada grupo era designada una función, con la cual se contribuía a alimentar el Cuerpo de Cristo. Junto con los apóstoles, que eran la figura de autoridad, colaboraban los presbíteros, los diáconos y todo el Pueblo de Dios, cada uno desde su oficio específico.

Los obispos o episcopos -palabra que significa vigilante, y a los que llamamos comúnmente como “monseñor”- continúan la misión como cabeza de una iglesia local; ellos velan por la salvación de las almas de su diócesis, es decir, de su jurisdicción, como lo hicieron, en su tiempo y en su lenguaje, los apóstoles del Señor. Junto con los obispos colaboran los presbíteros -palabra que significa anciano-, más llamados en la cotidianidad como “padre”, quienes velan por la santificación del Pueblo de Dios, con su enseñanza y guía a las gentes, de acuerdo y en comunión con el obispo. A ambos se unen los diáconos -palabra que significa servidores-; son los que en función de la Iglesia, colaboran de acuerdo con las necesidades de la misma, en comunión con el obispo. Igualmente, todo el Pueblo de Dios, incluidos los religiosos, desde sus funciones particulares, construyen el Reino en comunión con su obispo local, y él, a su vez, en comunión con el obispo de Roma: el papa.

Con el pasar de los años, la Iglesia universal ha transmitido el mensaje de Cristo a través de muchos medios, de acuerdo con el contexto histórico, sumergiéndose en las realidades particulares de cada pueblo y de cada época, con el fin de llevar adelante la Palabra del Señor, como lo hizo el mismo Jesús, quien es la Buena Nueva, y se pone en camino para anunciar, sanar y salvar, como lo hizo en “Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mt 4,23b Biblia de Jerusalén, 1998).

La misión de la Iglesia no está alejada del mundo, por el contrario, está sumida en éste para conocer sus realidades y poder aportarle de manera asertiva y significativa, pero sin dejarse manipular por dichas realidades. Es decir, los bautizados, los cristianos, debemos tener como consigna “estar en el mundo sin ser del mundo”; esto no lleva a un desprecio de lo terreno, más bien infiere una necesidad de conocer y amar la realidad terrenal, para poder así divinizar la humanidad, de la misma manera como Cristo, quien es Dios, se humanizó; “se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo” (Flp 2,7a Biblia de Jerusalén, 1998).

La relación de la Iglesia con el mundo es dialéctica, encontrándose y distanciándose de él. Que el cristiano sea el ciudadano, o que la vocación de su fe apunte a una culminación escatológica de encuentro en comunión con todo lo creado en la casa del Padre gracias a la redención de Cristo, no desemboca en el concepto de identidad, sino en el de misión. Pero el que el cristiano señale su identidad desde el no ser del mundo (como Cristo no era del mundo) evangélico no se identifica con que el cristiano tenga que estar en otro mundo (Ramos, 2006, p. 202).

Aunque la misión de la Iglesia ha sido llevar el mensaje de Cristo, por medio del anuncio del Reino de Dios, consignado en los evangelios, las formas y maneras han sido fluctuantes, así como los enfoques dados a través de la historia, debido a las realidades que ha tenido que vivir. En la Iglesia primitiva es posible ver una Iglesia más itinerante, sencilla y participativa, una Iglesia que sin tanto protocolo y estructura, pero sí desde el testimonio de vida y con la sangre misma, convertía a las personas. La fisionomía pastoral eclesial cambiará de la misma manera en que se modificaron muchos otros aspectos al convertirse en la religión del Imperio; después de ser perseguida y atacada por Diocleciano, pasa a ser defendida por Constantino y finalmente a ser instituida como Iglesia del Imperio por Teodosio:

Pero al cesar la persecución disminuyen el martirio y el testimonio, se dan conversiones masivas y se debilita la misión y el catecumenado. Se erigen nuevos templos y cobra primacía el culto, crece la libertad de los cristianos y aparecen nuevos conflictos con las autoridades. Retrocede la participación del pueblo y cobra predominio el cuerpo sacerdotal. En definitiva, el Estado interviene en la vida de la Iglesia y la Iglesia se convierte en soporte ideológico del Estado (Floristán, 2009, p. 61).

Hasta antes del siglo IV, la imagen de la Iglesia es de esposa y madre, aquélla que cuida a los hijos engendrados en su Palabra y en el Sacramento; esta postura es fundamentada por los Padres y escritores de la antigüedad cristiana como San Ireneo, Tertuliano, San Cipriano, Hipólito Romano, Orígenes, Clemente de Alejandría, entre otros. Después del siglo IV, al convertirse el cristianismo en la religión del Imperio, la acción pastoral estará enmarcada desde la apologética, en la lucha contra las nacientes herejías, en amparo del *depositum fidei*. Por ende, en los siglos posteriores, la labor misional y kerigmática será dirigida exclusivamente y con mucho recelo por la jerarquía eclesial, desde donde se acentúa su carácter magisterial como depositaria de la fe, en defensa de la doctrina que le había sido confiada.

Esta imagen clerical y vertical se acentuará, aún más, hacia la Edad Media, por las herejías que continuaban emergiendo, sin embargo, como consecuencia de muchos desenfrenos de algunos miembros de la jerarquía eclesial, y pese a los esfuerzos de la Iglesia por controlar la autoridad y potestad que por naturaleza tenía, surge el segundo gran cisma -el primero sucedió en 1054 con

la división de la Iglesia ortodoxa-, que inicia en el año 1517 con Martín Lutero, quien pondrá en duda la Tradición como Palabra de Dios, algunos sacramentos y otras concepciones doctrinales y morales. Lutero, quien había sido sacerdote católico de la Orden de San Agustín, con sus posturas literales de la Escritura, inicia el cisma, que luego proliferará con otros reformadores, como Ulrico Zuinglio, Juan Calvino, Menno Simons, entre otros; la Reforma protestante es una respuesta a la realidad eclesial, bastante cruda, en la que miembros de la jerarquía de la Iglesia, encargados de anunciar el tiempo de liberación y salvación, se habían acomodado en la cúspide de la pirámide social y económica de la época.

Frente a la postura reformadora protestante, en cuanto a la negación del Orden sagrado, la Iglesia católica se vuelve más celosa; enfatiza en su naturaleza de madre y maestra, pues pretende conservar la sacra doctrina cristiana que el Señor le había confiado desde el cimiento de los apóstoles, y que veía resquebrajada por las múltiples reformas que comienzan a suscitarse tras el cisma con Lutero. Pero este hecho y muchos otros no pueden entenderse alejados de su contexto histórico; sería bastante irresponsable pensar en personas buenas y antagonistas dentro de la historia; afirmar que la Iglesia es buena y Lutero es malo, o viceversa, sería simplemente pasar por alto las circunstancias, sería un acto bastante insensato y necio. Por ello, es necesario comprender que “un texto sin contexto, es el mayor pretexto para no entender el texto”, es decir, la historia debe ser profundizada de acuerdo con lo circundante para poder ser interpretada.

A pesar de los escenarios de rompimientos y cambios, la Iglesia, por acción del Espíritu Santo, se reivindica con la humanidad al atender sus necesidades y comprender sus realidades. Hasta antes de la Reforma protestante y después de haber experimentado un primer cisma con Oriente en 1054, la Iglesia vislumbra su misión pastoral en cuanto institución encargada de ordenar y regir el mundo de acuerdo con las leyes de Cristo, pero mancomunadamente con el gobierno: la Iglesia católica con el Imperio Romano y la Iglesia de oriente u ortodoxa con el Imperio de Bizancio. De hecho, la cristiandad de aquella época preluterana “es entendida y vivida a la vez como realidad eclesiológica y política” (Floristán, 2009, p. 64).

Después de Lutero, la Iglesia será sacudida fuertemente; tuvo que repensarse, enmendar muchos errores y corroborar, a su vez, la doctrina que desde los inicios del cristianismo fue predicada por los apóstoles. Como respuesta a dicha reforma, la Iglesia propone la contrarreforma con el Concilio de Trento, celebrado entre 1545 a 1563, cuya propuesta pastoral proyecta una imagen jerárquica como instrumento de salvación. El concilio buscó la renovación del pueblo cristiano con respecto a la fe; aconsejó prudencia en la lectura de la Biblia, pues está llena de signos y simbología que la hacen imposible de comprender en sentido literal; además, propuso una orientación a la religiosidad popular con una buena catequesis, con la unificación de costumbres

y ritos litúrgicos por medio de manuales y libros; esto, amparaba la unidad. Siguió haciendo énfasis en la misión y el anuncio a más pueblos para que se conviertan a la fe católica, de manera especial en América, donde llegó con la misma colonización española.

Siglos posteriores a la contrarreforma, la Iglesia acentuará su carácter pastoral en la moral. La Iglesia centra su contenido en una pedagogía más bien alejada de la misma Escritura, con una catequesis neoescolástica preocupada por la instrucción más que por la experiencia, con una lectura cristiana alejada de la realidad pero enfocada en la doctrina, en el credo, en los postulados de fe. En ese momento histórico, es posible leer a la Iglesia preocupada por seguir cristianizando el pueblo, con la utilización de un método más ritualista y manualístico.

Para el siglo XX, con el impulso teológico protestante, con los nuevos grupos evangélicos que tomarán una fuerza inmensurable y con hechos crueles como lo fueron las dos guerras mundiales, la Iglesia, muy arcaica para la época, realiza un *aggiornamento* para responder a las necesidades que la sociedad vivía. Después de algunos años de intentos, la Iglesia regresa a las fuentes, profundiza en la experiencia cristológica de los evangelios, ahonda en estudios teológicos desde otras miradas y se repiensa en la misión. Se suscitarán movimientos bíblicos y litúrgicos, catequesis y predicación de la Palabra de Dios de distintos modos y en diversos contextos, tomará fuerza el apostolado de los seglares y la espiritualidad matrimonial, y profundizará en el campo social; todo ello le permitirá que realice un cambio en su manera de ver el mundo, con el Concilio Vaticano II, celebrado entre 1962 a 1965, siendo recordado como uno de los concilios más relevantes de la cristiandad, y hasta la actualidad, el último de los 21 concilios ecuménicos.

“Todos estos movimientos de renovación, desarrollados desde finales del siglos XIX hasta el Vaticano II, influyen notablemente en el sentido pastoral que el papa Juan XXIII imprimió al Concilio” (Floristán, 2009, p. 79); acepta la lengua vernácula para la celebración litúrgica, es decir, el idioma de cada nación en lugar del latín. También dará apertura al diálogo con la modernidad y, sobre todo, será más consciente de su labor ecuménica, con un trabajo constante en la misión evangelizadora, dejándose aportar por otras ciencias y disciplinas, así también, por otras iglesias y religiones. Se preocupará de manera consciente por las situaciones adversas que la humanidad afronta.

El gozo y la esperanza, la angustia y la tristeza de los hombres de nuestros días, sobre todo de los pobres y toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo, y nada hay de verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón (Pablo VI, 1987b, N° 1).

El Concilio Vaticano II permeará la realidad eclesial hasta la actualidad al permitir otras miradas; enfatiza en la pastoral como algo esencial dentro de la vida eclesial, suscita nuevas formas de llevar el mensaje de Cristo, y permite el diálogo con otras confesiones y credos religiosos. Sin

perder su norte y su identidad, la Iglesia propone que los cristianos, inmersos en el mundo, con su fe sólida en Cristo conozcan y dialoguen, se interpeleen y puedan también interpelar distintas realidades, como semillas de Cristo entre las gentes.

Y ya que la Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano, insistiendo en el ejemplo de los concilios anteriores, se propone declarar con mayor precisión a sus fieles y a todo el mundo su naturaleza y su misión universal. Las condiciones de estos tiempos añaden a este deber de la Iglesia una mayor urgencia para que todos los hombres, unidos hoy más íntimamente por toda clase de relaciones sociales, técnicas y culturales, consigan también la plena unidad en Cristo (Pablo VI, 1987a, N° 1).

Pero con el Vaticano II no se llega a una cúspide en la acción pastoral, por el contrario, a partir de este concilio, la Iglesia es cada vez más consciente de su labor renovadora; transformación que inicia desde dentro para que en el repensar de su acción, pueda responder con asertividad a las problemáticas del mundo. “La ‘pastoral’ requiere, en suma, un redescubrimiento continuo, pues vive en una tensión entre los proyectos concretos y la misión divina recibida” (Pellitero, 2006, p. 96). Todo esto influye, y fue necesario, para que hoy en día en la Iglesia católica tengamos una acción pastoral más viva y real, por medio de la escucha a las necesidades humanas actuales, para llevar así el mensaje de Cristo pero de acuerdo al contexto, al lenguaje y a las realidades de cada comunidad y de cada nación; con ello se permite que en la misión participen de manera directa los seglares, que son también Pueblo de Dios, en comunión y bajo la orientación de los pastores.

A los laicos, hombres y mujeres, en razón de su condición y misión, les corresponden ciertas particularidades cuyos fundamentos, por las especiales circunstancias de nuestro tiempo, hay que considerar más profundamente. Los sagrados pastores conocen muy bien la importancia de la contribución de los laicos al bien de toda la Iglesia (Pablo VI, 1987a, N° 30).

Es por eso que la Iglesia, por medio del concilio, no se ensimisma en temas dogmáticos, sino que se preocupa por la universalidad, por las problemáticas y las necesidades actuales; profundiza en el hombre, en el ser, desde todas sus dimensiones, finitas y trascendentes; se inquieta por el desarrollo humano, el trabajo, la familia, las relaciones con otras confesiones religiosas, la paz, la relación con los ateos, y su vínculo con los medios de comunicación, con los artistas, con el mundo en general.

La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser “el sacramento universal de salvación”, obedeciendo el mandato de su Fundador (Cfr. Mc 16, 16), por exigencias íntimas de su catolicidad, se esfuerza en anunciar el Evangelio a todos los hombres. Porque los apóstoles mismos, en quienes está fundada la Iglesia, siguiendo las huellas de Cristo “predicaron

la palabra de la verdad y engendraron las Iglesias”. Obligación de sus sucesores es dar perennidad a esta obra para que “la palabra de Dios sea difundida y glorificada” (2Tes 3, 1), y se anuncie y establezca el reino de Dios en toda la tierra (Pablo VI, 1987c, N° 1).

La misión de la Iglesia ya no será una atención de cristianos para cristianos, sino un acto de amor que se desborda para toda la humanidad y que cobija a todos aquellos que, libremente, quieran dejarse arropar por una madre que es a la vez hija, y de una maestra que es a la vez discípula.

Sin embargo, es necesario recalcar que la misión o acción pastoral está basada y cimentada en Cristo y su anuncio, es decir, no se trata de un mero activismo, una acción descristianizada con actos filantrópicos, pues ante todo, se predica el Evangelio, el amor del Señor, el amor *Ágape* del cual habla san Juan; no es un mensaje de liberación marxista o altruismo. La pastoral debe ser entendida como un acto de envío desde dos perspectivas “el acto de enviar y el contenido del envío o, si se prefiere, la relación entre el que envía y el enviado” (Floristán, 2009, p. 337). Es por ende, una acción ligada a la contemplación, a ejemplo de Santo Domingo de Guzmán que “hablaba con Dios y de Dios”, o como Fray Luis Amigó, que pasaba un lapso considerable frente al crucifijo -al cual llamaba “el quitapenas”-; con la oración y contemplación, tomaba las fuerzas necesarias para desempeñar su labor apostólica. Pero el mayor ejemplo ha sido y será Jesús, quien, según nos dicen los evangelios, antes de comenzar a predicar en Galilea, fue al desierto durante cuarenta días a orar y ayunar.

En cuanto a la acción pastoral dentro de la Congregación de Terciarios Capuchinos, ha presentado también distintos enfoques. Si bien, la Congregación nace para atender a los jóvenes “desviados del camino de la verdad y del bien” en cárceles y reclusorios, su pastoral no se limitó a este campo, sino que de acuerdo con la misma problemática que en la sociedad se suscitaba, respondió con responsabilidad y vitalidad, desde otros campos, para contribuir desde su quehacer a la construcción del Reino en la atención de jóvenes en dificultad, no solo con la corrección, sino también con la prevención.

Hoy en día, hablar de reeducación como un todo es ambiguo, pues es un término bastante amplio, en el que aparecen diversas modalidades de acuerdo con cada nación. Por ejemplo, en Colombia, los Terciarios Capuchinos ejercen su apostolado reeducativo con el ICBF, con la atención a niños, niñas, adolescentes y jóvenes, en vulneración de derechos con medidas como: intervención de apoyo - apoyo psicosocial, y mayores de 14 años, vinculados al sistema de responsabilidad penal, con medidas como: centro de emergencia, intervención de apoyo restablecimiento en administración de justicia, semicerrado externado, externado media jornada, externado jornada completa, libertad vigilada o asistida, prestación de servicios a la comunidad, internado con sancionados e internado por restablecimiento de derechos, y privativos de la libertad

como centro de atención especializado CAE y centro de internamiento preventivo CIP, y el apoyo post-institucional; todas con intervenciones individuales y grupales desde el área sociofamiliar, psicológica y pedagógica, el apoyo de las familias o redes de apoyo y participación activa del área de pastoral; además, en los internados se suma el área académica, formación laboral, terapéutica y de salud.

Desde la acción preventiva, la Congregación expandió su carisma mediante la creación de colegios e instituciones educativas, y de centros técnicos y universidad para la formación humana y cristiana de profesionales comprometidos con la sociedad. También ahondó en su labor misionera mediante la evangelización encarnada en la realidad con la participación en parroquias y centros de misión. Pero, sobre todo, un gran paso que han dado los Terciarios Capuchinos es la vinculación de los seculares en su carisma y misión, pues ellos, desde su profesión, saber, conocimiento, entrega, servicio y vocación, han fortalecido y expandido el legado de Fray Luis Amigó; han sido instrumentos de Dios en la construcción del Reino.

Capítulo 8

Perfil del amigoniano en su misión evangelizadora, pastoral y pedagógica

En la amplitud de su historia, la educación ha presentado distintos enfoques, líneas y matices, para responder a una necesidad o intención particular mediante maneras de formar seres que sean útiles a la sociedad de la época. Desde los inicios de la Edad Antigua, incluso desde las mismas comunidades primitivas, cuando el hombre deja de ser nómada y se convierte en sedentario con prácticas como la pesca, caza, agricultura y recolección de alimentos, emerge la educación, aunque es con culturas milenarias como la china, la india, la hebrea o la egipcia, en donde se registran prácticas educativas como tal; sin embargo, en occidente es más conocida la educación de la cultura helenista, que permeó el Imperio romano, y que hasta nuestros días tiene eco.

La cultura griega cimentó bases académicas que se expandirían y tendrían resonancia a través de los siglos; enfatizaba en la formación del cuerpo y del alma, de ahí que el maestro formara al ciudadano en lo moral y espiritual al servicio de la *polis*. Tendrá un auge tal que, tras las conquistas de Alejandro Magno, impregnará la cultura helenista en todo el Imperio romano. Aunque la educación era ofrecida principalmente a las élites, distintos grupos sociales, de acuerdo con su nivel, también tenían acceso a ésta, con excepción de mujeres y esclavos quienes no eran considerados ciudadanos. “Fue la época en la que floreció la filosofía, la arquitectura, la escultura y las artes; fueron los años de Sócrates, Platón, Aristóteles y Fidias” (Salas, 2012, p. 37).

De otro lado, en la cultura romana surge uno de los grandes padres y precursores de la educación recordado en la humanidad, Cicerón, quien propone la *humanitas* inspirada en la *paidea* griega -proceso de crianza de los niños con instrucción en valores y saberes técnicos- y defiende la educación como el mejor camino para que el hombre llegue al *homo humanus*, es decir, para que alcance la plenitud de su humanidad.

Siglos posteriores, con la llegada del cristianismo, la Iglesia realiza grandes aportes a la educación, de manera especial, en la Edad Media. Antes de las Escuelas catedralicias -conocimiento que se impartía desde las grandes catedrales-, se habían creado las Escuelas monásticas -centros de conocimiento alrededor de los monasterios- y otras escuelas municipales. El conocimiento era centralizado en las siete artes liberales, divididas en dos grandes grupos; el primero, el *trivium* -palabra latina que significa tres vías- abordaba la gramática, dialéctica y retórica; y el segundo, el *quadrivium* -palabra latina que significa cuatro vías- incluía la aritmética, geometría, astronomía y música. Aparecerán grandes maestros de la época escolástica como Pedro Abelardo, San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura, quienes tendrán incidencia en la formación y consolidación de las primeras universidades. Hacia el siglo XV se reconoce el aporte al sistema educativo por parte Erasmo de Rotterdam.

Al llegar el Renacimiento, y con éste el inicio de la Edad Moderna, se da un giro en la educación al poner la mirada en los clásicos griegos y romanos; se ahonda en el arte, se profundiza en las ciencias, tanto humanas como naturales, y se realiza un cambio al antropocentrismo. Ejercerán gran influencia filósofos como René Descartes, John Locke y Francis Bacon. Hacia el siglo XVIII surgen nuevos aportes a la educación, con la incidencia de Jean-Jacques Rousseau quien decía que los niños deben ser tratados como tal y no como adultos en miniatura; por medio de algunos de sus seguidores como Johann Pestalozzi, se influenciará el sistema educativo en todos los continentes.

La pedagogía -disciplina que estudia la educación- ha realizado grandes avances de la mano de otras ciencias y disciplinas, como la psicología, gracias a aportes como los realizados por Jean Piaget, estudioso que clasificó las etapas de desarrollo psicológico del infante para conocer su nivel de aprehensión; y de Lev Vygotsky quien planteó la zona de desarrollo próximo. Desde esa época y hasta la actualidad, se siguen planteando nuevos modelos educativos como los de María Montessori, John Dewey, entre otros.

Así, en los últimos años se han establecido modelos pedagógicos -aunque algunos autores prefieren llamarlos enfoques o teorías del aprendizaje-, cada uno con un propósito particular de acuerdo con la necesidad del momento o requerimiento propuesto por su autor. Entre los principales, se recuerdan el modelo *Tradicional*, en el cual el educador es el que instruye con la transmisión de conceptos dados por él; en el *Romántico* o *Experiencial*, el educador será auxiliar en el proceso de desarrollo del aprendiz en un ambiente flexible; en el *Conductista*, el educador

modela la conducta del educando por medio de instrucciones con un mecanismo de estímulo-respuesta; y el *Desarrollista* o *Cognoscitivista*, en el que el educador es un facilitador que genera un ambiente estimulante para que el educando acceda progresivamente al conocimiento, y pueda construir sus propios contenidos de aprendizaje; en este último se desarrolla el modelo *Socialista*, con un educador que propicia el desarrollo multifacético de las capacidades de los estudiantes en cuanto a individuo miembro activo de una sociedad; y el *Constructivista*, en donde el educador se presenta como un acompañante o simplemente un guía del aprendizaje, en la misma escala con el estudiante, para permitir que éste construya de manera progresiva el conocimiento.

Cada modelo pedagógico responde a un contexto específico, sin embargo, ninguno es totalmente asertivo u obsoleto; sería imposible pensar en uno mejor que otro, por determinados resultados hallados en determinada población. “El problema esencial de toda educación es resolver el interrogante en torno al tipo de hombre y de sociedad que se quiere contribuir a formar” (De Zubiría, 2006, p. 39). De manera que cada modelo o teoría de aprendizaje ha servido y sirve, de acuerdo con el problema y necesidad inmediata. Todo gira en torno al cuestionamiento que el hombre se plantea o que quiera desarrollar, pero sobre todo, depende de la finalidad que se quiera lograr, pues la población de cada región será distinta, la necesidad del ente educador es específica, las condiciones de los aprendices serán diversas y las necesidades y generalidades siempre serán fluctuantes.

Actualmente, el panorama de la educación es incierto. Por un lado persisten muchas resistencias de una educación tradicional, por otro, existen muchas corrientes aparentemente novedosas pero poco consistentes. A pesar de ello, la educación y los ideales educativos son finalmente un reflejo de la sociedad, que al estar en constante cambio, genera un cambio constante en la educación (Salas, 2012, p. 126).

Cada modelo pedagógico naciente propone algo novedoso; abarca paradigmas distintos, de acuerdo al contexto que la humanidad irá abrazando. Por ello es necesario ubicarse en el modelo suscitado en la actualidad, pues sería retrógrado pensar en emplear la misma teoría aplicada en el pasado, sin querer decir, que lo implementado en la antigüedad perdió absoluta validez.

El constructivismo representa la posición más desarrollada y sustentada de las Vanguardias pedagógicas en la naciente sociedad del conocimiento. Expresa la concepción dominante de la pedagogía y sicología en el mundo contemporáneo y debido a ello, los principales psicólogos educativos y los más importantes pedagogos lo han acogido como el enfoque más prometedor en el ámbito pedagógico, el cual se presupone que permitirá abordar de la mejor manera los retos de la educación futura (De Zubiría, 2001, p. 163).

La Pedagogía amigoniana, como la educación en general, ha tenido distintos matices, y ha adoptado diversos modelos. En un inicio, los primeros frailes en la Escuela de Santa Rita de Madrid-España, sin mucha preparación intelectual ni técnica, proporcionaron bases firmes para el desarrollo pedagógico a partir de una experiencia religiosa y de un amor inmensurable por su misión en la reeducación de “jóvenes apartados del camino de la verdad y del bien”; estas bases fueron las exhortaciones de las visitas canónicas del padre fundador. Así, con el nacimiento de la Congregación, nacía la pedagogía.

El sistema amigoniano en su evolución ha sopesado las tres etapas clásicas del desarrollo de la educación:

- » el pedagogismo, influencia insistente de leyes, normas y consejos para que el alumno sepa estar en la sociedad establecida;
- » el psicologismo, estudio y análisis del individuo como sujeto único y aislado de terapia;
- » el sociologismo, atención excesiva al medio social como elemento resolutorio de los problemas del individuo (Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos. Comisión encargada de la elaboración del Manual, 1985, N° 25).

La Pedagogía amigoniana no es un modelo único; por el contrario, está basada en distintos referentes y disciplinas, como se mencionaba en el sexto capítulo. En el génesis de esta pedagogía podemos ver indicios de tradicionalismo y conductismo, pero con el transcurrir del tiempo, es posible ver la influencia del desarrollismo y constructivismo, con elementos del modelo socialista, los cuales han permitido que se desarrolle óptimamente bajo una premisa espiritual -matriz de todo el entramado pedagógico-, en respuesta a necesidades particulares de las distintas poblaciones atendidas en diversos países, regiones y circunstancias.

No hay un instructivo o manual que indique qué debe hacer o cómo debe ser un educador amigoniano, un colaborador en la misión de la Congregación, pues la acción que éste ejerce no es cuantificable, no parte de un paradigma positivista que permita una medición y obtener resultados estadísticos, dado que ante todo se atienden sujetos, no objetos.

Pues bien, la educación es tarea de sujetos y su meta es formar también sujetos, no objetos ni mecanismos de precisión: de ahí que venga sellada por un fuerte componente histórico-subjetivo, tanto en quien la imparte como en quien la recibe (Savater, 1997, p. 145).

El proceso formativo en las instituciones amigonianas estará enmarcado por los presupuestos en que se soporta el carisma congregacional, pero jamás podrá ser rígido e inflexible; coartaría la función libre de quien educa y negaría la dinámica natural de los niños y jóvenes atendidos.

Los métodos utilizados en la Pedagogía amigoniana serán puestos al servicio del proceso de cada muchacho, pero no podrán ser unos limitantes, pues la labor educativa, como se entiende en la actualidad, debe ser siempre libre y dinámica, facilitadora y no coercitiva. “En educación, y más en reeducación, no se pueden absolutizar ni los métodos, ni los medios, ni los resultados; no hay leyes mecánicas que regulen la educación del hombre, ser dotado de libertad” (Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos. Comisión encargada de la elaboración del Manual, 1985, N° 256). Además, los resultados jamás podrán esperarse de manera inmediata, pues en el mismo dinamismo de la Pedagogía amigoniana se reconoce un proceso gradual y pausado, participativo y dinámico, aunque en ocasiones, éstos pueden darse *ipso facto*.

Esta misión entre los jóvenes no comporta ordinariamente resultados inmediatos, ni éxitos espectaculares, ni prestigio social, pues la semilla que se deposita en el campo de la desadaptación crece lentamente y produce los frutos a largo plazo; no faltan sorpresas por brillantes resultados ni desazones por aparentes fracasos. La acción educadora, amplia y generosa, siempre deja huella en el corazón del alumno; aunque nada más fuera «un vaso de agua», una palabra de aliento, una sonrisa de aprobación, encontrará en él respuesta satisfactoria (Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos. Comisión encargada de la elaboración del Manual, 1985, N° 254).

El rol del educador o colaborador bajo el Carisma amigoniano es primordial en la misión educativa, pues éste debe sentir un amor tan fuerte que trascienda las barreras del prejuicio y de las dificultades que el mismo día a día le presente. Por ello, el amigoniano debe sentirse llamado desde su interior, debe tener una motivación desde el corazón que le lleve no solamente a desempeñar una labor, sino a entregarse plenamente a la misión, que no es otra que ser zagal del Buen Pastor, es decir, debe sentir la vocación a la vida amigoniana.

Fray Valentín de Torrente, T.C., decía: “quien no sienta latir en su corazón el amor, la compasión hacia los jóvenes en dificultad, ése no tiene vocación para dedicarse a ellos”. El amigoniano no es un hombre o mujer contratado para desempeñar una función, es un ser humano que convencido de su vocación al servicio de la juventud más necesitada, bajo los parámetros y carisma de la Congregación, se entrega, se ofrece, se hace instrumento en beneficio de los muchachos que atiende, a los cuales no verá como simples usuarios ajenos a su realidad, sino como destinatarios de su acción apostólica, y a los cuales no solamente enseñará un saber, sino que educará para la vida.

El amigoniano jamás podrá tomar al muchacho alejado de su entorno, de su familia, de su realidad, de su historia, de su memoria. Cada persona es un mundo distinto, con aciertos y desaciertos, con logros y deficiencias, con cualidades y errores, con luces y sombras, con gracia y pecado. Por ello, al llegar a un grupo, deberá tener presente que no se encuentra frente a una

masa, sino a un grupo de individuos heterogéneos, con realidades particulares, que podrán relacionarse o distar, pero jamás podrán ser iguales, pues sus familias, sus contextos y su historia habrán permeado su personalidad y su realidad. Si bien es cierto que al amigoniano no le debe importar el pasado de los muchachos que están puestos a su cuidado, sí lo debe conocer, pues cada ser humano es una biografía, resultado de acontecimientos y situaciones que le han marcado y le han permitido, para bien o para mal, ser lo que es, y a partir de allí, poder construir lo que podrá llegar a ser.

Gracias al pensamiento somos animales con biografía. Las vivencias de las cuales el yo es resultado, aunque como realidades representativas, forman parte de nuestra memoria individual. Son memoria, realidades re-presentadas. Somos el único animal con este don. Las otras especies -hasta donde se conoce hoy por hoy- están condenadas a un presente absoluto. Su vida discurre en el instante, se consumen en la sucesión de instantes.

Para la especie humana en cambio, lo que dejó de existir continúa siendo de otra manera, de una manera representativa. El pensamiento permite devolver el tiempo, ir hacia atrás. Recuperar el tiempo perdido. El pensamiento es un barco espacial y temporal; no navega en el agua sino en el tiempo y en el espacio (De Zubiría y De Zubiría, 1998, p. 10).

El trabajo mancomunado con la familia será vital, pues ésta es la primera escuela de formación; su participación en el proceso formativo será garante de óptimos resultados. Además, la profundización en la historia personal, familiar y social del joven atendido, permitirá descubrir vacíos y limitaciones, pero también, oportunidades de crecimiento en todas sus dimensiones. Asimismo, el acompañamiento del educador deberá ser pleno y constante; Fray Domingo de Alboraya, T.C., decía: “comemos, pues con nuestros alumnos, con ellos trabajamos, nos solazamos y jugamos; les respondemos cariñosamente y sin reservas y establecemos con ellos una mutua relación de estima y afecto” (Vives, 2000a, p. 168).

En la misión amigoniana se deberá tener presente, en cualquiera de sus apostolados, educación o reeducación, que Fray Luis Amigó buscó atender y evangelizar a los jóvenes con más dificultades, carentes de lo básico. Por ende, la misión específica con la cual trabaja un amigoniano, en cualquiera de sus contextos, es con los niños que tienen vacíos afectivos y que no han recibido formación sólida en valores y normas sociales; adolescentes con problemas de inestabilidad, conflictos, e ignorancia, y jóvenes complicados, marginados por algún motivo, aislados, infractores y pretensivos; es decir, se trabaja con una población que ha sido fruto “de un mundo y de un ambiente egoísta, indiferente, depauperado, opresor” (Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos. Comisión encargada de la elaboración del Manual, 1985, N° 69), la cual pide, a veces con voces, a veces con actitudes y a veces con silencio, ser vista, reconocida, amada y dignificada, pues “un niño, un adolescente, un joven en dificultad, es un reclamo de amor”, postulado congregacional dado por Fray José Antonio López Lamus, T.C.

El amigoniano debe ser una persona que ama y le apasiona lo que hace; jamás podrá ser un conformista con su labor. Se convierte en referente y guía para los muchachos, pues ejerce influencia en su proceso formativo. “Es el educador el centro de la vida del grupo; y el alumno, la razón de ser del educador” (Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos. Comisión encargada de la elaboración del Manual, 1985, N° 274). Por ende, el amigoniano, con plena consciencia e imparcialidad, debe tratar a todos los muchachos por igual; debe evitar las preferencias o los rechazos, y debe procurar una conexión armónica entre cerebro y corazón, es decir, pensar con misericordia y sentir con sensatez. “Para el verdadero educador no existe el muchacho difícil”, decía Fray Valentín de Torrente, T.C.

El colaborador amigoniano es un fiel convencido de que Dios es el motor que mueve la humanidad, que transforma, que renueva, que hace “nuevas todas las cosas”. Los seres humanos somos simplemente instrumentos con los cuales Dios regenera el mundo. La acción del hombre frente a la acción de Dios debe ser siempre de recepción, de escucha, de anonadamiento, de entrega a su divina voluntad. En otras palabras, la tarea del ser humano, y particularmente del amigoniano, debe ser entrar en sintonía con su dimensión trascendental para que Dios transforme desde dentro. Esta acción que implica un repensarse, un reevaluarse, con miras a la perfección de acuerdo con el mensaje evangélico -es decir, alejar las actitudes que desdican el proyecto divino-, es llamada conversión o reeducación, la cual no se limita a los muchachos; todos debemos ponernos en camino, como lo hizo María que “se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá” (Lc 1,39b Biblia de Jerusalén, 1998) para visitar y servir a su pariente Isabel que se encontraba en el sexto mes de embarazo.

De esta manera, todos debemos estar en constante discernimiento; debemos buscar la conversión de nuestras vidas, con la revisión y modificación de conductas, para permitir que Dios transforme nuestra existencia. “La conversión es un camino pedagógico. Hoy en día, en vez de la palabra conversión, muy usada por la primera tradición amigoniana, se suele utilizar la palabra reeducación para expresar el mismo concepto” (Vives, 1997, pp. 7-8). Todo esto es una necesidad de profundizar en los valores cristianos, retomados por la línea amigoniana, que se materializan en actitudes como la entrega, el servicio y la solidaridad, y se ejemplifican en el amor exigente que se ofrece en la formación a los muchachos, es decir, aquellos niños y jóvenes con realidades dispares y complejas que llegan a los centros en busca no solo de conocimiento, sino de una palabra de aliento, de una resignificación de sus vidas.

El educador amigoniano busca y acoge a niños y jóvenes pobres psíquica, afectiva y económicamente; marginados con muy acusados sentimientos de agresividad y rebeldía; infractores que han pasado a la acción impelidos por factores de compleja valoración y no

fácil diagnóstico; con ellos comparte su vida difundiendo alegría y optimismo, consciente de que su labor educativa parte de esas endeble realidades (Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos. Comisión encargada de la elaboración del Manual, 1985, N° 252).

Entre los valores amigonianos como la solidaridad, responsabilidad, honestidad, tolerancia, transparencia, trascendencia, amor exigente, aparecen unos valores o aspectos en los cuales el educador amigoniano, y con él, todos los que colaboran en esta misión congregacional, deben vivir. Básicamente, éstos pueden ser resumidos en *identidad*, *carisma*, *coherencia* y *aplicabilidad*.

Es necesario que el amigoniano adopte la misión de los Terciarios Capuchinos, a partir del conocimiento de la pedagogía, génesis, fundamentos y acción apostólica amigoniana, es decir, es necesario que parta de una *identidad*, la cual debe ser cada vez más sólida. Debe encarnar las actitudes de un verdadero zagal, como lo pide Fray Luis Amigó, siendo consciente de su participación en la construcción de un mejor futuro a través de su desempeño en un saber específico, pero guiado siempre por los lineamientos de la Congregación y el espíritu que en ésta se suscita, pues existen muchos centros educativos y reeducativos, de formación y atención a jóvenes y familias, y también muchas comunidades religiosas que llevan el mensaje de Cristo de una manera similar a la amigoniana, e incluso grupos seculares, pero es el conocimiento y profundidad en este carisma, único dentro de la Iglesia, el que permite que se actúe de manera propia, distinta y asertiva, en consonancia con el legado que hereda el padre fundador.

Otro aspecto es el *carisma*. Todo amigoniano, en función de su misión apostólica, entrega lo que conoce y posee, de acuerdo con sus condiciones, personalidad y particularidades. Por ello, cada ser, que es único e irrepetible, enriquece un grupo con su aporte personal, con su sello particular. El término carisma puede entenderse como aquella cualidad natural con la cual se agrada a los demás; desde la concepción cristiana, es comprendido como ese don de Dios, dado gratuitamente al ser humano para que enriquezca la comunidad. El amigoniano es un ser carismático, con dones, talentos, virtudes, cualidades, saberes que entrega libremente a su grupo de muchachos, a sus compañeros de trabajo y a la comunidad en general. Con ello enriquece el carisma de la Congregación y aporta su “granito de arena” a la construcción del Reino de Dios. Esto supone también una necesidad de lo trascendente en su vida, no solo como rito y acción vivida de manera individual, sino como aporte transversal en la formación impartida, desde una experiencia clara y profunda. “Que no se imponga entre nosotros el mensaje liberador del evangelio pero que tampoco por desidia o por falsas consideraciones se silencie” (León y Calderón, 2012, p. 68).

La *coherencia* es un valor primordial en la misión apostólica del amigoniano; se trata de correlacionar de manera precisa lo que es y lo que hace. La cultura griega ha permeado nuestra historia enmarcándola en dualismos que con el correr del tiempo han sido cada vez más evidentes: bien y mal, cuerpo y alma, pensar y sentir, ser y hacer. Por ello, es necesario retomar la cultura

semita, en la cual no existen dualidades, todo se comprende como unidad; al igual que las tradiciones orientales, en las que el hombre es un todo y no una división. “Todas las visiones que separan el ser y el hacer no son sino primeros planos de una misma realidad vital. La vida, por su propia naturaleza, es unitaria, no admite separaciones, ni comportamientos estancos” (Vives, 1997, p. 4). Es imposible concebir que un amigoniano actúe utilizando una máscara. La vocación al servicio en este estilo de vida es una entrega generosa y total, sin reparos ni condiciones, sin dualidades ni incoherencias; el amigoniano debe ser uno en todo momento.

Y por último, el amigoniano debe estar muy bien preparado en su disciplina o saber para dar lo mejor en su acción apostólica, pues debe recordar que está educando para la vida; es decir, todo su trabajo debe estar encaminado a la formación integral del niño o del joven. Por ende, la *aplicabilidad* será otro aspecto a tener en cuenta.

¡Cuántos docentes, coordinadores, pedagogos, educadores, formadores, psicólogos, trabajadores sociales, oficinistas, técnicos, personal de servicio y mantenimiento, entre otros, hay en el mundo en busca de trabajo! No se trata simplemente de incluir en la misión amigoniana teorías aprendidas en una universidad u otro plantel o espacio educativo. Se trata de ser siempre novedosos, en relación con el conocimiento previo adquirido, con la pedagogía de los Terciarios Capuchinos y con el carisma personal recibido como don de Dios, pero con una mirada centrada en la acción educativa y formativa desde el contexto; en las necesidades, en las prioridades que la población exige. No se trata de transmitir lo que se sabe colmando a los alumnos de conceptos; se trata de formar para la vida, de construir a partir del saber enseñado, bajo la impronta amigoniana.

Corolario

La Iglesia católica, fundada por Cristo en el cimiento de los apóstoles, invita claramente a la evangelización, a dar a conocer el mensaje redentor de Cristo, a bautizar a todas las personas, a salir de la estructura y de las seguridades para convertirse en verdadera misionera, por medio del acompañamiento y guía con la cual se alienta al pueblo de Dios, que peregrina hacia la nueva Jerusalén. Pero esta misión no es limitada al adoctrinamiento o enseñanza escatológica, con una separación del mensaje de Cristo en relación al contexto humano y real que vive la gente en su día a día. El mensaje cristiano, el mensaje eclesial, es ante todo un mensaje liberador en un hoy y en un ahora, con el cual se busca que la gente comprenda que el Reino de los Cielos no es algo abstracto y lejano, sino una acción presente, dada en el mismo Cristo y su mensaje, y que infiere la participación de todos como continuadores de este bello ideal por el cual, Cristo, nuestro Señor, dio la vida.

Esta misión es compartida por todos los miembros de la Iglesia: los que pertenecen al Orden sagrado -obispos, presbíteros y diáconos-, y los que pertenecen al laicado -religiosos y seculares-. Todos, según la condición y naturaleza, ejercen una misión particular de acuerdo a la vocación a la santidad y compromiso en la construcción del Reino de los Cielos, que no se consigue bajo una postura estática y perimida.

Es necesario comprender que la participación de cada uno debe estar dada en un gerundio constante, como acción que no termina; la misión de todos en la construcción del Reino debe ser siempre dinámica, en pro del bienestar de las gentes, con el mensaje de Cristo, pero no solo de palabra, sino materializado en acciones concretas, como Él mismo hizo: amando, sirviendo, enseñando, perdonando, curando, etc. Por ello, el papa Francisco (2013) es enfático con su enseñanza y con su ejemplo, recordándonos el verdadero sentido eclesial: “prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades” (Nº 49).

Dentro de esa acción eclesial, muchos hombres y mujeres, en respuesta a la necesidad particular del contexto histórico, han construido el Reino como instrumentos para que Dios haga su obra. Tal es el caso del pobrecillo de Asís: San Francisco. Su vida tan llamativa, encantadora y

mágica, solamente pretendía seguir los pasos del Salvador, para que Él pudiese construir desde sus virtudes y cualidades, pero también desde las carencias y limitaciones que tenía. Como el Hermano Francisco, que confraternizó con la naturaleza, el ser humano debe entender que la creación es un regalo de Dios puesto para coexistir con él y no para ser usado y abusado; somos invitados a comprender la presencia divina en todo el universo, en todo lo que existe, pues de la misma manera en que Dios habita en el ser humano, lo hace en su creación, sin pensar erróneamente, con este postulado, en un panteísmo.

Como San Francisco, que dejó sus riquezas y sirvió a leprosos, pobres y necesitados, también muchos otros, como Fray Luis Amigó, son llamados por Dios, de acuerdo al contexto y la época, a hacer de su vida una constante oración, y de su acción, una contemplación agradable al Señor. Este maravilloso fraile capuchino español, Luis Amigó y Ferrer, comprende que es imposible anunciar a un Dios liberador cuando se ha encontrado en el camino con tantos jóvenes prisioneros de sus pasiones, pecados, vicios y crímenes; por ello, su discurso pasa a ser acciones concretas inspiradas por la experiencia espiritual aterrizada en su contexto.

La fundación de la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores se convierte en el medio por el cual el Señor, utilizó la sensibilidad de Fray Luis Amigó, para construir, sanar y dignificar a aquellos jóvenes “alejados del camino de la verdad y del bien”, para que reconociéndose hijos de Dios, amados por Él, puedan reivindicar su camino, construir su futuro y participar de manera activa en la construcción de la Iglesia y de una mejor sociedad. Ya el Señor había inspirado en este hombre la fundación de una congregación religiosa femenina: Religiosas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, las cuales, en consonancia con el espíritu misericordioso que motivará al padre Luis, se dedicarán a la atención de niñas desamparadas y a otras obras que reflejan el amor misericordioso de Cristo Buen Pastor.

Así, los Terciarios Capuchinos, durante su vida, consolidan un método eficaz para lograr la resocialización de los niños y jóvenes atendidos en sus centros; este método parte de una motivación espiritual y pastoral. Por medio de una acción pedagógica, los frailes terciarios buscan suscitar en los jóvenes el amor por sí mismos y la responsabilidad social, en beneficio propio y de los demás; intención para la que acuden al apoyo de las familias de los atendidos y a las construcciones de distintas disciplinas y ciencias, como lo es la psicología. Este trabajo no se limitará a los centros cerrados; si bien la Congregación nace para atender a jóvenes infractores, como apostolado magno, se extendió a una misión en instituciones educativas, formación profesional, centros de misión y parroquias.

Un solo ideal, la búsqueda de sentido desde Dios, converge en los cuatro pilares que iluminan el Carisma amigoniano: Cristo Buen Pastor, Nuestra Madre de los Dolores, San Francisco de Asís y Fray Luis Amigó. Cada uno de ellos suscita la espiritualidad y la pedagogía de la Congregación,

y como pilares permiten que el amigoniano conozca sus raíces y fundamento y proyecte así su misión desde el campo en el que ejerce su apostolado. Todos, conscientes de ser seres trascendentes, seres espirituales, debemos reconocer que nuestro aporte es vacío si no está cimentado en Dios, pues el Señor se vale del religioso, del filósofo, del teólogo, del psicólogo, del trabajador social, del pedagogo, del docente; de cada persona, para realizar su acción renovadora.

La pastoral, entonces, debe ser entendida como la acción que cada uno ejerce, desde su labor, desde su misión específica en instituciones amigonianas -correctivas o preventivas-, para llevar el mensaje de Cristo, no necesariamente con una catequesis o formación doctrinal, sino como mensaje salvador, liberador, como mensaje evangélico que incita al joven a buscar un nuevo camino, a enmendar sus errores, a encontrar una nueva vida desde Dios, y a vislumbrar en el Señor el sentido vital que conduce su existencia, que alienta su ser y le permite trazarse metas loables, en pro de su realización personal y el bienestar de los otros.

Por ello, es necesario que el amigoniano ame este carisma, se identifique con él, sea siempre propositivo para hacerlo más fundante y sólido, y a su vez, nuevo y dinámico. También es fundamental que reconozca que su contribución debe ser una acción renovadora, reeducadora, que parte de sí mismo, con la enmienda de sus errores, conductas y situaciones contrarias al mensaje evangélico, para poder así lograr un resultado eficaz en los muchachos puestos a su cuidado. Es indispensable tener un amor desbordado: amor por la Congregación, amor por el carisma, amor por los muchachos, amor por esta bella misión.

Un amigoniano ama sin medidas, entrega sin límites y vive en plenitud su ser y hacer en unidad, con base al mensaje que aporta la tradición amigoniana, atribuido comúnmente a Fray Luis Amigó: “es mejor desgastarse por los demás que oxidarse por uno mismo”. Quien pertenece a la Familia amigoniana parte de Dios, vive en Él y desde Él, y hace de su trabajo algo serio y responsable, como extensión de la manifestación gloriosa que recibe del Creador. Un verdadero amigoniano es un convencido del lema que ha sido adoptado por la Congregación: “Un joven que se educa o se reeduca, es una generación que se salva”.

Apéndice

Carta de Identidad de la Familia amigoniana

La carta que a continuación se expone es dirigida a todos aquellos que hacemos parte de este carisma, de esta espiritualidad, de este apostolado; de esta familia:

- » Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia.
- » Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores.
- » Cooperadores Amigonianos.
- » Movimiento Laical Amigoniano.
- » Jóvenes de JUVAM (Juventud Amigoniana) y Zagales.
- » Educadores y voluntarios que trabajan en las distintas obras de las dos congregaciones religiosas.
- » Alumnos y familias de las distintas obras de las dos congregaciones religiosas.
- » Miembros de asociaciones vinculadas a las dos congregaciones religiosas (Asociación Fray Luis Amigó, Asociación Amigoniana) y otras que formen o quieran formar parte de ella.
- » Familiares de las hermanas y frailes amigonianos.
- » Devotos del venerable Fray Luis Amigó y benefactores de la obra amigoniana.
- » Cuantos, de alguna manera, quieran unirse a quienes nos sentimos Familia amigoniana.

Introducción

En el XXV Aniversario de la declaración de Venerable de Luis Amigó O.F.M. Cap., las dos Congregaciones de Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia y Hermanos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, fundadas por él, los laicos Cooperadores Amigonianos y del Movimiento Laical Amigoniano, junto con otras personas comprometidas a mantener vivo en el mundo su carisma y quienes están en contacto con su persona o en las obras inspiradas por él, han tenido la oportunidad de acercarse una vez más a la hondura de su espiritualidad de donde brota su entrega a la misión en favor de los más frágiles y vulnerables y sobre todo para las jóvenes generaciones con problemas y sus familias.

Esta gran “comunidad” de diversas personas cuya vida ha sido tocada de alguna manera por el Padre Luis Amigó tiene, en cierto sentido, las características de un grupo humano unido afectivamente. A todo este conjunto familiar lo llamamos “Familia amigoniana”.

Identificación de sus miembros

Los integrantes de la Familia amigoniana, siguiendo la estela de nuestro Fundador, el P. Luis Amigó, nos sentimos llamados -bien desde la propia opción de fe o bien desde nuestra misma sensibilidad humana- a encarnar los valores, profundamente humanos, que Cristo testimonió en su vida y proclamó solemnemente en las Bienaventuranzas.

En nuestro propio estado de vida y en nuestro servicio al prójimo, asumimos como modelo de vida al Padre Luis Amigó procurando vivir según los valores fundamentales de su espíritu franciscano que están enraizados en el Evangelio y se traducen en actitudes de fraternidad universal, pobreza, humildad, alegría, sencillez, dulzura en el trato, mansedumbre y sentido providencial, sensibilidad y gestos concretos de atención a los que más lo necesitan.

Nos sentimos especialmente invitados a vivir y testimoniar el amor misericordioso para con los que tienen hambre y sed, para con los forasteros y desnudos, para con los enfermos y encarcelados y, en fin, para con todos aquellos que sufren alguna carencia -ya sea en su ser o en su tener-, o experimentan algún tipo de exclusión (cf. Mt. 25, 34-46).

Somos conscientes de que esa misma misericordia -distintivo primordial de nuestra identidad, y que implica querer al otro con fidelidad incondicional, quererlo en cada momento “como es” y extremar, si cabe, el amor con quien sufre carencias más perentorias- nos impulsa, de modo particular, a expresar nuestra preocupación y acción, en favor de los niños, niñas y jóvenes en situación problemática o de vulnerabilidad, siguiendo así el deseo del P. Luis Amigó que nos fundó especialmente para “educar cristianamente a los jóvenes alejados del camino de la verdad y del bien” (cf. OCLA, 1780) y nos legó esta misión: “Trabajad en la educación de la juventud, y si aconteciere que se apartan del redil del Buen Pastor, id, cual zagales suyos, en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco” (cf. OCLA 1831).

Somos conscientes, también, que, por su propia naturaleza, la misión confiada por el padre Luis Amigó, nuestro Fundador, nos pide ser expertos en humanidad y profetas del sentimiento humano, y nos exige actuar conforme a la *Pedagogía del amor*, que busca restituir al hombre su dignidad, promoviendo el desarrollo integral y procurando su realización personal y su progresiva inserción social como agente activo en la construcción de una sociedad mejor y más justa.

Reconocemos que la figura del Buen Pastor -que conoce a sus ovejas, *camina delante* de ellas, *busca* a las que se pierden, comparte sus alegrías y penas, aprende por experiencia la ciencia del corazón humano, y da la vida por todas- constituye, en su conjunto, un verdadero Poema pedagógico que, al tiempo, que debe identificar nuestra personalidad, al encarnar sus actitudes, debe inspirar todas nuestras actuaciones.

Reconocemos, asimismo, que la figura de María en sus Dolores constituye para nosotros fuente de la generosidad y de la misericordia, de la fortaleza y de la ternura que requiere nuestra misión y nos invita explícitamente desde sus siete dolores -*verdaderas lecciones de amor*- a querer a cada uno como es, a afrontar con valentía las dificultades, a buscar con afán a quien se encuentra perdido, a hacerse el encontrado con el que sufre, a mantenerse de pie junto al desvalido, a acoger con ternura al que viene y a esperar, aún contra toda esperanza, que las personas puedan cambiar.

Acogiendo la exhortación del Padre Luis Amigó, consideramos la Sagrada Familia de Nazaret modelo de vida para nuestras familias (cf. OCLA 1102) y, como forma parte también de la tradición amigoniana, procuramos mantener en nuestras obras un adecuado ambiente familiar, distinguiendo los diversos roles y asumiendo cada uno sus propias responsabilidades (cf. OCLA1067-1103).

Comisión Luis Amigó

Valencia 2018

Referencias

- Amigó, L. (2007). *Venerable Luis Amigó. Autobiografía* (3a. ed.) [critica preparada por Fr. A. González, T.C.]. Valencia, España: Martín Impresores.
- Arboleda, O. (1993). *Biografía padre Vicente Serer Vicens. Terciario Capuchino 1925–1987*. Medellín, Antioquia: Editorial Funlam.
- Biblia de Jerusalén. (1998). Equipo de traductores de la edición española. Nueva edición revisada y aumentada. Bilbao, España: Editorial Desclée De Brouwer.
- Boff, L. (1982). *Opciones de vida. Retos al franciscanismo*. Barcelona, España: Editorial Seráfica.
- Casey, M. (2007). *Plenamente humano, plenamente divino* (E. Botero, Trad.). Bogotá, D.C.: Sociedad San Pablo.
- Castellanos, S. (2010). *Constantino. Crear un emperador*. Madrid, España: Sílex Ediciones.
- Catecismo de la Iglesia Católica–CCE. (1992). *Catecismo de la Iglesia Católica* (Segunda edición). España: Impresos y Revistas.
- Código de Derecho Canónico–CIC. (1993). Promulgado por la Autoridad de Juan Pablo II, Papa (Duodécima edición revisada). Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos BAC.
- Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos. Comisión encargada de la elaboración del Manual. (1985). *Manual Pedagógico de los Terciarios Capuchinos*. Valencia, España: Editorial SURGAM.
- Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores. (2001). *Regla y Vida. Constituciones. Directorio*. Madrid, España: Sociedad Anónima de Fotocomposición Talisio.

- De Cesarea, E. (2001). *Historia Eclesiástica* (A. Velásco-Delgado, O.P., Trad.). Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos.
- De Zubiría, M., y De Zubiría, J. (1998). *Biografía del Pensamiento. Estrategias para el desarrollo de la inteligencia*. Bogotá, D.C.: Cooperativa Editorial Magisterio.
- De Zubiría, J. (2001). *De la Escuela Nueva al Constructivismo. Un análisis crítico*. Bogotá, D.C.: Cooperativa Editorial Magisterio.
- De Zubiría, J. (2006). *Los Modelos Pedagógicos. Hacia una pedagogía dialogante* (2ª. ed.). Bogotá D.C.: Cooperativa Editorial Magisterio.
- Fassini, D. (2000). *La leyenda de los tres compañeros. Una iniciación a la vida religiosa y franciscana* (Fray J. G. Ramírez Gómez, OFM., Trad.). Sao Paulo, Brasil: Ediciones Loyola.
- Floristán, C. (2009). *Teología Práctica. Teoría y praxis de la acción pastoral* (5ª. ed.). Salamanca, España: Ediciones Sígueme.
- Francisco. (2013). Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium–EG*. La alegría del Evangelio. Bogotá, D.C.: Editorial San Pablo.
- García, C. (2005). *Eclesiología. Comunión de vida y misión al mundo*. Salamanca, España: Editorial San Esteban.
- García-Villoslada, R. (2003). *Historia de la Iglesia Católica II. Edad Media (800–1303). La cristiandad en el mundo europeo y feudal*. Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos.
- González, A. (2003). *Luis Amigó, religioso, fundador y obispo*. Valencia, España: Martín Impresores.
- González, A. (2011). *Divagaciones espirituales sobre fondo amigoniano*. Valencia, España: Martín Impresores.
- Guerra, J. (Comp.) (1995). *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la Época* (6ª. ed.) Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Jomier, J. (2000). *Para conocer el Islam* (4ª. ed.). Navarra, España: Editorial Verbo Divino.
- Lazos de Amor Mariano–LAM. (2015). *Iglesia Católica. Dulce Hogar*. Colombia: Editorial Madre de Dios.

- León, O., Calderón, J., y Romero, S. (2010). *Aproximación a los referentes teóricos y conceptuales que fundamentan la propuesta pedagógica amigoniana*. Bogotá D.C.: Oficina Provincial de Comunicaciones.
- León, O., y Calderón, J. (2012). *Aula para educadores. Reflexiones amigonianas*. Bogotá D.C.: Oficina Provincial de Comunicaciones.
- López, M. (1999). *Comunidad Terapéutica de Colombia. Crónica de la Provincia. Tomo IV*. Medellín, Antioquia: Editorial Fundación Universitaria Luis Amigó.
- Mateo-Seco, L. (2016). *Dios, Uno y Trino* (3ª ed.). Navarra, España: Ediciones Universidad de Navarra.
- Obras Completas de Luis Amigó y Ferrer-OCLA. (1986). Introducciones y edición preparada por Agripino González, T.C., y Juan Antonio Vives, T.C. Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Pablo VI. Vaticano II. (1987a). Constitución Dogmática *Lumen Gentium*-LG. Sobre la Iglesia. Bogotá D.C.: Ediciones Paulinas.
- Pablo VI. Vaticano II. (1987b). Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*-GS. Sobre la Iglesia en el mundo de hoy. Bogotá D.C.: Ediciones Paulinas.
- Pablo VI. Vaticano II. (1987c). Decreto *Ad Gentes*-AG. Sobre la actividad misionera de la Iglesia. Bogotá D.C.: Ediciones Paulinas.
- Pablo VI. Vaticano II. (1987d). Decreto *Perfectae Caritatis*-PC. Sobre la renovación de la vida religiosa. Bogotá, D.C.: Ediciones Paulinas.
- Pellitero, R. (2006). *Teología Pastoral. Panorámica y Perspectivas. Una eclesiología práctica al alcance de todos*. Bilbao, España: Grafite Ediciones.
- Ramos, J. (2006). *Teología pastoral*. Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Roca, T. (1968). *Historia de la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores. Tomo I. Tiempos fundacionales (1889-1910)*. Madrid, España: Gráficas Lersi, S.L. Torrente.
- Roca, T. (1989). *Historia de la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores. Tomo V. Superación de la prueba (1939-1961)*. Valencia, España: Martín Impresores.

- Royo, J. (Comp). (2014). *El P. Luis Amigó y la Congregación de los Terciarios Capuchinos en la Prensa de Valencia (1889-1934)*. Torrent, España: Surgam Editorial.
- Ruíz, D. (1951). *Actas de los mártires*. Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Salas, J. (2012). *Historia general de la educación*. Estado de México: Red Tercer Milenio.
- San Agustín. (1956). *Obras de San Agustín. Tomo V. Tratado sobre la Santísima Trinidad* (Primera versión española). Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Sánchez, J. (2005). *Historia de la Iglesia II. Edad Media*. Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Savater, F. (1997). *El valor de educar*. Colombia: Editorial Ariel.
- Terciarios Capuchinos. (1990). *Positio. Sobre las virtudes del P. Luis Amigó y Ferrer*. Madrid, España: Imprenta Fareso.
- Terciarios Capuchinos. (2006). *Manual de Espiritualidad Amigoniana*. Valencia, España: Martín Impresores.
- Vives, J. (1986). *Testigos del amor de Cristo*. Estudio sobre la espiritualidad del P. Luis Amigó y de los Terciarios Capuchinos. Roma, Italia: Arciv. tit. Di Lorium.
- Vives, J. (1987). *Hombres con pasta de mártires*. Valencia, España: Martín Impresores.
- Vives, J. (15 de septiembre de 1997). Identidad Amigoniana. *Revista Alborada*, (edición especial), 3-11.
- Vives, J. (2000a). *Hombres recios y entrañables*. Madrid, España: Martín Impresores.
- Vives, J. (2000b). *Identidad Amigoniana II*. Medellín, Colombia: Fundación Universitaria Luis Amigó.
- Vives, J. (2003). *Con amor y dolor*. Valencia, España: Martín Impresores.
- Vives, J. (2005). *Manual de historia de la Congregación. Terciarios Capuchinos (1889-2002)*. Roma, Italia: Martín Impresores.

Información del autor

Rafael Antonio García Tovar, T.C., nació en Neiva - Huila (Colombia). Pertenece a la Congregación de Terciarios Capuchinos “Amigonianos”.

Realizó estudios de Licenciatura en Filosofía y en Teología, en la Universidad Católica Luis Amigó. Ha desempeñado trabajo pastoral y pedagógico en las instituciones amigonianas: Colegio San Pedro, Instituto Técnico Industrial Fray Luis Amigó, Institución Educativa de Trabajo San José y Centro de Atención al Joven Carlos Lleras Restrepo, ha brindado acompañamiento en formación religiosa amigoniana (Aspirantado y Postulantado), y en Pastoral juvenil y vocacional provincial.

Este escrito apunta a la profundización en el Carisma amigoniano, por medio de un recorrido histórico que parte de la Iglesia como institución desde un fondo espiritual, abarcando el franciscanismo y el amigonianismo, con las figuras de Francisco de Asís y Luis Amigó, respectivamente, para entender en qué contexto nace la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, y comprender su acción apostólica y evolución pedagógica, a partir del cimiento pastoral en el que se ha apoyado desde sus inicios hasta la actualidad. El interés fundamental de este libro es que religiosos y seglares amigonianos ahonden en el carisma congregacional, lo reconozcan, se identifiquen y puedan avivar el espíritu que hereda Fray Luis Amigó; de igual manera, que puedan reconocer en la acción pastoral una herramienta indispensable que complementa el ejercicio educativo amigoniano, en los distintos frentes de apostolado en donde se desarrolla la Pedagogía amigoniana.